





GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO VII.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedícala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO VII.

MADRID: Setiembre, 1831.

Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*



Los ejemplares que no lleven las marcas que aqui aparecen, serán recogidos, y conducido ante la ley su espendedor como usurpador del derecho de propiedad.



HISTORIA TRÁGICA 14.ª

LA BELLA MANTUANA,

Ó

JULIA DE GAZOLA.





Recibid, mi Dios, á una desventurada,
que no puede ya vivir sin honor....

Los griegos y los romanos, que fueron tan guerreros, nos han hecho creer, con la pluma en la mano, cual fue el esfuerzo de sus armas y valor; y tratando de su virtud, han pretendido ser los únicos que la cultivaron, y que lo que nosotros hacemos no es mas que una sombra de sus hechos heróicos; pero es preciso convenir en que se escribe con mas facilidad que se ejecuta, como decia el espartano contra los atenienses; no es decir que aquellos no fuesen

raros en sus acciones, sino que estas no fueron tales que en nuestros tiempos esté cerrada enteramente la puerta á los egemplos de virtud y modestia, para que nuestro siglo no tenga de qué vanagloriarse; asi como diremos que no ha vuelto á verse otra época como la de los Brutos, Catones y Escipiones que gobernaron á Roma, ni otra como la en que hubo un Pericles, un Temístocles y un Aristo que dominaron la floreciente ciudad de Aténas, ciertamente el que quiera conocer las grandes acciones militares, y saber donde puede instruirse de la disciplina militar, no tiene ya necesidad de buscar la historia de los Aníbales, Marios, Pompéyos, Sertorios,

Césares ó Alejandros, respecto á que nuestra Europa ha producido tan grandes Generales en nuestros tiempos, como entre los griegos y los romanos antiguamente. Mas yo no pretendo hacer aqui el panegírico particular de nuestros guerreros, ni de la gloria de aquellos que se ocupan de escribir bien ó perorar en un senado; pues en esto me persuado que nada debemos á la antigüedad: dejaremos á parte á los pintores y escultores, cuyo arte no cede en el dia en nada á un Apeles, á un Lissipo, ó un Pigmaleon; y si el tiempo no hubiese destruido las obras antiguas, puede que compitiesen con ellas los hermosos cuadros, estátuas y medallas que salen de sus manos para

adorno y maravilla de esta edad feliz, dotada de tan estraordinarios ingenios: pero pasando en silencio las armas, las ciencias y las artes, nos compadeceremos y quejaremos de nuestra indolencia, alabando sin cesar la curiosa diligencia de los antiguos en ilustrar la memoria de aquellos que entre el pueblo mismo merecian renombre por ser mas amantes de la virtud que el resto de los hombres; y pues que siempre parece fueron envidiosos del elogio de las mugeres virtuosas, ensangrentando sus lenguas para infamarlas, no seremos injustos al presente con la virtud, y alabaremos la castidad, valor y continencia de aquellas que fueron marcadas por su pudor

y carácter vergonzoso señalado en su frente. Los griegos han elogiado hasta el cielo con mucha justicia aquella Hippo, que hallándose presa en un navío de los enemigos de su pais con el botin que habian cogido en el saqueo, y viendo el peligro en que se encontraba su honor, prefirió sepultar su cuerpo en el vientre de los peces y consagrar su integridad á las olas, antes que permitir la robase un bárbaro la alhaja que todos los reyes del mundo no pueden volver á la muger que una vez la ha perdido. No han olvidado los tebas una dama que forzada por uno de los soldados del rei de Macedonia, despues de haber disimulado su pena con serenidad, mató al que

la habia deshonrado, y despues se dió la muerte. Los romanos han ensalzado siempre á una Lucrecia, colocándola en el Olimpo con Diana y en el círculo de Marte; pero nuestra cristiandad, mas pura en sus leyes, y divina en sus obras, ha visto ejemplos de mayor continencia y castidad. Véase á Ifigenia, hija del Rei de Etiopía, la cual prefirió sufrir los peligros de una muerte violenta á dejarse atropellar por un jóven lascivo, despues de haber consagrado su virginidad á su esposo, con otros muchos ejemplos que yo podria citar de mugeres virtuosas, que cuando fue fundada nuestra religion, pusieron las piedras de la pureza, conservándose sin tener conocimien-

to del hombre; mas la corrupcion de este, y despues la desgracia que corre tan imprudentemente por el mundo, hacen que el vicio sea alabado, recibido y halagado mas que la misma virtud, y no debemos estrañar que ya no haya ejemplos de tan rara perfeccion como los que nos refieren los antiguos; sin embargo de que no es tanta la depravacion, ni la virtud se halla tan desarraigada, que no se hallen hoi aun jóvenes que sigan el ejemplo y arrojo de aquellas heroinas que la antigüedad nos ha recomendado tanto; y con este motivo, para vengar al bello sexo de las injurias recibidas de aquellos que se complacen en denigrarle y maldecirle, he formado esta historia,

aunque bastante triste, para borrar la mancha que tan injustamente han pretendido echarle sobre su general reputacion hombres lúbricos é inmorales, para oscurecer en todas las mugeres el brillo de aquella virtud pura que asiste á muchas de ejemplar castidad, como verá el lector por el caso maravilloso que vamos á referir, cuya narracion deberá causar la mayor compasion á los corazones sensibles, y arrancar lágrimas de las jóvenes señoritas quê amen mas la bondad y la virtud que la hermosura que se pasa y marchita como la rosa; y será tanto mas de admirar este ejemplo, cuanto que se presenta en una persona de baja esfera; pues debemos partir del

principio de que cuanto mas alto sea el rango de una muger, mas parece debe brillar su virtud y pudor para servir de espejo á todas las demas.

Grabad pues, jóvenes doncellas, este cuadro en vuestros corazones, para imitar la castidad de la que os presento en esta historia triste y trágica, y procurad vivir prevenidas contra los engaños y pérfidas sugestiones de esos falsos amigos y figurados esclavos que á la sombra de un inocente amor hacen la guerra á vuestro pudor. Guiados de un loco frenesí, y usando de las tiernas espresiones y demas ardides de la seduccion, suelen desgraciadamente fascinaros y comprometeros hasta lograr con-

ducir á muchas á un precipicio, como le sucedió á Julia de Gazola, cuyo fin fue consiguiente á los nobles y castos sentimientos de su corazon, como podreis ver leyendo con paciencia la historia que sigue.

Gazuolo es una ciudad situada en el ducado de Mántua sobre el rio Oglio, fuente del caudaloso Eridano, que hoi se llama Poó, y riega con sus brazos casi toda la Italia. En esta ciudad, pues, habia una jóven, cuyo nombre era el de Julia, á la que el cielo parece debia haber hecho nacer princesa ó gran señora, para que siendo conocida su virtud, hubiese servido su nombre de antorcha al bello sexo. Su padre era un infeliz desfavorecido de la fortuna,

pues toda su riqueza estaba cifrada en sus brazos, con los que procuraba ganar el sustento para su muger y dos hijas que Dios le habia dado por lustre de su gran pobreza; porque aunque la necesidad induzca frecuentemente al hombre á hacer cosas contra su honor y virtud, hai corazones honrados que en medio de su miseria muestran los efectos de su bondad y la rara singularidad de su delicadeza, como se verá en nuestra Julia, que saliendo de la esfera comun de su clase y sexo, mereció dignos elogios por su castidad; y preciso será que resulten siempre rasgos de virtud que hagan brillar su nombre mas que si fuese de un alto rango; asi es que

no siendo conocida por el nombre de sus antiguos, los enriqueció á todos con el suyo, por la nombradía de su castidad y muerte gloriosa. Pero lo que hacia admirar mas á esta jóven apreciable, era una singular y rara hermosura, superior á la de todas las mugeres de Gazuolo, no menos por su gracia y bello cuerpo, que por el color rosa que embellecia su rostro, pareciendo residir en ella la primavera cuando produce tanta frescura y fragancia en la diversidad de sus flores; pues á decir verdad, cualquiera que la veia y escuchaba, dudaba fuese hija de tales padres, admirando su modestia, su compostura, su lenguage, su finura, sus modales y sus acciones, res-

pondiendo á todo con el mayor señorío y agudeza; y á pesar de su corta edad de quince ó diez y seis años, hacia sombra y vergüenza á las señoritas del mas alto rango de la Italia; por lo que la hubiera admitido por su dama la duquesa de Mántua, si no hubiese ocurrido el accidente que vamos á referir. Esta jóven se habia criado con el trabajo por la situacion de su padre; y por lo comun iba á jornal á escardar ó á vendimiar; en una palabra, tenia todos los oficios que se usan en las pequeñas poblaciones por la gente pobre; de manera que nunca estaba ociosa ni perdia un momento de tiempo; pues siempre procuraba emplearle en alguna cosa, sabiendo que

la ociosidad es la que ataca mas á la castidad de las mugeres por talento y pudor que tengan, viniendo al fin á caer fácilmente en la locura y liviandad.

Esta hermosa Mantuana se iba los dias de fiesta, segun costumbre del pais, con sus compañeras al campo á divertirse, y lo hacia con tal honestidad y modestia, que aun en medio de la alegría y algazara de sus distracciones jamas se propasó en la menor accion ni palabra que pudiese ofender al decoro, separándose de las que se gloriaban de contar su vida libertina, y bajando sus ojos en caso de oir alguna cosa indecente; pues cuando ya está dicho todo cuanto se puede decir, la jóven que bus-

cá los rincones, aunque sea modesta y recatada, da márgen á la murmuracion que produce malos pensamientos aun á los mismos que no malician mui á la ligera. A mas de esto, ¿qué necesidad tiene una niña virtuosa de alejarse de la sociedad para hablar cuando su conversacion ha de conformarse con sus honestos sentimientos, si obra como debe, y habla con la sencillez y candor propios de su vida? Nunca deben ser los parages secretos para las niñas los únicos testigos de sus conversaciones.

Pasemos, pues, á nuestra historia, la que celebraremos produzca un buen efecto, sirviendo de ejemplo á las madres poco vigilantes para no dejar parlotear

mucho á sus hijas sin tenerlas á la vista. Los palacios de los grandes y señores tuvieron pintada la castidad sobre sus frontispicios, mientras las jóvenes tuvieron el freno de esta justa vigilancia materna; mas despues que sin guardia ni sujecion empiezan á hablar en secreto y tienen escondites para hacer y recibir respuestas, Dios sabe los pasos peligrosos que dan, y cuánto han perjudicado las mugeres á su honor y reputacion. Sigamos á Julia, que arrastrada de los alicientes del amor, fue envuelta en las redes del deseo de un amante desenfrenado. En este tiempo era obispo de Mántua don Luis Gonzaga, hermano del Marques, quien estando casi siempre en Gazuolo,

es de suponer el séquito que tendria de todos los caballeros y demas personas que eran de la comitiva de este ilustre prelado; entre ellos habia uno que era ayuda de cámara, y que fuera de la accion que cometió, segun vamos á referir, podia figurar con ventajas entre toda la familia del Obispo. Ya hemos dicho que en aquel pais es costumbre tener bailes los dias de fiesta, donde las jóvenes puedan distraerse á vista de todo el mundo; y en estas danzas se halló este caballerito, quien viendo bailar á otro, aprendió un movimiento ó meneo, que fue el que causó el fin lastimoso de aquella á quien dirigió sus sentidos y asechanzas. Hé aquí por qué, digan lo que quie-

ran del arte de bailar, no creo haya salido de otra escuela que de la de Satanás, vistos los resultados que en todo tiempo ha ocasionado en el mundo. Pero dejando á parte los ejemplos que se pueden tomar de las historias, tanto divinas como profanas, sobre lo peligroso que es el baile, me contentaré con repetir estas solas palabras de un sabio (1), que dice: «Que jamas un hombre de juicio ha bailado, porque los gestos y movimientos de los bailarines son propios solo de locos y maniáticos. Este Ayuda de cámara observó atentamente á Julia, que bailaba con

---

(1) Rmo. P. Fr. N. Centeno, Autor sin embargo del Arte de tocar las castañuelas.

deseo y sin mala intencion con sus compañeras; y admirado de sus gracias y hermosura, se enamoró de ella con tal vehemencia, que sin pensar en nada, se resolvió á perseguirla y poner todos cuantos medios estuviesen á su alcance para interesarla; y al intento, para conocer si seria accesible, la pidió la gracia de bailar con él, lo que le concedió, siendo tan atenta como hermosa y virtuosa; y luego que nuestro Ayuda de cámara sintió la suavidad de su delicada mano, á pesar de ser tan toscas sus contínuas labores, conoció no tener su piel la aspereza de una muger ordinaria, y solo su tacto inflamó de tal manera su corazon, que aumentó mas y

mas su pasion. Durante esta contradanza no hizo mas que discurrir mil medios para desprenderse de esta inclinacion; pero era preciso que al verla se avivase la llama que ardia en su pecho, siendo imposible apagarla, no tratando de ausentarse del objeto que la causaba, antes que el mal se arraigase en su corazon; que no es posible arrimar el fuego á la estopa sin que su vehemencia no la consuma; pues un amante sorprendido de esta pasion dificilmente apaga el ardor de esta especie de rabia, sino alejándose de la causa; porque los ojos de una muger hermosa arrastran comunmente á los hombres, si llegan á rendirse al iman que encierran con

tan poderosa atraccion. Asi sucedió á este militar visoño de Venus; pues á la segunda contradanza empezó ya á emancipar su imaginacion; y despues de enmudecer por un rato, lleno de zozobra y de admiracion, recobró el espíritu, y la indicó su pasion con palabras balbucientes, diciéndola que no sabia de donde procedia aquel trastorno que esperimentaba en su espíritu, cuando jamas habia pensado ni habia querido esclavizarse ni sujetar su voluntad á muger ninguna; pero que viéndose vencido por su hermosura, la suplicaba se compadeciese de su situacion por el peligro en que se hallaba su vida. De todos modos, este aturdido amante se contem-

plaba felìz de haber empléado su amor en una jóven tan hermosa, y esperaba que su corazon seria sensible á su pena; pero la jóven Julia, que era un espejo de virtud y castidad, le respondió con el mayor desden, aunque con mucha compostura y seriedad: «Podeis dirigiros, Caballero, á otras personas mas frívolas y de menos virtud; pues con respecto á mí habeis equivocado el cálculo, y os declaro desde ahora, que estimo tanto mi reputacion, que prefiriera la muerte al crímen horroroso de consentir yo contra mi honor.» — Al oir nuestro Ayuda de cámara estas palabras, se sorprendió; mas no perdió la esperanza, acordándose de aquel proverbio que dice: no

se debe dejar de llamar á la puerta, porque no respondan la primera vez; por lo cual, concluido el baile, la dijo por lo bajo: Señorita, pensad en lo que os he dicho, y no causeis con vuestro rigor la muerte del que os ama con tanto ardor; pues tendriais que dar cuenta á Dios de mi vida. — Ese es el menor de mis cuidados, le respondió, porque todo eso es un engaño, y no ignoro que complaciéndoos seria mas culpable que si murieseis por vuestra locura; conque tratad de dirigiros á otra, porque yo moriré antes que sufrir tal deshonra, y causar semejante infamia á la virtuosa pureza de mis padres. — Aun le admiró mas esta respuesta, y conoció que seria di-

ficil abrir brecha en una muralla tan fuerte y tan castamente cimentada; mas sin embargo, no dejó de seguirla para saber donde vivia, por manera, que siempre que salia y volvia le hallaba para importunarla y suplicarla se apiadase de su infeliz estado, y nunca adelantaba nada; pues todos sus clamores y quejas eran ineficaces á enternecer un corazon de mármol; esto era como si se ocupase en contar las arenillas de los desiertos de la Arabia; y viendo su pertinaz empeño, le dijo: Caballero, ya habeis delirado bastante para perder el tiempo, y os suplico sea esta la última vez; pues mientras mi corazon palpite, ni vos ni otro ninguno se jactará de mi cariño,

no siendo el que Dios me destine por esposo. ¡En verdad que es un buen modo de conservar la honestidad la gente de nuestro Obispo; pues en vez de exhortarnos á seguir la virtud, todos sus familiares son los ministros de la seduccion y del escándalo! Predicad esos principios á las que son accesibles á vuestros deseos carnales; y no corrais mas por los campos en pos de las jóvenes, que amando á Dios y siendo celosas de su honor, procuran ganar su vida con el sudor de su cuerpo y el contínuo trabajo de sus manos. Hareis, pues, mui bien en dejarme en paz y dar descanso á vuestra imaginacion en vista de mi resolucion; pues repito, que mientras yo vi-

va, ningun hombre se alabará de haberse burlado de mi pundonor y de mi castidad. Nuestro infeliz amante, que era esclavo de su loca pasion, y que cuanto mas firme se mostraba Julia en su negativa, mas se inflamaba su deseo, persiguiéndola mas que antes con su importunidad, y suplicándola, anegado en lágrimas y suspiros y con una ternura interesante, que no le abandonase, llegó á sufrir un menoscabo en su físico mui considerable. ¿Pero cuál es el hombre, por interesante y fino que sea, que pueda vencer el corazon de una muger virtuosa y amante de su reputacion? ¿Las santas virgenes, de quienes tanto se gloría la cristiandad, no han sentido los

mismos efectos, á pesar de los ataques que sufrió su honestidad? No hai duda de que ellas vencieron á los que intentaron arrebatarlas la corona siempre floreciente de su virginidad. Sepan, pues, sus detractores, que las mugeres virtuosas tienen suficientes fuerzas para resistirse á los ardides y astucias de los hombres lascivos y libertinos, que atentan á su pudor; y si algunas se olvidan, no se debe imputar al sexo, sino á la inmoralidad y poco pudor de los que le ofenden y provocan hasta burlarse de la misma constancia de las que son castas; mas el que haya alguna mala no hace regla; pues de lo contrario, por un ladron ó un asesino fuera preciso sumergir en la

infamia á todos los hombres. La naturaleza verdaderamente lo ha producido todo en un estado de bondad, y quiere que todo sea contemplado en su perfeccion respectiva; por lo que, si alguno de esta masa general de los hombres se estravia, no por eso se ha de sacar la consecuencia de que todo tiene imperfeccion. Nadie ignora, que al momento que el vicio se apodera del hombre, es trascendental á la que le ha sido dada por compañera; mas no por eso se ha de atribuir á las mugeres la deformidad y todos los defectos, porque sea mas susceptible y mas débil, y máxime cuando vemos tantas que tienen mas alientos, y que con mas constancia hacen resis-

tencia á los apetitos sensuales; y últimamente, es preciso decir que el hombre que persigue, es mas vituperable que la muger que á la larga se deja vencer, y con mas motivo, porque el hombre se ha dejado arrastrar del primer movimiento de su locura, y la infeliz muger ha sufrido ya muchos asaltos, hasta que al fin, cediendo á tantos ataques entrega casi forzada la plaza, que hubiera defendido con mucho placer. No por esto disculparé yo á las que hacen semejante traicion á su honor, por importunas y sagaces que hayan sido las instancias, ardides, súplicas y lágrimas de los amantes; pues la virtud no puede tener este título sin perseverar hasta el fin; y es.

to lo justifica la inespugnable constancia de nuestra Julia; pues cuantas mas diligencias practicaba el Ayuda de cámara, entonces era cuando mas esquivez y desprecio hallaba en ella; lo que fue causa de que este jóven, ciego y despechado, viendo que sus lágrimas y suspiros no eran suficientes á derribar una muralla tan fuerte como la que esta jóven tenia por defensa de su honor, se determinase á valerse del influjo y astucia de una demandadera amorosa, recurso comun de los jóvenes pervertidos para triunfar de la sencillez y candor de las niñas incautas, por cuyo medio sufre tanto la castidad del bello sexo, siendo como es la ruina de las buenas costumbres.

Habia, pues, en Gazuolo una vieja inmoral, tal como las hai en París por todas partes, vendiendo candelas y visitando todas las iglesias y cementerios; la cual era tan hipócrita, y disimulaba de tal manera su maldad, bajo el pretesto de sus oraciones y ayunos, que nadie, por astuto que fuese, podia conocer la ocupacion en que se empleaba. ¿Mas de qué no llega á tener noticia un amante para lograr sus designios y pretensiones? El page del Obispo conoció luego en los modales y espresiones de esta embustera, que era de aquellas que hacen cuanto se les manda en comisiones de amor por los que eran atacados de esta enfermedad: con tal seguridad se di-

rigió á ella ; la encarga guarde secreto en lo que la quiere decir, y le socorra con sus astucias y exactitud. La vieja, mas astuta que un mono de veinte años, que veia el fin que se proponia este pobre penitente, puso alguna dificultad en prometerle sus servicios, diciéndole que en ello gravaba su conciencia, y que preferiria morir á ofender á su Dios en perjuicio de su alma. El amante, que sabia bien que esta clase de mugeres estan llenas de corrupcion, y que todo en ellas es hipocresía detestable, arrebatado de la locura propia de todos los que estan entregados á una pasion, la dice en pocas palabras lo que queria, y la suplica tome á su cuidado el suceso á bene-

ficio de la práctica que tenia en su oficio, y tanto mas, cuando sabia que estos mónstruos no tienen otro Dios que el interes, con el que nada era para ellas imposible; por lo cual la puso en la mano algunas monedas, que fueron la llave con que abrió el corazon santificado de esta falsa devota, que le dijo: «Hijo mio, no sé lo que me has hecho para encantar mi corazon; tú eres el primero que me ha seducido para desempeñar un oficio que no conozco; pero pues que te lo he prometido, no dudes que haré mi deber de tal manera, que si esa jóven no tiene el diablo en el cuerpo, te haré dueño de ella, en términos de obligarte á darme las gracias: confia ya en el suceso; pues

no dudo serás mui pronto dueño de la que amas con tanta pasion; pero guarda el secreto y á nadie le reveles; pues no quiero se llegue á entender que yo hago un oficio tan poco conforme con mi delicadeza y mi edad.» — Bien, bien, dijo el jóven, no tengais cuidado; pues me interesa tanto vuestro honor como el alivio que deseo de los tormentos que sufre mi alma: haced vuestro deber, y vereis que no soi un ingrato; pues no tendreis dia en vuestra vida en que no os acordeis del bien, que os prometo hacer, si logro triunfar una sola vez de mi querida Julia. Confiad en mí, repuso ella; pues si una muger puede ser vencida por las astucias y cautela de otra muger,

estoi segura de que esta no se escapará; porque la pondré en un compromiso que no ha conocido en toda su vida. — El amante quedó mui satisfecho y lleno de esperanzas, confiando en la breve respuesta de su vieja mensagera Darioleta, quien fue á ver á Julia á su misma casa, donde se hallaba sola por haber marchado sus padres á cuidar de su labor; y despues de largas y bien astutas digresiones, llenas de una sofística santidad y maldecida hipocresía, continuó su conversacion, diciéndola: ¿Y bien, amiga mia, es regular que en la edad que teneis y con tal hermosura seais tan pertinaz y cruel? ¿No sabeis que el mayor elogio que se puede hacer

de una jóven depende de su dulzura y atencion, y que generalmente huye todo el mundo de la que es esquiva como de la peste? La cosa mas recomendable en nosotras es la amistad cuando acariciamos y favorecemos recíprocamente á los que nos aman, en recompensa de su afecto. ¿Creeis que Dios ha criado la muger para ser un animal feroz y cruel como los leones, tigres y osos? En verdad, que vuestra hermosa y dulce fisonomía demuestra todo lo contrario, y está diciendo que el corazon debe y no puede menos de ser tierno y sensible para ser conforme al atractivo de esos bellos ojos; pues no debeis ignorar que su fuerza es de tal eficacia,

que abrasan al hombre con su gracia, haciendo cambiar su severidad en esclavitud. Por lo tanto, no debeis estrañar que los hombres os hagan la corte, que sigan vuestros pasos, y que traten de ganar con sus humildes servicios lo que parece prometerles vuestra amabilidad, y por lo que la misma naturaleza les estimula á desear la posesion de un objeto que siempre tienen representado en su alma, todo por el influjo de la hermosura. Asi es, que se ven mui frecuentemente señoritas, de tal manera amadas por los jóvenes, que habiendo despreciado al principio sus obsequios, han caido despues en las redes de amor con tal pasion, que han llegado á perder el

sueño y la salud por unos hombres, que al principio no habian sido dignos de ser favorecidos con una sola mirada; y esto procedia de la justa venganza que el dios de amor tomaba de estas jóvenes temerarias. Yo sé que vos sois amada con preferencia á todas las jóvenes de esta ciudad, y que vuestro amante no hallaria imposibles que no emprendiese por lograr vuestra gracia; y esto es lo que me hace estrañar no hagais aprecio de su mérito, y que no tengais piedad de vos misma, estando sufriendo interiormente un martirio, que no os atreveis á declarar á pesar de la ternura de vuestro corazon. Si me quereis creer y seguir mi consejo, no padecereis mas;

pues podreis gozar á vuestro placer; aliviareis por este medio la escasez de vuestra casa, y entrareis en la abundancia con un buen amigo, para no necesitar de nadie y vivir con la mayor comodidad. —Julia, oyendo los perniciosos consejos de este espíritu infernal, y mirándola con un aire que demostraba demasiado su cólera y el poco placer que la causaba su conversacion, la respondió: «¿Son esos los consejos que dais á las jóvenes, y la sana instruccion con que las enseñais el camino de la virtud? ¿Creeis vos, que la abundancia y todos los placeres de la vida reunidos son preferibles al pudor y á la virtud, marchando por medio del oprobio y del des-

precio sin honor y sin salud? No, no: estais mui equivocada; y os aseguro, que por mucha pobreza que Dios nos envie, teniendo yo un corazon contento y una alma libre de remordimientos, antes preferiré que mi cuerpo espire desfallecido de miseria, que ver violada mi castidad por esos lúbricos placeres que tan lisongeros me pintais: por lo tanto, os suplico marcheis á vender vuestros favores y proteccion á otra parte, donde podreis acaso emplear vuestras funestas exhortaciones con mejor suceso, si hallaseis alguna infeliz incauta; pues aqui perdeis el tiempo y os esponeis. Ese hermoso galan que os envia, puede hacer ver que lo es, y probar por

medios mas decentes y decorosos el interes que toma por mí y por mi honor; mas yo veo que ama solo á mi cuerpo y detesta á mi alma, asi como á vos os miro como al verdugo de mi única felicidad; pues que intentais privarme de las únicas alhajas que me restan de adorno y riqueza en esta triste vida. Baste esto para haceros conocer que Julia es una jóven honrada, y vos una muger falsa é inmoral que bajo el pretesto de la devocion venis á proponerme la prostitucion, para que sea víctima de una criminal debilidad; asi como es indigno de ser amado ese libertino, que piensa he de ser tan ligera y criminal; pues nunca mi razon y conciencia podrán permitirme ha-

cer el comercio que otras desgraciadas hacen de su honor y de su castidad. Dejadme en gracia de Dios, infeliz; alejaos de mi presencia y nunca volvais á ella con esperanzas de seducirme para precipitarme y hacerme vivir en pecado mortal. Marchad, vieja inmunda y asquerosa, y no infesteis por mas tiempo la mansion de la virtud, si no quereis que os trate segun merece vuestra infernal embajada.» —La vieja, á pesar de su elocuencia, no quiso instar mas; antes bien procuró disculpar su arrojo temerario con la idea de tramar despues otro ardid nuevo para sorprender la castidad de esta Julia virtuosa; y temiendo las resultas de su atentado y que se

publicase su proceder y profesion, se retiró humildemente, dejando á Julia mui contenta y gozosa de haberse librado de sus asechanzas, y resuelta á no dar mas oidos á sus seducciones para no esponerse á caer alguna vez en los lazos del amor; lo cual fue bien pensado, pues la muger que presta frecuentemente sus oidos á las sugestiones del que intenta corromper su castidad, está ya medio vencida.

Mas dejemos este punto, y volvamos á nuestro page episcopal, quien apenas oyó la contestacion de Julia, perdió casi todas sus esperanzas, viendo que una vieja tan astuta no habia podido lograr el triunfo: mas sin embargo, resuelto á no abandonar su empresa,

trató de probar como amante; y perseverando en su pasion, se decidió á usar de todos los medios imaginables, persuadido de que á la larga conseguiria ablandar el duro corazon de su querida: mas no contaba con la firmeza de su acrisolada virtud, pues cada dia se mostraba mas esquiva é indiferente á sus ruegos; y cuando le veia se ocultaba, huyendo su presencia como la de un basilisco. Viendo nuestro amante que nada servian las súplicas, creyó que los regalos podrian lograr mas, acordándose de aquel Júpiter que fingieron los poetas, corrompiendo á la hija de Acris con el rocío de oro que hizo llover en la torre de metal, y de que no hai corazon por

firme que sea, que no llegue á ser sensible á las dádivas y á los obsequios. Pero ¿cómo? Julia, que no apreciaba otra cosa que su virtud, ni otra riqueza que su alma tranquila y contenta, y que no consideraba digna de vivir á la muger, sino conservando á toda prueba su pudor y estimacion, era tan admirable en su castidad, como el hombre indiferente á la hermosura del bello sexo, y fue tan inexorable como antes. Su amante guardó la fuerza para el último recurso, si los demas atentados, como sucedió, no coronaban su empresa. La infernal vieja vuelve á entrar atrevidamente en campaña, y marcha con la confianza de tomar esta vez la fortaleza para go-

zar del triunfo á que aspiraba, y acreditarse en el oficio de seducir y engañar. Lleva unas joyas á Julia de parte de su amante, bien instruida de las espresiones con que la debia hablar; pero al momento que la presentó el regalo, y que se preparaba á echar el resto de su malignidad, Julia, que no queria repetir la escena pasada ni poner á prueba su entereza y pudor, tomó las alhajas y las arrojó en medio de la calle, echando á empellones de su casa á la vieja con la amenaza de que si volvia á tener el atrevimiento de llevarla semejantes embajadas, se lo diria á la Marquesa que aborrecia á tales mugeres, por ser la peste y la ruina de la juventud; añadiendo al mis-

mo tiempo, que el pretendido amante era un tonto, que debia conocerse, y que si ella hubiese querido ser loca no necesitaba haber tenido tanta conversacion; y últimamente, que se diese por mui feliz en no tener el escarmiento que acaso no le diese lugar al arrepentimiento de su temerario arrojo. — La vieja hipócrita, viendo que este era el último ataque, y que ya quedaba perdida su esperanza de ganar á Julia, se fue á buscar á su pretendiente y le dijo: hijo mio, soi de parecer trateis de alejar de vuestra imaginacion á esta tonta, pues que cuanto mas la ameis mayor será vuestra pérdida. Poned vuestro amor en otra, que agradezca vuestros obsequios, y no

perdais el tiempo con estas necias, que siendo hermosas y viéndose estimadas y queridas, no se ocupan sino de su voluntad y su capricho. Esta no puede ser ganada con dulzura y rendimientos, y menos con los presentes que se le hagan. Es una roca para atormentar á los hombres con su hermosura; pues al ver su continencia y oir sus razones, debe creerse que la misma elocuencia impedirá mude en sus deliberaciones. Dejadla vivir en su brutalidad, y no os atormenteis mas en pensar cómo lograr su amistad. — «Está bien, madre mia, responde el afligido amante; yo seguiré, si puedo, vuestro consejo, aunque siento en mi corazon la mayor pena al ver recompensado

mi cariño con tal rigor y crueldad. Me armaré de paciencia esperando que la fortuna dulcifique su fiereza, y me haga gozar de la calma del rigor que hoi me atormenta.» Aunque nuestro amante se esplicaba de este modo, no era posible se conformase con tal resolucion, viendo malogradas y tan remotas sus esperanzas; y en su consecuencia, no habiendo podido ganar al objeto de su ciega pasion por ningun medio de cuantos habia empleado, resolvió valerse de otro, cual era el de la fuerza, arrostrando para ello todos los peligros. Sabido es que las grandes empresas, sea el que fuere el fin á que se dirijan, guiadas por la virtud ó por el vicio, no tienen efecto sin que una terce-

ra parte por lo menos no se desgracien ó hagan arredrar á su inventor, para reformar sus designios, en vista de que los mas se engañan mui frecuentemente en sus fantasías; y con este motivo nuestro amante, firme en su propósito, consultó con un familiar del Obispo, mui amigo suyo y paisano, hombre que á nadie hacia daño, mas que visitar contínuamente el monte Cenis para asaltar á los pobres viageros y comerciantes. A este buen sugeto consultó el desesperado amante, y llamándole con mucha reserva, le descubrió su pasion, y todos los medios de que se habia valido para conquistar el corazon de Julia, cuyo espíritu y ostinacion eran inespugnables, estando

firmemente resuelta á no condescender jamas en cosas que perjudicasen á su honor. — Pero vamos, le dijo el familiar, ¿qué quereis hacer cuando esa jóven está tan distante de vuestra voluntad? — Yo no sé, le contesta; pero es preciso cantar victoria, ó que la muerte ponga fin á mis penas y deseos. — Pues meditad, y ved los medios que hai; y si yo puedo alguna cosa, tened por seguro que he de perder la vida, ó vereis colmados vuestros deseos. No hai mas que un medio, responde el amante desesperado, para lograr mi triunfo, el cual consiste solo en la fuerza, porque es tiempo perdido el emplear ya obsequios ni rendimientos. Es preciso usar de la violencia;

pues nada me importa morir, siempre que consiga vengarme de tal ingratitud y ver al mismo tiempo colmados mis ardientes deseos; y puede ser que despues de haber rendido á Julia, ya comprometida, no sea tan esquiva ni tan indiferente á esta vehemente pasion; pues no ignorais que muchas cosas al principio parecen difíciles, y despues, alejándose toda dificultad, no se halla en ellas inconveniente ni resistencia, sino mas bien placer y comodidad. — El familiar, aunque conoció la maldad del enamorado, y que un atentado semejante era de mucha consecuencia, no quiso contrariarle, y le prometió su ayuda en este ú otro cualquier asunto; con cuya promesa

creyó nuestro amante tener ya segura la victoria, y conseguidos todos sus deseos. A su sombrío semblante le reemplazó otro mui risueño, y se ocupó en espiar la hora en que la hermosa Julia salia de Gazuolo al campo sin compañía para sorprenderla y ahorrar de palabras y suspiros inútiles: tanto rondó la casa de su querida, que al fin la vió ir sola al campo, mui alegre y placentera, como que no sabia lo que la iba á suceder. Seguia pues los pasos de Julia con la misma ansiedad que el lobo las ovejas para devorarlas; y ocultándose entre las matas al menor ruido que sentia, pues á cada paso se desviaba del camino, llegó por fin á alcanzarla y la dijo: «Bastante

me parece, Julia, que habeis abusado del honesto cariño que os profeso, y pues que continuais con un rigor tal que no merezco, es tiempo ya de que os sometais al yugo del amor, y que cese el tormento que padezco. He sufrido mucho en quereros, y merezco ya ver el fin de tantos padecimientos, empezando á disfrutar de vuestra liberalidad.» — Julia, admirada de verse asi sorprendida, respondió: «Vos sois quien debe poner fin á vuestras temerarias impertinencias, y dejar en paz á la que está mui lejos de pensar como vos. Si estais afligido, esa afliccion procede de vuestra indiscrecion amando á persona que no es de vuestra clase, y que es sobre todo invariable en su

modo de pensar. Por lo tanto os suplico me dejeis en paz, y no os atormenteis mas en perseguirme, pues estoi resuelta á morir antes que condescender en la cosa mas leve que pueda denigrar mi reputacion.» — Pronunciadas estas palabras, y temiendo que la iba á suceder alguna desgracia, como se lo presagiaba el semblante brusco y aire denodado de aquel hombre supeditado por su ciega pasion, empezó á marchar á paso lento redoblándole alguna vez, como sucede al que no se atreve á correr, deseando sin embargo alejarse. Nuestro amante, que no queria sino aprovechar el tiempo que inútilmente habia perdido, fingió con la mayor ternura y delicadeza que-

rer acompañarla hasta la ciudad; y por mas escusas que ella puso, no pudo eximirse de su solicitud y de ir oyendo sus quejas, hasta que viendo ya que ella no se detenia ni le hablaba una palabra, tratando solo de ponerse en salvo, se determinó á ejecutar su depravado intento; y viéndose lejos de la poblacion y en la soledad que le hacia mas atrevido, favoreciéndole al mismo tiempo los trigos altos y espesos del mes de mayo, la dijo: ¡Cómo! ¿pensais libraros y burlaros siempre del que os ama mas que á sí mismo? Os engañais, Señora, pues ahora hareis por grado ó por fuerza lo que yo quiera; á lo que aquella infeliz se resiste y grita: *al asesino, al asesino*: pero hé

aqui que se presenta el apoyo de la iniquidad que acompañaba al amante, quien acaso se hubiera enternecido al oir los tristes clamores de Julia, la cual fue al momento agarrada por aquel mónstruo, diciéndola: *Vamos, vamos, amiguita, bastante os habeis burlado de este tierno amante. ¿Pensais que habremos venido aqui para ocuparnos de vuestros suspiros y vuestros gritos?* — Entonces Julia les suplica la quiten la vida, antes de ejecutar la tropelía á que se preparan. — Pero su amante la responde que no habia salido á su encuentro para cometer ningun asesinato, sino solo para socorrer á su amigo, cuya vida dependia de este triunfo. — Daba compasion oir

los gritos que enviaba al aire aquella infeliz en testimonio de su inocencia; y mas aun cuando aquellos inhumanos, temiendo fuese oida, la taparon bárbaramente la boca, y cometen el crimen; despues del cual la promete el bárbaro su apoyo, la ofrece su mano, y la alarga de pronto un bolsillo de oro. — ¡Ah infame (le dice, mirándole con un aire como la que está herida en lo mas sensible de su corazon), buen apoyo tendria yo con un hombre tan detestable! Quítate con tu dinero de mi vista, y no pienses haber logrado por un medio tan violento como criminal el efecto de tus lascivos deseos, y menos haber corrompido el corazon y la castidad de la desgracia-

da Julia, pues moriré con ella para ir á quejarme ante el juez que todo lo ve y lo sabe. ¿Eres tú, mónstruo, quien pretende tranquilizarme y borrar el odio que justamente mereces, despues de haberme robado lo que el mundo todo no me puede restituir? No, no: solo Dios será el que serene mi espíritu, castigando á los dos verdugos de esta jóven desgraciada.—Su amante se esforzó aun cuanto pudo para consolarla con mil promesas y tiernas caricias; mas ella despreciándole, le dijo: ¿No te basta aun, hombre brutal? Por gracia te suplico me dejes en paz, pues tu vista me despedaza el corazon, y pierdo la paciencia al escucharte. Obedeció su amante temiendo lle-

gase alguno, que oyendo sus quejas y sus estraordinarios lamentos, fuese á contárselo al virtuoso Obispo que aborrecia de muerte estas villanías. Luego que se ausentaron, la pobre jóven empezó á arrancarse sus hermosos cabellos, y anegada en lágrimas decia: ¡ Ah buen Dios! ¿es posible que el rigor de vuestra justicia sea para mí tan duro, que por mis faltas pasadas haya sufrido una penitencia tan sensible? ¡Oh Padre eterno! ¿con qué ojos me atreveré yo á mirar á nadie despues de haber perdido lo que mas me honraba en el mundo? Yo no podré disimular ni pretendo fingir. Este borron solo puede remediarle la muerte. — Luego que pronunció estas palabras, se com-

puso sus cabellos, y despues de haber enjugado sus ojos, se fue á la ciudad á casa de su padre, quien por desgracia estaba ausente. Pónese los vestidos mas preciosos, se compone como si fuese á una fiesta, y tomando á su hermanita la mas pequeña que estaba en su compañía, cerró la puerta de su casa, se fue á la de una tia anciana, muger de talento y discrecion, que estaba enferma en cama, y entre suspiros y sollozos la refirió todo cuanto la habia sucedido: traspasada de pena, entró en un éstasis, y trasportado despues su espíritu medio desesperado, cesa de llorar, gemir y suspirar diciendo: ¡Cómo! ¿yo llorar cuando nunca el corazon ne-

cesita mas fuerza? No, no debe sobrevivir á su afrenta una muger que ha perdido su honor; ¿y qué vida es aquella en que el alma se ve asaltada por la muerte, y el espíritu acongojado por la infamia? No, no: jamas hombre ninguno señalará por esto á Julia sin castigar en sí misma esta falta: mi fin dará á conocer á todos y dará fe á todo el mundo, que mi honor ha sido mancillado por fuerza, y sin mi consentimiento para semejante maldad: á vos toca, tia mia, declarar á mis parientes esta desgraciada ocurrencia, y decirles que Julia ha perdido su honor en apariencia, pero que su conciencia va á justificar ante el Cielo su integridad, y la bárbara crueldad

del infame que es causa de inmolar yo mi vida entre las olas para lavar en ellas las manchas de mi cuerpo, recibidas por la maldad del que me ha robado mi estimacion. —Luego que dijo esto, no quiso esperar la respuesta de su tia, que se preparaba á desimpresionarla de tan bárbara resolucion; y dirigiéndose á las orillas del Oglio, esclamó diciendo: Recibid, mi Dios, en vuestras manos la que no puede vivir habiendo perdido ya la prenda de su honor; y al momento se lanzó al agua, donde fue sumergida por las olas. Su hermana, viendo un caso tan horroroso, se puso á gritar y lamentarse con intenciones de seguir sus huellas, lo que hubiera ejecu-

tado si el pueblo no lo hubiese impedido: Dios sabe la consternacion que este lance causó á toda la ciudad, y la especie de castigo que hubiera impuesto al culpable si hubiese sido aprendido. El cuerpo de la desventurada Julia fue sacado de órden del Obispo, y le hizo enterrar en la plaza por no quererla dar sepultura en tierra santa, habiéndose suicidado de desesperacion; pero se propuso hacer alli con el tiempo un sepulcro de mármol y bronce, digno del elogio y virtud de una jóven tan apreciable, cuyo cuerpo fue acompañado de muchas lágrimas de todas las señoras de la ciudad, que honraron con dignos elogios la castidad violada de aquella desventurada víc-

tima, ejemplo y vergüenza de muchas locas que no tienen mas que la máscara de integridad, y son el juguete del amor sin miramiento ni pudor. Aprended pues, jóvenes inocentes é incautas, no á quitaros la vida, sino á resistir á los encantos y retrecherías de los amantes, y á no darles ocasion con señas, billetes ni conversaciones á ejecutar violencia alguna que pueda ofender á vuestro honor. La castidad no consiste en responder con dulzura, en replicar ni en despreciar las impertinencias de los libertinos; pues no son mas que redes de amor para poneros en el precipicio y llenaros de consternacion. Huid, como Julia, de los hombres que veais con iguales intenciones,



P.C. delt. P. M. ...

Toma traidor: pues que tienes dos Espadas, yo te haré de uno dos corazones.

INTRODUCCION.

Habrá muchos que crean no tengo otro argumento de que tratar, mas que de amores desgraciados ó temerarios de aquellos amantes locos y ciegos que se precipitan al traves de todo riesgo, olvidando los deberes del honor y de la grandeza de sus antiguos; y á estos diré que tomo de intento esta materia en mis historias trágicas, no por referir las astucias de un hombre lascivo, las intrigas de una muger pública, ni los ardides y fingimientos de un malvado seductor,

pues esto lo dejo á los cómicos que son los pintores que generalmente presentan esta clase de cuadros en la escena; sino porque siendo este vicio tan comun al género humano, y del que nos guardamos menos que de los demas, me ha parecido conveniente manifestar los disgustos, perjúicios y desgracias que esta pasion ocasiona en la variable diversidad de ocurrencias que sin cesar se suceden unas á otras, siendo al mismo tiempo enmascarada con frecuencia por el velo de una cierta política, y mucho peor cuando los mas procuran encubrir esta falta, que no es mas que el instinto natural de los brutos, afectando cierta amabilidad y dulzura con que se hagan apre-

ciables en las sociedades. Pero dejemos á estas almas miserables entregadas á su vocacion brutal y envilecidas entre las gamellas de los puercos del voluptuoso Epicuro: nos falta citar á aquellos que á la sombra de un gran bien, y bajo el pretesto del santo matrimonio abusan tambien del amor y del honor de una jóven modesta: no por esto trataré yo de disculpar la locura de aquellas que se dejan arrastrar de la seduccion tan ligeramente, porque deslizando y resbalándose por tan poco, y siendo vencidas por un asalto semejante, es ya una señal convincente de que el vicio las domina mas que la razon; y que la pasion las lleva á abandonar su honestidad, despre-

ciando ya la virtud que las hace tan recomendables.

Este mal, esta funesta enfermedad es el argumento de mis discursos, no para tratar del amor ó deducir los medios de emprenderle con suceso, sino mas bien para advertir á la juventud que no abuse tanto de sus inclinaciones amorosas, ni se fie en promesas de un amante embriagado por una pasion, para que nunca tenga que arrepentirse de una debilidad irreparable que produzca su desgracia, como la de los dos amantes contenidos en esta historia.

En tiempo del Papa Julio II hubo en Roma un caballero que tenia un hijo único por heredero de sus inmensos bienes, llamado Fabio, que por su desgracia se enamoró de una jóven, cuyo nombre era el de Emilia, y esta pasion fue la que ocasionó la muerte de ambos amantes.

No hai quien ignore, que si ha habido naciones sujetas á divisiones y parcialidades, la Italia fue siempre la que suscitó contínuamente las facciones: diganlo los

Turrianos, los Escalas, los Estes, y de tiempos mas modernos los Adornos y Fregosos en Génova, los Estrozzes y los Médicis en Florencia, y los Colonos y Ursinos en Roma, á mas de un número infinito de disensiones particulares que en todo tiempo han corrido por todas las ciudades de Italia, como el cáncer se estiende por el cuerpo humano, cuando no se cortan sus progresos. Este lastimoso estado fue causa de que los padres de estos dos jóvenes Emilia y Fabio se uniesen á diferentes partidos, y fuesen por consiguiente enemigos el uno del otro, causando el escándalo que diremos despues.

Fabio, aunque sabia la mortal enemistad que habia entre su padre

y el de su amiga, no dejó por eso de entregarse libremente á esta pasion, dando pábulo á sus vehementes deseos y esperanzas, amando cada dia mas á la hija de su enemigo; y sin embargo de no poder hablarla, tanto por la costumbre del pais, de tener en aquel tiempo tan sujetas á las mugeres, como en España á las monjas, cuanto por el invencible ostáculo que ofrecia la discordia de sus padres, hacia conocer su pasion á su querida con señas y tiernas miradas, dándola á entender que no era enemigo, sino esclavo suyo. La jóven Emilia, que no era de mármol para ser indiferente á igual pasion que llegó ya á poseerla, empezó á atenderle con cariño y á encontrarse con sus

miradas; y viéndole rondar á todas horas la calle, conoció fácilmente que deseaba hablarla: con este motivo se asomaba mas á menudo á una ventana que daba á una callejuela poco pasagera, por donde atravesaba contínuamente Fabio, esperando hallar la oportunidad de verle, que era precisamente lo que tanto éste deseaba. Luego que vió Fabio que su favorita ayudaba su empresa, y que empezaba á sentir la impresion del amor, prosiguió sus paseos hasta que un dia Emilia le dejó caer sobre la cabeza un ramillete de flores. Figúrate, lector mio, si desagradaria semejante favor á este amante, siendo en Italia una de las mayores señales de amistad y

cariño que una dama puede dar á un hombre cuando no es posible hablarle. Fabio, contemplándose en un paraiso de delicias con tan fina demostracion, dijo por lo bajo á la hermosa Emilia, que se habia ya puesto á la ventana: ¡Ah! Señorita, si estas flores son las precursoras de la dicha á que mi corazon aspira, no me quedará ya que desear en este mundo. — Emilia, sea porque quisiese probar su constancia, sea porque estuviese alguno en su cuarto, le hizo señal para que pasase otra vez, pues que en aquel instante no podia hablarle. — Sintió mucho que se desgraciase aquel momento; pero sin embargo, quedó mui contento y obedeció. Fuése á su cuarto con

su ramillete, y le colocó en el mejor parage, cuidándole con el mismo interes y esmero que si fuese el tesoro de Venecia, considerándose el mas feliz de todos los caballeros de Roma al verse correspondido de una muger tan hermosa: asi, pues, tomando aliento, y seguro de haberla fijado en su favor, no tuvo ya recelo en saludarla cuando la veia sola, procurando siempre el mayor disimulo y modestia para que nadie maliciase de sus amores; pero era tan fuerte la llama que abrasaba su corazon, que casi todas las noches cogia su lira y se iba á dar serenadas á su adorada Emilia, pasando sin detenerse por delante de la ventana, donde sabia se

hallaba aquella deidad á quien consagraba sus amores; cantaba con tal dulzura y suspiraba tan profundamente, que hallándose Emilia escuchándole á la ventana, no pudo contenerse, y le respondió con un fuerte suspiro; pues que de palabra no podia demostrarle su pasion. Fabio, lleno de gozo al oir tan consolador suspiro, que denotaba no poderle hablar por estar acompañada, la dedicó nuevos versos en otra cancion; pero temiendo Emilia ser descubierta si le tenia mas tiempo debajo de su ventana, se retiró, recreándose en recitar las palabras que Fabio la habia dirigido en su cancion; y llena de ideas lisongeras, que al mismo tiempo afligian

su corazon, se acostó, aunque poco dispuesta á dormir; y dando vueltas en su lecho de uno á otro lado, sin poder de modo alguno hallar descanso, pasó la noche meditando sobre las ocurrencias de tales amores, discurriendo lo que podria suceder, sin cesar de suspirar á cada una de sus reflexiones; lo que fue causa de que su Aya, que la habia criado desde la cuna, la preguntase lo que tenia, si estaba mala, ó si tenia alguna pena, en vista de estar tan desvelada y contínuamente suspirando contra su costumbre; pero Emilia fingió dormir, determinando sin embargo declarárselo todo por la mañana; y rendida por tanta cavilacion, al fin se quedó dormida.

Vino el dia, y queriendo empezar su arenga para descubrir á la Aya sus secretos, se halló tan cortada como el que es sorprendido en algun delito; y mudándosele frecuentemente el color, balbuciente, y no teniendo apenas libertad su lengua para articular una palabra, entró en sospecha la vieja de si el de la lira seria la causa de los desvelos de Emilia: por lo que, como muger astuta y que sabia todo lo que puede amor, la dijo: Y bien, Señorita, ¿qué os parece la cancion que anoche han cantado en esta calle? — No es mala, responde; pero segun las letras, me parece que el que las cantó debe tener alguna dama que finamente le corresponda al amor

que parece le abrasa; yo asi lo infiero del delicado concepto de sus espresivas letrillas. — Si, es verdad, repone la vieja, y me parece que no la tenia mui lejos, segun las últimas palabras de su canto. Pero decidme, Señorita: ¿cuál ha sido la causa de que hayais pasado casi toda la noche sin poder descansar un cuarto de hora desde que el caballero de la lira honró esta calle con su dulce canto? No teneis que ocultarme nada; pues si no me dijeseis la verdad, vereis qué pronto la averiguo yo. — ¡Ah, querida Marciana! por Dios os suplico tengais piedad de mí; pues me veo atacada precisamente de la enfermedad que sospechais; y no mireis como delito lo

que tanto simpatiza con nuestro sexo, que es el que me arrastra á querer á un hombre cuya voluntad está unida á la mia; y aunque todavía no me haya hablado, me ha mostrado mui bien su inclinacion para estar segura de su fino amor y lealtad. —¿Y decidme, querida mia, desde cuándo habeis aprendido á usar de ese lenguage? ¿En qué escuela habeis estado para instruiros tan pronto de lo que es amor, y fundar esta pasion en los efectos de nuestro ser actual?....
—La causa misma, dice Emilia, que os ha hecho ver en mí esa mudanza de carácter, y la esplicacion que me hizo un dia la viudá de un caballero, me ha dado á conocer lo que puede amor

sobre un corazon sensible, y me ha convencido de estar ya bajo su poder. — Vamos, vamos, ya veo que sois una muger de instruccion, y que sabeis argüir filosóficamente; pero decidme para mi gobierno, quién es ese caballero tan virtuoso y diestro que ha sabido ganar el corazon de mi Emilia; pues si es tal como le pintais, me tendreis uno y otro de vuestra parte: no basta decir la enfermedad al médico, si por el mismo medio no sabe la causa y sus síntomas para poder aplicar el remedio con acierto; de nada sirve saber que estais enamorada, siéndome desconocido vuestro amante; pues enfermareis lentamente, y no hallareis el alivio de vuestro martirio. — Ya

veo yo, dice Emilia, que no sin motivo son tan recomendados los ancianos para tomar consejo, tanto por su penetracion como por su prudencia; pues aunque me habia resuelto á confiaros el secreto, si no hubieseis suscitado vos misma la conversacion, yo estaria aun sin hablar, llena de cavilaciones y de pena. Sabed, pues, que mi corazon se halla oprimido y angustiado desde el dia en que fue aprisionado por un hombre que me ama ciegamente, y que á pesar de ser de casa ilustre y de todas las circunstancias necesarias para considerarse feliz cualquiera muger con su mano, nunca podrá ser mi marido; pues una fatalidad se opone á unas voluntades tan unidas co-

mo las nuestras. — Decidme solo, repone Marciana, quién es vuestro amante, y despues pensaremos en lo demas con meditacion, asegurándola, que no hai cosa, por difícil que sea, aunque se acerque á lo imposible, que no pueda vencer el talento é industria del hombre. — Emilia entonces, llorando y suspirando, con voz baja é interrumpida, y con los ojos fijos sobre la tierra de vergüenza, la dice: el que me ama y yo no puedo aborrecer, es Fabio, á quien mis padres no podrán estimar nunca por la enemistad tan antigua que hai entre las dos familias. — La Aya, al oirla pronunciar este nombre, se quedó tan sorprendida, que hubiera reconvenido agria-

mente á Emilia si no la hubiese visto tan afligida y acobardada; pues podia fácilmente haberla causado un insulto; y despues de reflexionar un momento, trató de consolarla, y la dijo: Vamos, tomad aliento, pues aunque la materia tenga en sí grandes dificultades, tiempo andando se desvanecen los resentimientos, y todas las cosas se componen, y de consiguiente puede que un dia veais cumplidos vuestros deseos: lo que importa por ahora es, que le recomendeis el mayor disimulo, esperando mejor ocasion que favorezca vuestro intento. — ¡Cómo! replica Emilia, ¿quereis que si me habla, le desprecie, y pierda por mi crueldad é ingratitud un hom-

bre que deseo ver mi esposo con preferencia á todos los de este mundo? ¿Es ese el consejo que me dais en lugar del consuelo que esperaba de vuestro cariño en tan triste situacion?—No, hija mia, repone Marciana, no es mi intencion oponerme para afligiros; sino al contrario, pues lo que se hace con reflexion y prudencia, nunca ocasiona un arrepentimiento: decidme en qué puedo yo ayudaros, y vereis si deseo que Fabio sea el esposo de mi querida Emilia.— Lo que yo quiero es, dice ésta, que si os saluda, le pongais buen semblante, inspirándole confianza para que podais sondearle y saber el objeto de su cariño.—Pónense, pues, las dos de acuerdo, y for-

man el proyecto de examinar á Fabio, preguntándole disimuladamente Marciana hasta conocer el fondo de su pasion y el fin á que se dirigia; pero no tenian otro arbitrio que la misma ventana donde Emilia se ponia para verle, y aun esta estaba enrejada: mas discurriendo entre las dos de otro modo, determinaron poner los medios de hacerse con la llave de una puertecita del jardin que estaba debajo del cuarto de Emilia, lo que fue bastante fácil á ésta, arriesgando su vida por hablar al que habia entregado ya su corazon. En este mismo dia salió la Aya de casa por algunas telas, y encontrándose con Fabio, la conoció éste al momento, la saludó mui cortes-

mente, y ella le correspondió con agrado; de manera, que inspirándole la confianza que deseaban, se persuadió que podia tener en ella un protector escelente para lograr sus designios: asi es, que habiendo escrito en aquella misma noche una carta á Emilia, y no sabiendo por quién mandársela, vió que todo se le componia á medida de su deseo, confiado en la amabilidad con que le habia saludado la Aya; y acercándose mas á ella, la dijo: Si teneis, Señora, tanto cariño al bien que yo deseo, como ansiedad mi corazon por poseerle, no dudo me dispensareis vuestro favor; con el que podreis un dia decir que habeis hecho mi felicidad. — Caballero, dice Marciana,

¡me admiro de ver, siendo de la familia que sois, que os dignais dirigir la palabra á la de los Crecencios (este era el apellido del padre de Emilia), que tanto os detesta! — Las animosidades de mis padres, responde Fabio, no pueden ser un ostáculo á mis inclinaciones: si ellos tienen algun veneno en su estómago que produzca esa rabia, yo no he mamado en la leche de mi nodriza rencores ni deseos de venganza contra nadie: asi, pues, os suplico me hagais un favor que me obligará estraordinariamente, y tendré presente en todo tiempo. — Verdaderamente me interesais, dice Marciana, y hablais con tal delicadeza y cordura, que si eso se puede

hacer sin perjudicar al honor de alguno, me decidiré á complaceros, pues veo lo mereceis. — Dios me quite el aliento antes que causar le deshonra de nadie, y menos de aquellas personas que aprecio mas que mi vida: lo que os pido es, que entregueis esta carta á mi adorada Emilia, jurándoos, que como Caballero, viviré y moriré sin cometer la accion mas leve que pueda hacerme digno de la nota de infamia. — Mui bien, Caballero, os hago la debida justicia en creeros; y obedeciéndoos, os advierto al mismo tiempo que si os poneis por la noche debajo de la ventana, como la pasada, os diré la respuesta. Fabio la dió gracias un millon de veces, asegurándo-

la, que primero se dejaria hacer pedazos que faltar á la hora que quisiese prevenirle, y quedaron acordes en la misma de la noche anterior. Fuese mui contento, dejando el consuelo á Marciana de poder llevar una buena noticia á su Emilia, á la que se dirigió inmediatamente; y hallándose solas en una pieza retirada de la casa, la instruyó de todo cuanto habia ocurrido con Fabio, alabando su honradez y delicadeza; y despues con una sonrisa de satisfaccion la dijo: Y para que veais que no os engaño, aqui teneis un presente que me ha suplicado ofreceros de su parte, prometiendo venir esta noche á despertaros como el dia pasado. — Emilia, entre sorpren-

dida y avergonzada con tal noticia, ofreció en su semblante el vivo carmin, y reponiéndose un poco, dijo á su Aya: ¿Cómo habeis tenido tanta resolucion para hablar á Fabio con tal confianza, y tomar al momento la carta que os ha presentado?—Ja, ja, ja, responde Marciana, riéndose: ¡es posible que seais tan niña, que suplicándome una cosa, desaprobeis despues lo que he hecho por obedeceros! Yo os prometo que este será el último paso que yo daré en el asunto.—No os irriteis, querida Marciana, dice Emilia, por lo que os digo; pues no ha sido mas que una chanza para reir: esto se lo dice abrazándola, y continúa: veamos ahora lo que con-

tiene este pliego; pues si tiene algun encanto, tendreis tanto placer como yo. — ¡Oh! no es á mí á quien son dirigidos esos encantos, responde la buena Marciana; pues que los resultados son reservados para vos. En fin, chanceándose y riendo de esta manera las dos á la vez, abre Emilia la carta, y halla en ella lo que sigue:

Carta de Fabio á Emilia.

Señorita: si supiese que la enemistad de nuestros padres tenia tambien raices en vuestro corazon, prefiriera morir por complaceros, á vivir aborrecido de la que ha esclavizado el mio, convirtiendo con sus virtudes y hermosura

lo que fue odio en amor; mas conociendo, que una criatura de un carácter tan sensible como el vuestro no puede ser rencorosa y sanguinaria para desear mal á quien la quiere bien, y prometiéndome vuestras tiernas miradas que mi inclinacion no producirá en vos efectos desagradables, me atrevo á suplicaros tengais compasion de mí, y me concedais el placer de hablaros reservadamente para comunicaros mis designios, debiendo confesaros anticipadamente, que los elogios que he oido de vuestras prendas, unidas á tan singular hermosura, son los que me han obligado á adoraros: merezca mi honesta inclinacion el alivio que reclama mi pena para no da-

ros el título de cruel; y esperando tan dulce bien y consuelo, os saluda con la humildad del amor y de la esclavitud este rendido amante que solo vive por vos, y cuyo aliento cesará con la esperanza que le sostiene de merecer vuestra piedad y ver un dia dos voluntades en una, ligadas por los tiernos é indisolubles lazos que á Dios pide con vuestra conservacion vuestro esclavo

Fabio.

Emilia, que hasta entonces habia amado sin saber con seguridad las intenciones de su amante, no pudo contener sus lágrimas; y suspirando, dijo: ¡Oh Dios mio, qué dignos de admiracion son vues-

tros juicios y sabiduría! ¿Es posible que de dos familias tan enemigas pueda hacerse un enlace como el que nosotros apetecemos? Yo me atreveré á asegurar que mis padres no harán apenas resistencia cuando conozcan el mérito y buenas prendas de este jóven que tanto me ama; pero su padre es tan severo y tan poco afecto á nuestra familia, que dificulto apruebe esta union. ¡Mas qué tonta soi! ¿Quién sabe si Fabio, incitado por los suyos, dirige esta intriga para burlarse de mí? En verdad que no puede vengarse nadie mejor de su enemigo, que tirándole en lo mas apreciable, que es el honor; y si yo una vez llego á perderle, seré entonces para todo el mundo un

objeto despreciable. No, no: jamas abandonaré la senda de la virtud; una muger sin recato es el ludibrio de la sociedad; y aun el hombre que prendado de su hermosura la prostituye, despues la huye y aborrece, dejándola en la infamia y sin poder levantar sus ojos de vergüenza: mi honor y reputacion es primero que todo; y la muerte me cogerá sin los remordimientos y las inquietudes de haber deshonrado á mi familia. — ¡Cómo! Señorita, dice Marciana, ¿tan malo suponeis á Fabio, que le juzgais capaz de tan infame traicion? ¿Seria posible que os amase tan poco, que olvidando la honradez que tanto le recomienda, tratase de comprometer á una señorita

inocente y sencilla por lograr alguna venganza contra vuestra casa? No, no: yo respondo por él; y os aseguro que os ama entrañablemente, y que es tan vuestro, que la resistencia de sus padres y parientes no será bastante á hacerle desistir de sus designios: ahora sí que conozco lo inocente que sois en punto de amor; pues para esplicaros asi es preciso ignoreis su poderío, sin embargo de habéros creido el otro dia de mucha esperiencia. El amor, Señorita, es la pasion mas imperiosa de las criaturas; pues manda en nuestras voluntades, las une por opuestas que sean, destruye todo rencor y resentimiento aunque parezcan inmortales, y en fin, es como un se-

ñor que intenta dominar nuestro albedrío; pues dulcifica hasta el rigor de los corazones mas duros y crueles; virtud que no tienen las demas pasiones de los mortales. Por lo demas, la juventud está tan sujeta á tales aprensiones, que por obedecer á una muger se arroja un amante á todo, arrostrando los mayores peligros; y si es necesario, sacrifica gustoso su vida. Tantos ejemplos habeis oido ya sobre esta materia, que no creo haya necesidad de traeroslos á la memoria. Sin embargo, si tan perverso juzgais á Fabio, despedidle de una vez, para que no os vuelva á importunar; que dedique sus obsequios á otra; pues de esta manera renacerá la alegria y tran-

quilidad de vuestro corazon, desechando esas inquietudes. — ¡Ah, querida Marciana, dice Emilia, con qué poca reflexion hablais y aconsejais á una desgraciada, imposibilitada de recibir ningun consejo! Si yo dudo, es porque temo en vista de las desgracias que suelen sobrevenir en semejantes casos; pero yo amo tanto á Fabio que no podré olvidarle, y menos separarme de él prohibiéndole volver á verme: no tengo mala opinion de su conducta ni de sus sentimientos, y creo cuanto me habeis dicho sobre su lealtad; mas disimulad mi debilidad, y persuadios de que el honor que tanto aprecio, y no otra cosa, es lo que me hace usar de este lenguage. En

fin, yo veré lo que quiere decir; y segun sus espresiones y vuestros consejos obraré en este asunto como mejor nos parezca. Lo que importa ahora es, que veais lo que le quereis decir esta noche, ya que le habeis citado con tanta confianza, pues yo quiero marchar con mucha prudencia, para no sufrir despues una consecuencia fatal. — Dejadlo todo á mi cuidado, responde Marciana, y no penseis ahora mas que en descansar; pues yo haré la centinela de manera, que no seais sorprendida. — Luego que llegó la noche, y cuando ya todos estaban entregados al sueño, Fabio, que cada dia estaba mas impaciente, tomó la capa, su espada y su lira, y se marchó sin deten-

cion, lleno de impaciencia, al parage que le habia señalado Marciana, donde para hacer saber su llegada empezó á tocar y cantar algunas coplas alusivas á su pasion.

Emilia, que estaba escuchando con su Aya, se vió tan seducida por sus letrillas y por la dulzura de su voz, que se hubiera asomado mui gustosa si Marciana no se lo hubiera impedido diciéndola: ¡Cómo, Señorita! ¿quereis mostrar tan poca gravedad, cuando vuestro mismo amante os trata con tanto respeto y delicadeza? Es preciso que obreis con mas circunspeccion; pues debeis saber, que las caricias que las niñas hacen á los hombres, les disgustan en vez de agradarles, y producen

frecuentemente opiniones que no se desvanecen despues como se quiere; y si he de deciros la verdad, aun cuando una dama piense dar oidos á su amante, debe entretenerle y hacérselo desear; pues cuanto mayor sea su inquietud y espera, mayor es el deseo, y el placer entonces le parece mas grande; y teniéndole mucho tiempo en la ansiedad, mas persiste en la esclavitud, y mayor es la pasion á su dama. Dejadme á mí obrar con libertad; pues yo le entretendré ahora como conviene para proporcionaros despues á la vez placer y felicidad en vez de lágrimas de arrepentimiento. — Perdonad mi falta, dice Emilia, y considerad que no tengo esperiencia para po-

dermedirigir con prudencia y acierto; y valiéndoos ahora de vuestro entendimiento y desengaños, hacedme conocer vuestra política y vuestro talento; pues segun veo, el cielo os ha conservado para mí consuelo y consejo: vuestra esperiencia y astucia deben ahora emplearse en mi proteccion y en los medios convenientes al suceso de un asunto tan árduo; puesto que alegais en favor de Fabio, á quien veo haceis ya esperar demasiado.

—Ya veo, Señorita, dice Marciana, que no sois tan cruel como pensaba; pues que os compadeceis de Fabio por haber esperado un cuarto de hora debajo de la ventana; y mayor seria vuestra pena si estuviese toda la noche esperan-

do, como hacen muchos amantes que la pasan á la luna por ver una sola vez á su dama.—En efecto, dice Emilia, no quisiera estuviese sufriendo estos postes, pues que se le ha prometido decir cuál es mi intencion, sea rehusando sus obsequios, sea admitiéndolos; y para esto no es decente hacerle tanto esperar; con que no hablemos mas, no sea que piense nos burlamos de él.—Marciana, que se complacia de ver á Emilia tan impaciente y un poco enojada con ella, fingió no querer ir tan pronto, diciendo: En verdad que adelantará bastante este amante con mis favores, y máxime á una hora tan irregular: voi por haberle ya dado palabra; pero mas lo hago por

contestarle, que por darle ninguna muestra de cariño; pues no tengo necesidad de incomodarme por lo que no me va ni me viene. — Emilia no pudo menos de echarse á reir, conociendo que su Aya decia todo esto por obligarla, y ya con otro semblante la dijo: Pues bien, id, no lo dilateis, aunque le negueis vuestros favores; esto quedará á mi cuidado; y al vuestro ahora el desempeñar con delicadeza y esmero este encargo. — Concluidas estas palabras se fue Marciana al momento á la ventana, vió á Fabio que se estaba paseando mui pensativo y con celeridad; y para llamarle la atencion tosió, y al momento le hizo ponerse debajo de la ventana; vió

á Marciana, y queriendo empezar á hablar le interrumpió, diciéndole por lo bajo: Caballero, dirigios á la primera puerta que hallareis al estremo de este jardin, y allí os instruiré de todo cuanto ha ocurrido. —Fabio, sea porque creyese ver allí á Emilia, sea por el deseo de saber la respuesta de su carta, se fue volando, y no habia aun llegado, cuando el mensagero de amor le abrió la puerta; entra en el jardin, y toman el emparrado que conduce al aposento de Emilia: su Aya entonces empezó á hablarle de esta suerte: No sé, Caballero, cómo yo podré encubrir las faltas que estoi cometiendo de fidelidad á mi amo, permitiendo entrar en su casa á un hombre á

estas horas con tanto riesgo; pues si lo supiera, nadie me libraria de la muerte; y mucho mas, solicitando á su hija en vuestras cartas, sin saber á qué se dirige vuestro afecto: Emilia ha leido el billete que para ella me disteis, y no ha hecho el mayor aprecio al ver la inconstancia y ligereza que comunmente se advierte en los hombres: bien es verdad, que si el efecto correspondiese á las palabras, creo se decidiria sin vacilar á corresponderos, sin faltar al decoro debido á su clase y á su estado. — ¡Cómo, Señora? dice Fabio: ¿creereis que yo soi un seductor que trate de engañar á vuestra señorita Emilia? Estad segura de que primero vereis mi muerte que una

accion indigna de un Caballero: estoi decidido y me consideraré el hombre mas feliz del mundo si admite mi mano : esto se lo diria á ella misma , si me permitieseis el honor de hablarla. — Al presente, responde Marciana, no puedo complaceros ; pues Emilia no lo llevaria á bien , y á estas horas seria tambien una imprudencia, pues que al momento eramos descubiertos; pero venid mañana á estas mismas horas, y os prometo que la hablareis; pues por mi parte haré cuanto pueda en vuestro obsequio, convencida de que Emilia os tiene particular aficion. No traigais mas la lira , para que los vecinos no se impongan de nuestras operaciones ; pues ni vos intentareis hacer

público vuestro amor, ni conviene á la reputacion de una doncella de estas circunstancias. — Soi de vuestro sentir, y no permita Dios que yo cometa la mas leve imprudencia que pueda mancillar su honor. Lo que os suplico es, que os acordeis de mí; pues con la esperanza que me dais de hablar á mi adorada Emilia mañana, viviré mientras llega ese feliz y ansiado momento, tan contento como el avaro contando sus tesoros. — Diéronse las buenas noches y se retiraron el uno á su casa y la otra al cuarto de la impaciente Emilia, que estaba de pie esperándola para saber el resultado de su conferencia. Marciana la informó de todo lo ocurrido prolijamente, y la di-

jo no debia olvidar nunca su honor y la reputacion de la casa á que pertenecia, recomendándola mui encarecidamente no fuese tan ligera ni se dejase arrastrar ciegamente de su pasion hasta el estremo de tener condescendencia la mas leve con su amante sin toda la seguridad necesaria de su enlace; pues que las palabras cuestan mui poco ó nada á los que intentan divertirse, como dice un poeta:

....

Júpiter de lo alto de sus cielos
Se rie de juramentos amorosos,
De lágrimas, suspiros y desvelos.

....

Añadió á estas reflexiones, que quien pierde en esto son las niñas; pues quedando deshonradas pade-

cen un triste y eterno arrepentimiento, que las acompaña por todas partes para avergonzarlas de su propia debilidad. Acordaos, hija mia, de los horrorosos ejemplos que habeis oido referir, y de las desgracias que han resultado á las que guiadas solo de su locura, se han acordado del matrimonio despues de hecho el daño, no por el deseo de un santo enlace, sino por ocultar sus irreparables debilidades. Acordaos, Señorita, del fin que tuvo aquella jóven de Castriñan, que abandonándose á su amante Leoncio, sin otra seguridad que la esperanza de poseer su mano, se desesperó al fin, viendo que su amigo la habia dejado por casarse con otra. Bien es verdad,

que esta jóven era mui simple en pensar que Leoncio, siendo un caballero de la mas alta nobleza, habia de enlazarse con la hija de un hombre de baja estirpe. Pero vos, que sois igual en nacimiento al que os solicita, no estais en el caso de temer que pueda desdeñarse de ser vuestro esposo. Lo que os encargo es, que no le dispenseis ningun cariño sin tener la seguridad que exige vuestro honor: yo no desconfio de vuestra virtud y talento; pero sin embargo, son tan astutos, tan falsos los hombres, y nosotras tan débiles y condescendientes, que cuando creemos estar seguro nuestro honor y burlarnos de cualquiera amante, entonces es cuando somos

sorprendidas en gran daño de nuestra reputacion, y nos hallamos con un sentimiento perpétuo que sin cesar está royendo nuestra conciencia. Si os da palabra de matrimonio, quiero yo estar presente para que os haga juramento delante de mí, y despues con el tiempo se compondrá lo demas.

Emilia escuchaba con mucha atencion los consejos de su Aya, prometiéndola seguirlos, convencida de convenir asi á su honestidad; pero todas estas seguridades ni los juramentos de su amante, que dependia de la voluntad de otro, no fueron bastantes á impedir la desgracia que estaba preparada para estos dos infelices, como verán mis lectores mas adelante.

A la mañana siguiente Fabio no olvidó su palabra, y menos la hora y sitio de la cita: fue solo á la puerta del jardin, donde halló á Marciana; y ésta le condujo hasta el enverjado, diciéndole esperase allí, ínterin volvia con el remedio que deseaba para satisfacer la ansiedad que tenia de hablar á su querida Emilia.—Fabio, que no habia ido con otro objeto que el de suplicar á Emilia le admitiese por amigo para ganarla la voluntad y poderla hacer despues suya para siempre, no quiso emplear el tiempo en largas contestaciones; y solo suplicó á la Aya, que pues habia dado principio á su felicidad, continuase dispensándole sus buenos oficios para

completar la obra, y que seria siempre estimada y protegida por haber cooperado á estinguir el odio que reinaba entre las dos familias. — Emilia, aunque vió á Marciana, no se atrevió á preguntarla si su Fabio habia ya llegado, sea de vergüenza, sea de timidez, por tener que hallarse en una posicion en que nunca se habia visto, como la de estar enamorada y sola con su amante: al fin Marciana la dijo: Señorita, hasta aqui he lisongeado vuestros deseos y antojos sin cuidar de mi deber ni del disgusto que podia ocasionar á vuestros padres, que hacen tanta confianza de mí, poniendo bajo mi custodia y vigilancia una hija que tanto aprecian; mas en adelante es

preciso sepais el camino que debeis seguir para mi gobierno; pues no es justo que labremos nosotras mismas con alguna imprudencia nuestra desgracia. — No tengais cuidado, responde Emilia; pues no daré un paso sin vuestro consentimiento; y por lo tanto, seguidme para que seais testigo de mis operaciones. — Marcharon, pues, juntas en busca de su amante que se paseaba en el jardin, sin hallar lugar que le cuadrase ni distrajese: tal era su inquietud, cuando repentinamente fue sorprendido por la llegada de su favorita, á la que saludó lleno de contento y balbuciente en fuerza de la grande emocion de su corazon, diciéndola: Señorita, mucho tiempo há

que ansiaba este momento feliz para declararos que soi vuestro esclavo hace mas de un año; pues me teneis sin libertad en las redes de amor, y tan conforme en ser vuestro prisionero, como que mis deseos se cifran en serlo toda la vida; y si antes no lo he verificado, culpad á mi mala suerte que me ha hecho nacer en la época de la discordia; pues habiendo desterrado la paz de esta ciudad, me ha impedido en todo este tiempo romper el silencio para ofreceros mi corazon y respeto; mas no pudiendo sofocar la pasion que os tengo, os suplico me admitais por esposo si quereis hacer mi felicidad. — Emilia habia escuchado á su amante con grande alteracion

y gusto, conociendo á las primeras espresiones que le oyó, que estaba efectivamente poseido de un amor verdadero; y en esta persuasion le tomó de la mano, le condujo á una glorieta de laureles, y allí, sentados uno junto á otro, le respondió con mucha gracia en estos términos: Caballero, aunque vuestra clase y vuestras finas espresiones sean para mí una garantía suficiente de cuanto acabais de decirme, la poca constancia sin embargo de muchos hombres me hace casi dudar de vuestro discurso; pero habiendo leido vuestro billete, escuchado vuestras canciones, y visto los frecuentes paseos que dais por esta calle, os he hecho el favor que veis, aun-

que faltando á mi deber, para saber verbalmente de vos el motivo de vuestras solicitudes, mediando la enemistad mortal que sabeis entre nuestros padres que es un ostáculo invencible para poder honestamente amarnos. — ¡Cómo, Señorita! responde Fabio: ¿creeis por ventura que yo puedo abrigar en mi pecho la cólera que tan ligeramente concibieron nuestros padres, y que su gusto es el que dirige al mio en cosas de amor? Yo debo obedecer á mi padre, es vèrdad; mas nunca me podrá hacer aborrecer la que amo; y asi os juro, que si consentís en ello, desde hoi quedarán ligados nuestros corazones, pues el mio está ya decidido á no ser esclavo de otra que

vos.—Emilia quedó vencida por el amor, haciendo poca ó ninguna resistencia á la decision de Fabio; y éste, embriagado por la satisfaccion de verla conforme, se arrojó temerariamente á estampar sus labios en los de Emilia: empero esta, como despertando de un profundo sueño, y poseida de un justo enojo al ver atacado tan de improviso su decoro, rechazó con denuedo á Fabio y le dijo: ¿Cómo olvidais, Caballero, tan groseramente quién sois y quién soi yo? Sabed, que sea cual fuere la inclinacion que yo os tenga, nunca debeis esperar de mí el mas leve favor que pueda mancillar mi honor, interin no sea vuestra legítima esposa; de otro modo, y vista ya la

libertad que habeis pretendido tomaros, no volvereis á entrar mas aquí por vehemente que sea mi pasion; pues no quiero oscurecer mi estimacion ni la reputacion de mis antepasados. Si yo os he dado permiso para entrar secretamente en este sitio, tambien tengo resolucion y caracter para impedirlo en lo sucesivo, librando á mi honestidad de un inminente peligro, y castigándome á mí misma de la imprudencia que he cometido; y estad firmemente persuadido de que si os amo no es como simple amante, sino guiada de la esperanza de que seais un dia, cual prometeis, esposo mio. No es sino en este concepto como yo procuraré alimentar esta pasion; pues de lo contra-

rio fuera vituperada con razon mi conducta, y criminal un amor que no fuese cimentado en la virtud y justificado por el himeneo.

Fabio al oir á Emilia con tanta entereza y serenidad unas razones tan poderosas, la respondió: perdonad, Señorita, que me he escedido sin reflexion, y arrastrado por vuestros atractivos en un momento en que habeis decretado mi felicidad. No dudeis que mis intenciones son las mas puras, y os repito bajo el juramento mas sagrado, que no ansio otra dicha que la de ver realizado nuestro enlace. Por lo demas disponed de mí á vuestro placer, pues os obedeceré en todo cuanto me prevengais con la mayor exactitud. . . . . . .

Aquí teneis, jóvenes incautos, dos ciegos amantes, ambos hijos de familia, sujetos á padre y madre y menores de edad, que se atreven á contratar matrimonio sin su permiso, y sin atender á las solemnidades y ceremonias instituidas por la Iglesia para público testimonio y prueba de tal union, contentándose con que una vieja tonta haga de ministro del altar para recibir su fe y unirlos por palabra de presente. Aun cuando no se hubiesen ya anulado semejantes matrimonios, ¿no podriamos llamar á esta farsa un miserable subterfugio para evadir las leyes del santo Sacramento del matrimonio? Pero en nada desmintió el fin á un principio tan indiscreto y tan mal fun-

dado. — Yo quiero, dice la simple Emilia, que á presencia de mi Aya me prometais vuestra fe, y que nunca os casareis con otra que conmigo, y yo os daré la misma palabra. — No solo eso, dice Fabio (que por gozar de tal dicha hubiera renunciado todos los bienes de su padre, y jurado imposibles), sino desde hoi os hago el mas solemne juramento ante el Dios que nos ve y nos oye, y de vuestra Aya que puede ser testigo de mi promesa, que os acepto y considero ya como mi esposa; que jamas, mientras vivais, amaré ni podré dar mi mano á otra; y en fin, si quereis juraré por escrito este enlace de presente. — Marciana, despues de haber recibido sus juramentos, y que

los dos amantes tuvieron el anillo de su mano, les dijo que estaban ya tan bien casados, que era imposible pudiese nadie disolver esta union sino por la muerte. — Fabio al oir esto dijo á su esposa: y bien, querida Emilia mia, ¿quién puede ya impedirnos ni censurar el que nos veamos solos y que nos tratemos frecuentemente? Esta inocente, aunque ya no tuviese tanto recelo en complacerle por contemplarse efectivamente su legítima esposa, sin embargo puso varias disculpas, y la que mas afligia su corazon era el consentimiento que faltaba de sus padres; pero ya se habia echado la piedra al aire, y Marciana la dijo: Señorita, ya no viene al caso escusa ni fingi-

miento, y menos el dilatar lo que es un deber: Fabio es vuestro marido y vos su muger, y por lo tanto no podeis ni debeis ya tener escrúpulos en ser condescendiente en cuanto os proponga. Con estas razones tan decisivas de una muger anciana que habia sido su Aya desde la niñez, fueron disipados todos los temores y remordimientos de esta infeliz, con lo que dieron el primer paso á su perdicion. Yo creo que los cantores de su epitalamio fueron los buhos y los murciélagos, anunciando su muerte miserable por la ocurrencia de un caso tan fuera de propósito; y siendo la pompa de sus nupcias clandestinas, fue causa de que sus exequias lastimosas causasen por su

novedad una admiracion estraordinaria á toda la ciudad de Roma, segun verán nuestros lectores en la relacion que sigue.

Estos dos amantes, gozosos con su enlace, convinieron como esposos, aunque secretamente, por espacio de un año ó mas, esperando de una hora á otra tener los medios de poder vivir juntos con toda libertad, lo que no era tan fácil no siendo por la muerte del padre de Fabio, que era el principal y el mas difícil de reducir en este asunto. Este, cuando los dos amantes se hallaban mas engolfados en sus satisfacciones, les dió un asalto tan fuerte, que no estando bien resguardados, no pudieron sufrirle sin precipitarse, y ved aqui cómo.

El büen hombre, viéndose ya de una edad avanzada, y que poco á poco se encaminaba al sepulcro, deseando dejar establecido antes de morir al único hijo que tenia, le llamó un dia reservadamente y le habló en estos términos: Ya ves, hijo mio Fabio, que la naturaleza empieza ya á faltarme, y que la vejez me abate tanto que frecuentemente me veo asaltado por mil precursores de la muerte, de lo que infiero que la tengo ya mui próxima. Puedes considerar cuál seria mi placer si te dejase ya establecido y bien casado, segun corresponde á tu rango. Soi padre, sabes lo mucho que te estimo, y que siendo hijo único, no tendria mayor contento que el de espirar

rodeado de nietecitos que dilatasen nuestra ilustre estirpe. — Fabio, que no esperaba un golpe tan fatal, se quedó mas frio que un mármol al oir de su padre una arenga semejante, estando bien seguro de que no seria su querida Emilia la que le propusiese por esposa, y no le dió otra respuesta que la de un movimiento de hombros, lo que fue bastante á dar á entender que semejante resolucion no le era agradable. En esta ocasion no le exigió su padre contestacion alguna, sino antes bien, como le amaba tanto, procuró suspender disimuladamente esta conversacion. Lo que hizo fue encargar á ciertos parientes le estrechasen á admitir un enlace mui ventajoso que tenia ya él

proyectado, y estos lo ejecutaron recordándole la obediencia que debia á su padre, y el placer que el pobre viejo recibiria cuando le viese bien casado; asegurándole que este era el medio de evitar se irritase contra él, como era natural si encontraba resistencia al cumplimiento de sus órdenes. — Nuestro amante les respondió, que si hubiese tenido inclinacion á casarse, á su padre solo y no á otro alguno es á quien hubiera declarado su deseo; pero que su corta edad y su poca esperiencia de las cosas del mundo no le permitian casarse aun, y queria vivir en su libertad el tiempo que le restaba de su adolescencia. — Los emisarios, luego que le oyeron esplicarse en

estos términos, conocieron que estaba comprometido con alguna jóven y no queria abandonarla; informaron de todo á su padre, y le aconsejaron averiguase quién era la dama que le tenia encadenado, y en qué términos, para poder impedirle tomar un partido tan ventajoso y faltar á un precepto paternal; lo que puso inmediatamente en ejecucion, y llamando á Fabio, le dijo: Estoi admirado, hijo mio, de oir tus disculpas sobre el enlace que te he proporcionado de una señorita tan hermosa, rica y honesta, y es preciso te cases con ella para que tu anciano padre pueda morir contento y tranquilo, dejándote ya bien establecido. Sin embargo, si hai alguna causa que

te impida darme este gusto, háblame claro. Yo no creo ser un padre tan cruel y temerario para violentarte si has puesto tu afecto en otra, siendo correspondiente á tu clase, pues no deseo otra cosa que tu felicidad y satisfaccion. Asi pues, dime quién es la que merece tu eleccion y cariño para esposa. — Viendo Fabio á su padre tan racional y deferente (lo que hacia cautelosamente por saber cuál era el objeto que le privaba de su libertad), se puso á suspirar, y bajando la vista de vergüenza ó de temor de que su padre se irritase, no se atrevia á responderle; le remordia la conciencia y temia su furor si le confesaba la falta que habia cometido de casarse sin su

permiso con una muger que jamas aceptaria por hija, como lo vió al momento, cuando el viejo le dijo: Y bien, hijo mio, ¿no me darás otra respuesta que suspiros? ¿qué quiere decir ese silencio? ¡no parece sino que te arrancan el corazon del pecho!!!! Ya veo que tú estás enamorado; pero ahora mismo me has de decir de quién, para ver si se puede acomodar el enlace á tu gusto. —Fabio, conociendo que la suerte es un juego en el que se debe envidar el resto cuando se presenta propicia ó forzada, para quedar en paz ó perderlo todo á una carta, respondió á su padre en estos términos: Señor, siendo aun de tan pocos años, y hallándome mui bien con mi libertad en

el estado celibatario, no pensaba, ni me llamaba la atencion el del matrimonio, pues me parece tambien que son muchas las obligaciones y los riesgos de un hombre casado, para poderme hacer feliz á mí ese estado; pero pues que es vuestra voluntad que me case, y la mia la de complaceros, estoi pronto á obedeceros si en ello teneis tanto placer; y siendo preciso para realizarlo que yo os declare mi inclinacion, os confesaré que siempre que fuese de vuestra aprobacion, no hai mas que una muger que pueda hacerme feliz, y la única á quien, si he de casarme, me resolveria á dar mi mano: esta es la jóven Emilia, hija de Cresenci. — Apenas Fabio pronunció el nom-

bre del padre de Emilia, trasformó en ira la del suyo, de tal manenera, que indicaba ya en su semblante, antes de hablar, el efecto que habia causado esta noticia y declaracion en su corazon; y balbuciente, temblando y con una voz ya alterada por la cólera que le poseia, dice á su hijo: ¡Cómo! ¡infame, temerario! ¿cómo te atreves á nombrar ese mónstruo delante de tu padre? ¿tan vil es tu corazon que pueda abrigar semejantes sentimientos? ¿tú amas á la hija del hombre que mas aborrezco en el mundo? ¿es ese el respeto que tienes á tu estirpe? Responde, mal hijo: ¿eres tú el que quiere mezclar mi sangre con la de aquellos que siempre han estado labrando

la ruina y deshonra de tu familia? ¿Es esa la opinion que yo puedo formar de tu pundonor y delicadeza, cuando ya en el dia te olvidas de las injurias y daños que esa raza infame ha ocasionado á tus mayores, en vez de detestarla, como si fuese una manga de fuego que abrasa y estermina cuanto alcanza? ¡Ah, cruel, hijo ingrato! Ya veo ahora que no deseas mas que mi muerte, para burlarte de mí con mis riquezas en los brazos de la hija de mi enemigo: mas no, no será asi. O te casas con la que te tengo destinada, preferible por todos conceptos á la que tú has elegido, ó sales de mi compañía privado de todo cuanto pudieras esperar en lo venidero; pues yo

no tengo bienes ningunos de tu madre; todo lo he adquirido, comprando lo que me habian hecho perder las disensiones pasadas. Si te resistes aun á cumplir mis intenciones, no necesito de hijos para hacerme obedecer: en esta inteligencia, marcha, piénsalo bien, consulta tus intereses en dos dias que te doi de término para saber tu resolucion y tomar yo la mia. — Fabio se disculpó con humildad lo mejor que pudo, suplicando á su padre le perdonase, haciéndole la reflexion de que el amor no mira ni halla ostáculo en las demas pasiones, y que otros con mayor enemistad que la suya habian llegado á ser despues los mas finos amigos por un enla-

ce; pero que de todas maneras no habia nacido mas que para obedecerle, y que prescindiendo de su inclinacion, procuraria esforzarse, aunque con pena, por complacerle ó morir víctima de su obediencia y de su amor. — Está bien (dice el padre con la misma ira y severidad), tú piensalo, y no te olvides que si eres dueño de tu voluntad, tu padre lo es de sus bienes; y que para cedértelos quiero ser obedecido de los que Dios ha dispuesto nazcan para servirme y ejecutar cuanto les mande. — Concluidas estas espresiones se retiró dejando á Fabio tan confuso, que no sabia qué hacer, teniendo en su triste imaginacion dos objetos tan grandes como la

debida obediencia á su padre con la pérdida de su herencia, y la firme y leal amistad que profesaba á su Emilia con la fe del matrimonio contratado y consumado para su mayor dolor: tan pronto deliberaba abandonar todos los bienes del mundo antes que dejar á su fiel esposa; tan pronto contemplando los pocos medios que tendria para mantenerla y llegar á sacarla de la casa de sus padres sin un gran perjuicio y total ruina; de manera que no sabia qué partido tomar, y estaba para darse un tiro por poner fin á tantos sufrimientos, no hallando ya un medio de salir del grave compromiso en que se veia. Emilia por su parte no era menos constante, á pesar

de haber sabido que se trataba de casar á su Fabio con otra; pero Dios sabe lo que sufria su corazon, y cuánto se culpaba á sí misma de su debilidad y poco talento en fiarse de palabras de un amante, que segun ella habia sospechado desde el principio que acaso habria tramado todo esto para vengarse y dar este sentimiento á su familia. En esta ocasion fue cuando mas tuvo que hacer Marciana, no solo en consolarla, sino en evitar una catástrofe, pues queria castigar á la fuerza su criminal debilidad quitándose la vida; y ciertamente se la hubiera arrebatado ella misma para dar fin á la tragedia, si no se hubiese presentado en aquel acto su amante, el que viéndola en tan

triste estado, sospechó luego cual debia ser la causa de tan grande alteracion, y estrechándola en sus brazos lleno de ternura, la dijo: ¿Qué significa esto, mi querida amiga? ¿es esa la confianza que haceis de mí? Creed que me haceis un agravio en afligiros de ese modo, pues nadie puede dudar de el concepto que de mí teneis sin haberos aun dado motivo alguno. Pero ¿tan mala idea habeis formado de mis sentimientos que me juzgueis capaz de una felonía con vos, ni de hacer cosa ninguna sin daros parte y sin ser violentado por una fuerza irresistible? No, no, Emilia querida, soi el mismo que fui, y el mismo seré toda la vida; y habiendo logrado aplacarla un poco, la

refirió despues todo cuanto habia ocurrido con su padre, sin omitir la resolucion de desheredarle si no se casaba con la jóven que le tenia destinada. — En seguida prosigue diciendo con ternura á Emilia: Ahora pues, dueño de mi albedrío, vamos los dos á cuentas con reflexion. Si en circunstancias tan críticas y peligrosas no usamos de los lenitivos que aconseja la prudencia para conjurar la tempestad que nos amenaza, veo ya el rayo de Júpiter sobre nosotros, pues conozco á mi padre y estoi seguro de que si abiertamente me niego á complacerle, no hai remedio para nosotros, pues sacrificará su poder y sus tesoros por vernos víctimas de su ira y de su venganza

á los dos. Amor pues me sugiere un ardid para frustrar el rigor injusto de la temeridad y de la violencia: *il faut reculer pour mieux sauter*, dice un proverbio frances, y no dice mal; pues no teniendo espera en muchos negocios, en vez de ganarse suelen perderse, y de esta naturaleza es el punto en cuestion. Permitidme, querida Emilia, obedecer por el momento á mi padre si hemos de ser felices los dos: aseguremos este rico patrimonio, dejadme ser dueño de una dote de consideracion: todo será vuestro sin dejar de serlo nunca mi corazon. De esta suerte tendré los medios que ansio solo por trataros como mereceis, y para daros pruebas del estremo amor que os pro-

feso: mi padre tiene ya un pie en el sepulcro y el otro está mui próximo á entrar en él: faltando este que acibara hoi nuestras satisfacciones, yo os prometo que entonces la que hoi quiere sea mi esposa, no le sobrevivirá mucho tiempo, pues pasará á su compañía para gozar yo libremente de la vuestra como legítima esposa, sin que entre tanto la otra tenga ni merezca de mí otro título y estimacion que la de una ramera. — Es verdad, Fabio; teneis razon en decir que no podreis tener á vuestro lado ninguna muger, escepto yo, que no sea una prostituta; pero vos sereis un adúltero, pues faltando á la fe que me habeis prometido, olvidais el sa-

crificio que he hecho de mi honor por consideraros ya mi esposo, cuando veo que solo habeis tratado de burlaros de mí. No es á mí á quien debiais dirigiros para hacer semejante traicion, ni esa es la recompensa que espera vuestra fiel esposa; y si bajo este título os he servido y amado, tratad vos ahora de agradarme á mí, aliviándome de este peso insoportable de la vida; pues de lo contrario estad seguro que yo misma lo haré, prefiriendo la muertè á tener la pena de ver en compañía de otra á mi legítimo esposo.

Fabio y Marciana tuvieron mucha dificultad en tranquilizar á esta pobre joven desesperáda, que abrigaba ya en su corazon el deseo

de su venganza, que tuvo efecto poco despues. Con esta idea, y fingiendo satisfacerla las disculpas de su marido, le dijo que aprobaba el que obedeciese á su padre, siempre que la conservase su cariño, y que á la muerte de su padre diese á su nueva esposa los pasaportes para ir á hacerle compañía en la eterna mansion. Despues decia entre sí misma: de lo contrario te juro que yo marcharé la primera, pero no será sin haber castigado tu infidelidad. — Fabio la promete y jura todo cuanto quiso exigir, mui contento de haberla podido reducir á conformarse con sus deseos; pues al principio, cuando llegó á hablarla, estaba como una loca. A la

mañana siguiente pasó Fabio al aposento de su padre, y le dijo que estaba ya resuelto á complacerle casándose con la que le habia destinado para esposa; y esta declaracion fue con cierta alegria nada esterior que indicaba celebrarla su corazon, y no sin motivo, pues la posesion que habia conseguido de la infeliz Emilia, y el vil interes, le inclinaban ya á la otra sin dejar de tener dos mugeres, prescindiendo de ser esta conducta tan criminal como inmoral.

El padre, enagenado de contento, le abrazó con la mayor ternura, y despues de haber mandado estender el contrato matrimonial, convidó á todos los parientes para asistir á la fiesta del des-

graciado enlace de su hijo el domingo próximo, cuya union fue á todos tan lisongera, como de luto y dolor para la infeliz Emilia, que arrebatada como una loca, y ciegamente entregada ya á la desesperacion, empezó por enfurecerse contra Fabio, hablando con él en su soledad de esta suerte: ¡Ah cruel, traidor amante! ¿son estas las palabras, los juramentos y los santos lazos de nuestro matrimonio? ¿Tú, infame, tienes valor para dejar á tu legítima esposa, y con una serenidad placentera y sin remordimientos enlazarte con otra? ¿No tenias otra disculpa ni otro medio que el de hacerte criminal ante Dios y el mundo por obedecer á tu padre?.... Pero no

es esto lo que te aleja de mí, sino el apetito desordenado de tu corazon inmoral, de tu bestial pasion. ¡Ah, mónstruo! bien has demostrado no hace mucho en tus mismas espresiones la maldad y negra perfidia que abriga tu corazon: sí; tú eres un ser vomitado por los infiernos para tormento de la humanidad, para azote del género humano. ¿Qué amistad, qué amor, qué cariño puede esperar ningun mortal de una fiera como tú, de un tigre sanguinario? ¿Tu misma lengua no ha pronunciado ya la sentencia de muerte contra una inocente que no conoces, contra una cándida paloma que va á darte la mano de esposa? Y tú, hombre feroz, ¿la recibes para que se

encuentre ya en la tuya el puñal que en su seno mui en breve piensas ver sumergido y ensangrentado? ¡Ah, jóven infeliz! tú esperimentarás su crueldad, asi como yo, aunque ya tarde, veo su traicion y perfidia! ¿Y piensas aun, hombre ingrato y perjuro, que yo he de fiarme de tí, habiendo tantas veces envilecido tu alma con la infraccion de tus juramentos y violacion de tu prometida fe, para arrebatar su honor á tantas doncellas? ¿Crees tú que Emilia es una de esas mugeres sin pudor que admiten los halagos de cualquiera hombre como los de su marido? ¿Y qué serias tú en mi lugar sino una fiera rabiosa, viéndote abandonado y despreciado públicamen-

te por casarme con otro viviendo tú y siendo mi esposo? Y si esto es así, ¿qué efecto no debe producir en una muger, en una señora de mi clase, que no tiene otro delito que el de amarte y haber creido tus juramentos con tanta inocencia y sinceridad? ¡Hombre inícuo! ¿eres tú acreedor al justo título de marido, siendo un adúltero para mí, despues de verme engañada por tu falso amor? Si hubiese sido una persona estraña la que me quitase la estimacion y me robase mi honor, entonces no me quejaria tanto, á imitacion de Hypsiphile, viéndose abandonada por el conquistador del Toison de oro; mas el que á mí me ofende es un ciudadano romano, es mi marido,

el hombre único á quien consagré mi cariño, mi libertad, el que me juró su fe; y en fin, el que ha triunfado de mí, despreciando el nudo santo con que solo podia haberme burlado, y hacerme hoi padecer tan duras penas, que preciso será pongan fin á mi miserable vida. — Despues de haberse esplicado en estos términos, no dejó rincon en su cuarto donde no mirase, creyendo hallar alguna espada ó arma cualquiera para suicidarse; pero viendo que su Aya la seguia por todas partes, y que no podria en su presencia ejecutar fácilmente sus designios, la dijo: ¿Crees tú, Marciana, que mi pena sea tal, y que mi desesperacion llegue hasta el grado de atentar

yo misma contra mi vida? No, no, querida Marciana mia; no lo temas: mis ojos inquietos y errantes en todas direcciones, estas miradas tan inconstantes como diligentes que ves, no son sino los efectos de una irritante exaltacion. ¡Ah! el infame! y qué gozoso no estará ahora con su segunda esposa, mientras yo peno entre suspiros y angustias por un hombre sin honor ni conciencia, que trata de hacer otra víctima como yo. ¡Ah! si pudiese emplear el arte y la ciencia de la sabia Medea, Fabio fuera mio solo, y yo me vengaria del mal que me hace el viejo de su padre, y de la que me ha robado sin derecho alguno lo que es mio. Yo te aseguro, querida

Marciana, que si pudiera, convertiria su baile y su festin en luto y llanto, y haria cosas que jamas se habrian visto bodas mas tristes ni mas desgraciadas; pero ya que no pueda hacer esto, en el caso de abandonarme Fabio enteramente por su nueva esposa, ya tengo resuelto lo que he de ejecutar para castigar la poca discrecion con que he obrado, dejándome dominar únicamente bajo el título de la buena fe.

Tomad ejemplo en mí, jóvenes inocentes, y escarmentad: despreciad, no deis oidos á las caricias de los hombres: la credulidad de nuestro sexo es la causa de todos nuestros males: mirad la triste posicion en que me veo por

haber prestado mis oidos á la seduccion; sus ardides son irresistibles á la inesperiencia de una jóven, si no desprecia sus falsos suspiros y palabras: los hombres son lobos con capa de oveja mientras logran nuestros amores; mas despues esta debilidad suele ocasionar nuestra perdicion por justo castigo de la que se entrega ciegamente á una pasion, sin prevenir el resultado de sus desórdenes. Si Dios no se apiada de mí, no es fácil que yo me libre del precipicio en que me ha sumergido la inaudita maldad con que he sido engañada por este mónstruo.

Todo esto lo decia para fascinar á Marciana y desvanecer en ella la sospecha de que atentaba

contra su propia vida, y que trataba de vengarse del que tan vilmente la habia vendido. Su Aya, que creia se calmaria la ira de Emilia con palabras dulces y lisongeras como de costumbre, la recuerda la promesa de Fabio, y la dice que no tardará en ver el fin; que tenga solamente ánimo, y que no estará tres dias sin tener visita de su esposo. —Eso será (dice Emilia entre dientes) mui malo para él, pero de mucho placer para mí. — Despues dice á Marciana: mucho me alegraria que fuese hoi mismo, para que me informase de las gracias de su nueva esposa: hacedle, pues, venir lo mas pronto que podais, para que cese la pena que me martiriza: su Aya fue á ver á

Fabio, le refirió todo lo ocurrido, y algunos dias despues este miserable amante fue á ver á la que no deseaba mas que sangre y esterminio; pero le recibió con tal alegría, luego que le vió, que tanto él como Marciana creyeron que solo con esta visita habia sido disipado todo el furor de que Emilia se hallaba poseida: mas ésta, despues de hacerle un saludo lleno de ternura, para ocultar la ira y sed que su volcanizado corazon abrigaba, sin poder apenas sofocar por cortos momentos la llama que los celos igualmente atizaban en su pecho, se entretuvo en hacerle algunas preguntas, con semblante risueño y aparentemente pacifico, sobre los esponsales con su nueva

esposa, mezclando, sin poderse contener, algunas espresiones harto satíricas y picantes, que á otro (no siendo un estúpido ó ciego amante, que comunmente privado por su locura del uso de sus sentidos, suele no ver, entender ni oir) le hubieran hecho conocer que aquella infeliz estaba arrebatada por un secreto impulso, y que su corazon no aspiraba ya á estrechar en sus brazos á un perjuro indigno de su amor.

Para asegurar mejor el suceso de su ansiada venganza, le permitió acercarse á ella, en cuyo instante, aunque con una risa sardónica, que desmentia el contento que queria aparentar su alma inquieta: ¡Cómo! ¿aun pretendeis abusar de mi candidez, habiendo

cometido una falta tan reprensible como irreparable? No, Fabio, daos por contento de veros aun en mi presencia, mientras no me vea satisfecha de tan grave ofensa. — Fabio, al oir espresiones tan penetrantes, dictadas por un corazon gravemente herido, enmudeció, temeroso de irritarla; mas no necesitaba Emilia mas fuego que el que ya la abrasaba; y viéndose atacada en el momento, que ella deseaba, del furor de los celos y de todas las pasiones desencadenadas, figura un contraste del amor arrojándose de improviso á Fabio, y crugiendo repentinamente sus dientes de rabia, le sumerge un puñal en el corazon, diciéndole: *Justo es, Fabio, que tengas*

dos corazones, pues que son dos tus esposas: el mio fue todo tuyo, y el tuyo debió ser para mí sola. — No le dió tiempo á oir ni contestar; pues fue tan profunda la herida que abrió en su pecho, que partió al otro mundo sin pestañear. — Ahora marcha, traidor, seductor infame, continúa Emilia, vomitando fuego de sus ojos, vete á hacer compañía en los infiernos á tus secuaces, y deja de perseguir á la virtud, de la que me habias separado abusando de mi inocencia. — Concluidas estas espresiones despierta á Marciana, que dormia en una pieza inmediata, y ésta cree ser sueño cuanto mira; pero por desgracia conoce ser todo realidad; y al hallar á E-

milia con el puñal ensangrentado en la mano, quiso, por un impulso natural del terror, gritar; pero Emilia, desmelenada, furiosa y desesperada, se arrojó á su garganta, diciéndola: Espera, espera, infeliz, el fin, y despues grita cuanto quieras: tú sabes lo que ha pasado con este mónstruo, y la traicion que ha hecho á una muger de mi pundonor y delicadeza; ya he castigado su delito, y solo me resta vengar su muerte en la desgraciada que es la causa: decir y hacer todo fue uno, pues al momento pasó con el mismo puñal su blanco y delicado pecho, sin poder pronunciar al caer mas que un triste á Dios á Marciana, quien aturdida, asombrada y temblando al ver

una catástrofe tan horrorosa, y sin mirar al peligro en que se hallaba, se puso á gritar tan descompasadamente, que todos los de la casa acudieron al sitio de donde salia la voz exánime; y viendo el padre un espectáculo tan trágico en su hija, bañada en su sangre y la de su amante, se quedó estátua fria de mármol, inmóvil por largo rato, hasta que al fin, rompiendo el silencio, Dios sabe los gritos, las lágrimas y lamentos en que prorumpió este buen anciano al verse privado de la hija única que tenia para su succesion; y no hizo menos estremos el padre de Fabio, luego que se divulgó el hecho por la ciudad; pues conociendo que él era la causa de estas desgracias por

su rencor y temeridad, empezó á sentir los crueles efectos del remordimiento, y perdió la tranquilidad del espíritu, que hasta entonces nada habia podido perturbar: perdió la fortaleza de su carácter; y arrepintiéndose de haber abrigado tanto tiempo las pasiones del odio y de la venganza, se reconcilió con el padre de Emilia, aunque tarde, para consolarse mútuamente los dos.

Ved aquí, jóvenes incautos, el precipicio á que conduce una pasion fundada solo en ilusiones pasageras, y cuál es el fruto de un árbol mal cultivado. Mirad como Dios castiga á los hijos que sin permiso ni consejo de sus padres contratan reservadamente su en-

lace. Ciertamente, las cosas que se hacen precipitadamente y sin reflexion, producen mui frecuentemente el efecto de un sensible arrepentimiento; y en su remedio publico esta historia, para que sirva de espejo y ejemplo á la incauta juventud la desgracia de estos infelices, que mal aconsejados y sin esperiencia creyeron labrar su felicidad con darse simplemente la mano; mas sacudiendo el yugo de la obediencia, eligieron el camino de su perdicion, á pesar de haberse amado con tan santos fines, pues les faltó la reflexion y prudencia que necesitaba semejante resolucion.

HISTORIA TRÁGICA 16.ª

CARMOSINA

Y

MAXIMINO.



Muerte cruel!!! He aquí las delicias que pre-
paravas á estos tiernos amantes en el dia de
ser ya esposos.!!!

DISCURSO PRELIMINAR.

No hai mal que por bien no venga, dice un proverbio castellano; y en efecto, lo que algunas veces creemos puede causar un daño, suele producirnos provecho. La concupiscencia es precisamente una enfermedad comun á todo el género humano: mirada bajo el rigoroso punto de vista con que ataca á entrambos sexos, no produce por lo comun, digámoslo francamente, sino malos deseos pasada la edad de la inocencia, como esta no sea educada en la virtud, modesta en sus acciones infantiles y refrenada

con la gracia de la regeneracion, y la de los demas Sacramentos en el uso de la razon. Es una perversidad, una corrupcion del buen natural; no habrá hombre que lo niegue tratando de decir la verdad.

De este mal sin embargo, de esta pasion generalmente tan funesta, principalmente cuando ya llega al grado de amor, se han seguido muchas veces efectos maravillosos de correccion en personas de una conducta la mas desarreglada; por lo que es preciso convenir, en que siendo esta pasion como un veneno que sirve de contraveneno á otro veneno, se parece al escorpion que encierra en sí mismo la herida y el remedio, la muerte y la vida. No por esto di-

remos sea conveniente entregarse sin recelo ni reflexion al amor; pues en todo caso debe evitarse caer en sus lazos, siendo casi siempre funestos á la juventud por no reflexionar ni detenerse en dificultades en llegando á esclavizarse su corazon. En cuanto al amor sincero y puro, nada tiene que ver con el placer brutal, pues este no comprende la dulce amistad en un solo sexo ni en ambos, la que produce el mútuo cariño sin malicia y sin objeto criminal. Mas dejarémos á un lado este punto, y nos concretarémos á probar, que suele obrar efectos que parecen imposibles en las demas pasiones comunes al género humano, y mudanzas prodigiosas en el carácter, en

las costumbres y en toda nuestra natural vocacion.

No hai vicio que mas pervierta y esclavice al hombre, que el juego; y tan dificil es convertir un lobo en oveja, como desarraigar su aficion tan peligrosa como vituperable en todos los estados, edades y condiciones por el escándalo, empobrecimiento y desgracias que acarrea á las criaturas; sin embargo, el amor es á veces como el antídoto que destruye esta pasion en el hombre por mas encenagado que le tenga, como se verá por la historia siguiente de un jóven napolitano que en la noche misma de su enlace fue sacrificado, despues de haber sufrido tanto por la que acababa de recibir el título de esposo.

En la hermosa y rica ciudad de Nápoles hubo hace tiempo entre aquella florida juventud un caballerito de una de aquellas casas mas ilustres y acomodadas, que criado con mas libertad que la que se debe dar en la primera edad tan propensa á voluntariedades, mostró despues de haber quedado huérfano de padre y madre, lo perjudicial que es á las buenas inclinaciones una mala educacion.

Este jóven se llamaba Maximino, mas rico que lo que era nece-

sario; pues con motivo de una herencia tan fuerte como la que cogió, en nada se ocupaba útilmente, y solo pensaba en los placeres de la mesa; habiendo quedado sin curador que vigilase su conducta y le fuese á la mano en sus escesos, no tardó en dar señales convincentes de su relajacion y completa prostitucion; pues aunque nunca habia sido mas que espectador cuando su padre jugaba, pocos sin embargo le aventajaban en la ciencia de manejar las cartas de una baraja; pero con tan mala suerte, que rara era la vez en que no perdiese y pagase el escote de toda la reunion de jugadores. Conocido á poco tiempo en él este vicio, empezaron á reprenderle esta falta

muchos que habian sido amigos de su difunto padre, y que á él le habian visto nacer, diciéndole que el camino de la virtud no empezaba por una senda tan peligrosa y fea; que pocos hombres de los que habian tenido este vicio toda la vida, habian muerto ricos; y que siendo la fuente de donde nacen todas las pasiones desordenadas, eran todos los jugadores blasfemos, camorristas, disputadores, glotones, tramposos, ladrones; y en fin, para que nada les falte, asesinos; medio seguro de servir un dia de espectáculo sobre un patíbulo á todo un pueblo; aconsejándole y suplicándole tuviese en consideracion la buena reputacion de sus antepasados, y la honorífica memo-

ria tan reciente aun de la buena conducta de su difunto padre, para no incurrir en la infamia que nunca tuvieron sus antiguos. Pero Maximino, que no gustaba de consejos, como todo jóven entregado á sus locos caprichos, les respondió que no tenia que darles cuenta de sus operaciones; que las personas que trataba eran tales, que los sugetos mas distinguidos no se desdeñaban de alternar con ellas y de obsequiarlas en sus casas; por lo demas, que cuidasen de sus hijos, pues en cuanto á él no era tan jóven que no supiese gobernar sus asuntos y vivir sin ayos. Con tan bella respuesta dejó asombrados á todos los que llevados del cariño habian tratado de aconsejar-

le por su bien: mas lo que estos verdaderos amigos no le pudieron hacer entender, se lo hizo conocer bien pronto la misma ceguedad de los hombres, abriéndole los ojos para ver sus estravios. El amor fue el que á pesar de pintarle niño y ciego, hizo entrar en cuenta á Maximino, lo que no es de estrañar cuando ejerce esta virtud hasta con los mas sabios, que vencidos por esta pasion, se convierten en brutos y pierden el juicio, haciendo cambiar en las criaturas los caracteres, las costumbres, las inclinaciones y hasta quitarles la fuerza intelectual.

Tal fue la mudanza que se vió repentinamente en Maximino. En este tiempo habia en Nápoles un

rico comerciante, cuyo nombre era Pedro Minio, que á mas de sus grandes riquezas tenia una hija llamada Carmosina, tan bella que era el encanto de toda la ciudad. Verla y amarla Maximino todo fue uno, y desde aquel momento empezó á mirar con indiferencia el juego, teniendo ya el amor ocupada esclusivamente su imaginacion en aquella belleza. Esta, que era jóven y sencilla, viendo la gallarda presencia y elegantes ademanes de su nuevo pretendiente (cosa que llama mas la atencion de muchas jóvenes en el dia que la virtud), se enamoró igualmente de él. Maximino sintiéndose lleno de inquietud con una pasion que nunca habia esperimentado, no cesa-

ba de suspirar; nada, ni aun el juego le distraia, y hasta en sueños carecia del sosiego que necesitaba disfrutar. En tal estado trató de discurrir el medio de insinuar su afecto á Carmosina, para poderla pedir á su padre si ella consentia en ello; pues no dudaba se la concediese siendo iguales en edad y nacimiento; pero olvidaba lo mejor que en el dia es lo mas importante, y son las riquezas, de lo que nuestro Maximino no estaba mui aventajado por el vicio del juego; y aun menos se hacia cargo de la mala nota que habia adquirido por saber ya toda la ciudad que era un jugador: mas como le tenia ciego su pasion, y no se presumia disfrutar tan mala opi-

nion, trató de echar la sonda para conocer el corazon y voluntad de la hija de Minio, y la escribió una carta, por medio de una vieja, que era su Aya, concebida en estos términos:

Carta de Maximino á la hermosa Carmosina.

Ocupado, Señorita, mi pensamiento únicamente en vuestras gracias, no puede dedicarse á otra cosa que al amor que le ha cautivado. Es ya tal el dominio que teneis sobre mi corazon, que no puedo menos de romper el silencio para declararos mi inclinacion y suplicaros os compadezcais de mí. Esta pasion se dirige al santo lazo del

matrimonio; y me hareis feliz si me aceptais por vuestro esclavo, en cuyo caso volaré sin detencion á pediros á vuestro padre por esposa. No ignorais quién yo soi y cuál es mi origen; mas cuando esto no fuese suficiente á moveros, os suplico reflexioneis en mi esclavitud y en esta pasion que me devora; y mientras mis ojos tienen la dicha de ver vuestro consentimiento á mi súplica, queda á vuestros pies vuestro humilde esclavo

Maximino.

Carmosina, que no estaba acostumbrada á recibir esta clase de correspondencia, se sorprendió leyendo una carta tan fina; pero no la disgustó el saber que Maximino

la amaba, hallándose herida de la misma pasion. Despues, como fuera del vicio del juego, era Maximino uno de los jóvenes mas recomendables de la ciudad, no era estraño que la interesase su pasion; y de consiguiente, estimulada por su Aya á seguir su inclinacion y corresponder á este jóven, le contestó de esta manera:

Carta de Carmosina á Maximino.

Señor don Maximino: por la carta que me habeis dirigido por mi Aya, veo la buena voluntad que me profesais, de lo que os doi las debidas gracias, considerándome mui dichosa de que me ameis con un fin tan honesto, sin que nun-

ca pueda resentirse mi delicadeza de vuestra declaracion y honrado proceder. Pero siento no poder resolver un punto que dependerá siempre de la voluntad de mis padres, á quienes debo tributar mi respeto y obediencia; mas esto no obsta á confesaros que me alegraria os diesen la preferencia en la eleccion de marido, siendo el primero que ha solicitado mi mano, y estando ya mi corazon interesado. Creo conveniente hableis á mi padre, pues sabiendo quién sois y conociendo á vuestra familia, me persuado no desaprobará nuestro enlace. De otra manera yo no puedo amar; pues seria tiempo perdido dedicar mi cariño á un imposible. Entre tanto pido á Dios prote-

ja vuestros deseos, para ver cumplidos los de vuestra atenta agradecida servidora y amiga

Carmosina.

Cuando Maximino leyó este billete, se quedó como sorprendido por el efecto que le causó el placer al primer momento, y luego se entregó á la meditacion sobre las delicias que le proporcionaria este enlace con una jóven tan hermosa. Esto sin embargo no le impedia frecuentar las casas de juego con tal esceso, que en poco tiempo perdió casi todas las riquezas que habia heredado de su padre. No obstante, ciego de amor por su Carmosina, y no conociéndose á sí mismo, como sucede ca-

si á todos los hombres, se dirigió á su padre, y le propuso el enlace con su hija; á lo que el buen hombre le respondió: «Señor don Maximino, me es mui sensible que vos, siendo de una familia tan ilustre y tan rica, tengais que oir de mi boca dos cosas que van á incomodaros con respecto al motivo que os conduce á mi casa. Yo agradezco mucho que os hayais acordado de mi hija para hacerla vuestra esposa; pero para que no os molesteis ni comprometais mas su corazon, debo desengañaros y deciros, que no puedo resolverme á casarla con un hombre que no tiene con que mantenerla, ni juicio para cuidar y dirigir sus negocios, y aumentar su patrimonio en vez

de derrotarle en gastos supérfluos y placeres sin ningun provecho; y mucho menos cuando se dice que con vuestras locuras y desarreglos habeis jugado pródigamente casi toda vuestra herencia. Soi de opinion, que antes de casaros debeis ganar otra fortuna para poder mantener vuestra familia, y tener con que atender á las incomodidades de vuestra vejez, si Dios quiere acordaros una larga vida. Si hubieseis seguido las huellas de vuestros padres, las rentas que os dejaron serian suficientes para manteneros con comodidad y decoro; y yo me consideraria feliz de que unieseis vuestra suerte á la de mi hija. ¿Pero cómo al ver el atraso de la vuestra, y lo que es mil ve-

ces peor, la relajacion de vuestra conducta, he de daros la mano de mi hija para labrar su eterna infelicidad? Prefiero mas bien darla por marido un virtuoso sin riquezas, que un potentado sin virtudes. Me admira á la verdad, que aseguréis con imprudencia que abriga vuestro corazon afectos tiernos por Carmosina. Es imposible: esta llama solo arde en una alma virtuosa, y la vuestra, entregada ciegamente á la abominable pasion del juego, no puede ocuparse de las dulces ilusiones del amor.» Maximino, con una respuesta tan dura como inesperada, se quedó sin sentido, hiriéndole de tal manera las espresiones de Minio, que parecia otro hombre sin espíritu y

sin accion. ¿Cómo, decia él luego que volvió á su casa, la probeza es la que me priva de un bien que ya creia mio? ¿Y es el juego la causa de negarme Minio la mano de su hija?.... ¿y se ha de decir que Maximino es despreciado por su relajacion y malversacion?.... No, no: jamas se diga que soi un hombre perdido. Cesaron ya para mí dados y cartas. El juego ha sido hasta aquí el placer de mi corazon y el descanso de mi tristeza: desde hoi será el objeto de mi mayor horror. Ya no será la ociosidad la causa de mis vicios y de la malversacion de mi patrimonio. ¡Ah, qué desgraciado soi! Ahora veo, aunque tarde, que aquellos que reprendian mi aficion al juego, eran

mis verdaderos amigos, pues que no deseaban mas que mi honor y felicidad. Ahora conozco, sí, el desenfreno y locura de la juventud, y la necesidad que tiene de los saludables consejos de la madurez, llenos de juicio y prudencia. ¡Ah, qué ciego he vivido! ¿Por qué no me habré enamorado antes para no comprometer tanto mi fortuna y honor?.... ¿Mas de qué me sirven ya todas estas reflexiones? Ahora solo me resta arreglar mi conducta para lo sucesivo, y procurar conservar lo poco que he salvado del naufragio á fuerza de trabajo y economía, para borrar la primera mancha de mi reputacion, y recuperar lo que pueda de mis pérdidas. Puede que mi enmienda haga

un dia cambiar de parecer á Minio, y que venga á ser mia aquella deidad por cuyo amor he logrado abrir los ojos y corregir mis vicios.

Empieza pues Maximino su nueva vida; aborrece la baraja y toda clase de juego; deja sus antiguos conocimientos; vende una parte de los bienes que le restaban, y toma una cantidad considerable de algunos parientes que le dan la mano viéndole corregido, y se ofrecen á socorrerle si quiere seguir el comercio; y dedicándose á él, tenemos ya de un jugador pródigo, un comerciante laborioso y económico, dedicado esclusivamente al trabajo y á la especulacion. Se asocia con algunos negociantes que se preparaban á salir

de viage de Levante para ir á Alejandría, ciudad hermosa construida por Alejandro el grande en Egipto, y que hoi es una de las mas populosas y comerciantes del Oriente, donde se reunen toda clase de drogas y especerías; motivo por que tantos venecianos, genoveses, florentinos y otros de los diferentes paises de Italia tienen allí sus almacenes, desde donde dispersan sus mercancías por toda la Europa.

El pobre convertido Maximino tuvo el desastre mas grande que puede imaginarse; pues apenas se habian embarcado, y estando el navío como unas cincuenta millas en alta mar, cuando hé aquí que los vientos se ensoberbecen con

tal impetuosidad, que los pilotos y marineros, no pudiendo contrarrestarlos ni ponerse ya á cubierto de la horrorosa borrasca, se entregaron á discrecion de Eolo en su navío errante, dejándole correr fortuna, siendo el juguete de dos terribles elementos: tres dias y tres noches sufrieron tan furiosa tempestad; y al fin, cesando el rigor de la region aérea, se hallaron sobre las costas de Berbería. Juzga, lector mio, si esta serenidad disiparia sus temores, y si despues de salir del peligro del naufragio darian gracias al Ser supremo de haberles salvado la vida; pero la suerte estaba en acecho y queria dar una pena mayor al amante de Carmosina, que con-

vierte bien pronto sus cánticos de alegría en llanto y dolor; pues cuando la noche empezó á cubrir los mares con su negro manto, hé aquí que en medio de la oscuridad llega un corsario moro, se arroja sobre ellos con algunas galeras, y los asalta con tal sorpresa, que los infelices, asombrados aun de la tormenta, y medio muertos del peligro pasado, no pudieron resistirse á los esfuerzos del corsario; por lo que, sin grande efusion de sangre, fueron hechos prisioneros y conducidos á Túnez para servir de esclavos á la canalla de bárbaros.

Maximino, traspasado de dolor, no apetecia ya mas que la muerte, tanto por verse sin la es-

peranza de su rescate, habiendo perdido todos sus bienes en el saqueo que sufrió el navío, cuanto porque no le quedaba ningun medio de volver á ver jamas á su Carmosina: la cadena, la prision de noche, el mal tratamiento, el trabajo contínuo que le hacia sufrir su señor, y los palos que sin cesar llovian sobre sus espaldas, no le causaban tanta pena, como la ausencia de su Carmosina y la ninguna esperanza de volver á su pais. ¡Ah! decia frecuentemente en su interior, ¿qué penitencia mas grave pudiera imponerse á mis estravíos que esta ausencia sin esperanza, y esta prision dolorosa en que tendré que acabar mi vida? ¿No hubiera sido mejor para mí el con-

tinuar viviendo á mi gusto, aunque hubiera dado fin á mis bienes, que perderlo todo de un golpe y verme esclavo con mis riquezas? ¡Ah codicia, cómo ciegas á los hombres! ¡En que lástimas los sumerges por la esperanza de enriquecerse y dejar la memoria de su locura por haberse afanado para adquirirlas! ¡Qué felices son los que contentos con una mediana fortuna, miran con piedad á aquellos que ponen su existencia á merced de los vientos y las olas! ¿No me bastaba haber esperimentado la inconstancia del amor, sino que tambien era preciso que espusiese al furor de los elementos lo que el hombre posee de mas amable? ¡Ah, hermosa Carmosina! Tu

corazon, no lo dudo, sufrirá crueles tormentos cuando sepas las desgracias de tu Maximino; de Maximino, que solo anhelaba ser digno de tí, y que buscando los medios de lograr tu mano, no ha encontrado mas que hierros para las suyas, y por lecho el duro suelo de una oscura mazmorra. Si al menos pudiese esperar volver á verte, tuviera algun consuelo, y sufriera gustoso el martirio destinado á mi tierna juventud.

No hubo apenas apresado el corsario moro á nuestros viageros napolitanos, cuando llegó la noticia á Nápoles, causando llantos y suspiros á muchos interesados de estos desgraciados viageros; pero esperanzados en que podrian resca-

tarse los cautivos, se fue mitigando su dolor con el tiempo, que es el que disminuye y disipa las penas. Carmosina, sabiendo que su amante era del número de los cautivos, y que habia perdido toda su fortuna, sin haberle quedado la menor suma para reponerse ni para su rescate, resolvió suicidarse, enagenada ya de dolor; y lo hubiera ejecutado si llegando su Aya felizmente en aquel momento, no la hubiera hablado con entereza, logrando aplacarla con sus razones, y convertir el despecho de aquella infeliz niña en un mar de lágrimas, que como perlas corrian de sus hermosos ojos, suspirando sin cesar como la que está poseida de un gran dolor. Al fin, rom-

piendo el silencio, prorumpió en estas palabras: ¡Ah, madre mia! ¿por qué sufriré yo tantos tormentos sin haber dado ocasion á ellos? ¿Es posible que yo sola he de ser quien cause la ruina del hombre que mas me amaba, y que por el mal tratamiento de mi padre se haya abandonado á un estado que le ha ocasionado tanta infelicidad? ¡Ah cruel avaricia, cómo te apoderas de los deseos de la insaciable vejez! ¿Por ventura ignorará mi padre que un hombre suele á veces mejorar sus costumbres en poco tiempo, y que el que trabaja nunca deja de hallar medios de vivir honradamente? ¿Qué le importará despues de su muerte que sean ricos ó pobres sus hijos? ¡Ah,

yo hubiera preferido á mi Maximino sin bienes á otro que me ofreciese los tesoros de Creso! ¿De qué sirven tantos bienes al corazon triste, inquieto y sin placer?.... No, no: haga mi padre lo que quiera, yo he de dar libertad á mi querido Maximino; yo le proporcionaré el medio de lograrla, y le esperaré para casarme: yo soi aun jóven, y no tengo prisa de tomar estado. — No, hija mia, dice su Aya, tened confianza en Dios y no os aflijais: yo espero que volvereis á ver á vuestro Maximino, y entonces haremos lo que acabais de decir. — ¿Me prometeis, dice Carmosina, ayudarme para hallar un medio de dar aun un golpe si sale de las manos

de los moros? — Sí, Señora, os lo aseguro, dice la vieja: yo sé donde hai aun mucho dinero, que hace ya tiempo no lo ven el sol ni la luna. Confiad en mí, y no lloreis para que vuestro padre no se alarme y forme mala opinion de vuestra tristeza. — Así pasaron algunos dias en la alternativa de estar Carmosina unas veces triste y otras alegre, esperando la ocasion de ver á su amigo libre de los moros, lo que tuvo efecto un año despues por el medio que voi á referir.

Don Pedro Minio, padre de esta Señorita, unia al deseo de conservar sus riquezas y adquirir otras nuevas, cualidades que le hacian sumamente recomendable en la sociedad. Jamas dejó de socorrer

á los infelices que reclamaban su conmiseracion. Siempre deseoso de procurar el bien á sus semejantes desgraciados, hacia anualmente un viage á Bervería, con el fin de rescatar diez ó doce esclavos cristianos, á los que, si eran ricos, exigia la cantidad de su rescate, contentándose con haber causado su libertad; mas á los pobres los compraba con la esperanza de que Dios le recompensaria, y que los infelices rescatados en memoria de tal beneficio le tendrian presente en sus oraciones.

¡Qué bello ejemplo de caridad cristiana, y cuán digno de ser imitado por las presentes y las futuras generaciones! Consagremos estas cortas líneas á tributar el mas

rendido homenage á la verdadera virtud, y estimulemos á los poderosos de nuestros dias á que imiten el ejemplo de sus mayores. ¿Cuántos hospitales deben á estos su fundacion? ¿cuántas casas, destinadas á ser mansion de las esposas de Jesucristo y de los ministros del santuario, conservan en sus archivos monumentos los menos equívocos de los principios de religion que abrigaban en sus corazones? ¿A quién no admiran las cuantiosas sumas con que procuraron mantener el culto divino? Mas volvamos á nuestra historia, y diremos que Minio, en el año precisamente en que fueron hechos prisioneros los napolitanos, no pudiendo ir en persona, como

siempre lo hacia, mandó á sus criados mayores á Berbería, con la comision de rescatar diez cautivos de su nacion; y si no los habia, de cualquiera otra que profesase la religion de Jesucristo; lo que ejecutaron puntualmente con tal fortuna para Carmosina, que fue comprendido casualmente su amante Maximino, sin ser reconocido de nadie, tanto por no haberle mirado cuidadosamente, cuanto porque el mal tratamiento y las barbas que cubrian su rostro, le habian desfigurado estraordinariamente, poniéndole tan asqueroso, que sus mismos parientes no le hubieran conocido. Pero ¿quién puede engañar la vista perspicaz de un amante que tiene gra-

bada en su corazon la fisonomía y todas las señales de un objeto adorado que con tanta exactitud está retratado en su imaginacion?

Carmosina, pues, que tenia tan presente la imágen de su Maximino, no le hubo apenas visto, cuando al momento le reconoció, llenándose de gozo su corazon al verle libre de su cautividad, al través de la pena y compasion que la causaba hallarle en tan lastimoso estado, que demostraba lo mucho que habia padecido por ella; y poniéndose de acuerdo con su Aya, pudo lograr una secreta entrevista con su Maximino, á quien habló en los términos siguientes: A pesar de lo mucho que la fortuna os ha atormentado sin

merecerlo, y que os haya puesto en el estado mas infeliz, sois el amigo de Carmosina, que nunca ha olvidado el cariño que la teneis con una constancia tan digna de su preferencia, y no dudeis que ahora os amo mas que nunca, y que las pruebas tan costosas como convincentes de vuestro amor os han hecho dueño, mientras viva, de mi agradecido corazon; y si por esta pasion habeis mudado de vida y perdido vuestro patrimonio, tambien yo me sacrificaré para recompensaros con una amistad recíproca, haciendo cuantos sacrificios son imaginables de un verdadero y constante amor. Si mi padre, al ver vuestra pobreza, no quiso recibiros por yerno, yo sabré pro-

porcionaros las riquezas necesarias para que podais emprender otra vez vuestro comercio; y cuando hubieseis logrado en él algunas utilidades, estoi segura de que mi padre no os despreciará. Por lo demas, estoi decidida á no tener otro marido que mi adorado Maximino; pues prefiero el contento de mi corazon á todas las riquezas del mundo. — Maximino no sabia qué responder al oirla espresar una resolucion tan inesperada, y el placer le anudó la lengua como si hubiese sido atacada de una apoplegía : mas al fin, despues de un rato de silencio, pudo darla gracias y prometerla hacer su deber en cuanto le mandase, asegurándola que su amor seria de

tanta duracion como su vida. — Carmosina al momento le dió un talego lleno de oro, tanto para reintegrar el valor de su rescate, cuanto para reponerse de sus pérdidas y volver á emprender su viage, lo que ejecutó con tal presteza y felicidad, que habiendo navegado en Levante, sus asuntos tuvieron tan buen suceso, que á su regreso á Nápoles no se hablaba de otra cosa que de la fortuna, talento y buen manejo de Maximino, y de las grandes ganancias que le habia producido el tráfico; corriéndose á mas de esto la voz de que un tio suyo al morir le habia dejado grandes riquezas, y que habia mandado órden al momento desde Levante para volver

á comprar todas las propiedades que habia vendido durante su vida relajada.

Todo esto llenó de satisfaccion á la virtuosa Carmosina, y mucho mas la noticia de haber oido ya hablar á su padre en favor de Maximino con afecto y admiracion. Este, que no deseaba mas que el momento de ver realizado su enlace con aquella muger á quien tanto amaba y debia, y confiado en que Minio no se negaria como antes á ser su suegro, en vista de su enmienda, sus riquezas, y de no ceder su familia en nada á la suya, dispuso que uno de sus tios le pidiese á Carmosina por esposa; y Minio, viendo que solo por el amor de su hija habia corregido

Maximino su vida, y que por su buena conducta y conocimientos se habia hecho tan rico y con tan buena reputacion, accedió mui gustoso al enlace, el cual se verificó con grande placer y aprobacion de todos los parientes; mas esta alegría y regocijo duró poco por la desgracia que le sucedió en el mismo dia en que se celebraba su boda en casa del padre de su esposa. Era en el mes de junio, estacion en que los calores son tan vehementes y causan tantas exhalaciones y tempestades horrorosas. Sucedió, pues, que estando estos tiernos amantes recordando juntos la historia de sus amores despues de tantas adversidades, se levantó una tempestad imponente, la mas horrorosa que los nacidos

habian visto, con multitud de relámpagos, rayos y centellas, de manera que por todas partes no se veia mas que fuego, haciendo de una noche oscura la mas luminosa. Nuestros amantes, aterrados por tan furiosa tempestad, suspenden un momento su relacion, y de repente cayó sobre ellos un rayo que dió fin á sus regocijos con los últimos suspiros de sus vidas.

De este modo, el que se habia salvado del naufragio sobre los mares, y de la tiranía de los berberiscos, murió tan desgraciadamente en el dia de su desposorio, por no poder evitar el furor del cielo y la inclemencia del destino; pero tuvo un consuelo que dulcificó su desventura, teniendo por compañera en su muerte á la

que viviendo en sus angustias, no le habia acompañado sino en sueño y en su imaginacion. Tal fin tuvo su amor; y esta muerte, nada vulgar, causó la mayor admiracion á todos los parientes de ambas partes, y llanto á toda la ciudad de Nápoles.

En fin, Carmosina y Maximino fueron enterrados honoríficamente en un mismo sepulcro, donde las personas sensibles pusieron al rededor cipreses y muchos epitafios, de los que uno decia en sustancia así:

Epitafio.

Amantes que disfrutais placenteros con reposo y felicidad el fin de vuestros inocentes amores, contemplad nuestro dolor, y decid,

si perseguidos por la suerte con todo su rigor, habeis visto mortales mas desventurados que nosotros. Esposo y esposa unidos y envueltos en las redes del amor más casto, despues de haber sufrido penas, trabajos y reveses por mar y tierra para conseguir su suspirada union, murieron abrasados por el rayo de Júpiter sin compasion. ¡Ah! cuando la esperanza su flor nos demostraba, haciéndonos aproximar para cogerla, perdimos la raiz, el fruto y árbol, reduciendo el fuego á cenizas en el dia de tan ansiado himeneo á Carmosina y Maximino, amantes dignos de mejor suerte por su fe y su constancia.

FIN DEL TOMO VII.

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO VIII.



GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedícala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO VIII.

MADRID: Setiembre, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*


EMPRESA LITERARIA
OBRAS DE ZARAGOZA

HISTORIA TRÁGICA 17.ª

LOS

DOS CRIMENES.







Y habeis Creido que yo podia
prestarme á tal infamia!!!

En el reinado de la Emperatriz Elisabeth, la viuda de un Príncipe ruso, cuyos estados se hallaban en la parte septentrional de Nijni y Nowgorod, viéndose acometida de una enfermedad de consuncion, se dirigió á Moscou para consultar á un Médico, cuyos talentos le hacian árbitro de la salud de todo el pais. El doctor emprendió la curacion de la Princesa. Se pasaron seis meses en inútiles esfuerzos, como sucede siempre que la facultad vacilante espera en vano

encontrar casualmente un remedio, que aliviando al enfermo les sostenga en la opinion que han adquirido. Habiendo apurado todos los remedios, el Médico pronunció su sentencia en tono de oráculo; que solo una larga permanencia en el mediodia de la Europa podria dar la salud á la Princesa. Esta es por lo regular la última receta de los médicos, cuando no se hallan con bastantes fuerzas para atacar á la enfermedad. El Esculapio busca medios de conservar su reputacion, aunque perezca el enfermo.

La Princesa emprendió su viage, acompañada de una camarera y un ayuda de cámara. Pasó por *Kioff* y *Cracovia* para ir á Viena,

en donde permaneció tres meses. La enfermedad no hacia progresos; pero la mudanza de aires no causaba el efecto que predijo el Médico. Salió de Viena, visitó á Trieste y Venecia, tomó el camino de Nápoles, en donde le habian aconsejado que pasara el invierno.

Koustroff, que así se llamaba el ayuda de cámara, era activo, inteligente y determinado. Nacido y educado en la casa de sus amos, jamas habia dado motivo de queja: por esto la Princesa, luego que determinó su viage, le dió la preferencia sobre todos sus criados: lo que no contribuyó poco para este favor fue el estar perfectamente instruido en el idioma italiano.

Koustroff tenia bastante talento natural, pero un corazon depravado: su permanencia en las capitales, las malas lecciones, el demasiado saber para su estado y una ambicion sin límites le habian hecho de un carácter demasiado peligroso. Refrenado por la severa disciplina doméstica, ocultaba su carácter vicioso bajo la apariencia de fidelidad, hasta el momento en que circunstancias inesperadas dieron pábulo á sus criminales ideas.

La Camarera fue acometida repentinamente de una pulmonía. La Princesa, que la amaba en estremo, se retiró á un pueblo cerca de Bolonia, y llamó á un médico de la ciudad vecina. A los ocho

dias dijo este que se hallaba fuera de peligro; pero anunció que la convalecencia seria larga, y que antes de tres semanas no podria seguir su viage. La Princesa no queria permanecer tanto tiempo en una ciudad tan pequeña, y resolvió ir á Bolonia á esperar á su Camarera: la distancia era de ocho á diez millas, y podia contar con el cuidado de sus huéspedes para la enferma.

Se fijó el dia de la marcha. Koustroff dió por órden de su Ama á la Camarera las señas de la fonda en que habian de permanecer en Bolonia, una instruccion de lo que habia de hacer luego que se hallase en estado de ponerse en camino, y el dinero necesa-

rio hasta su reunion; en fin, nada olvidaron para consolar á la enferma. Se buscó, pero inútilmente, una muger que pudiese acompañar á la Princesa. Koustroff debia ser su único compañero. Esta circunstancia hirió su imaginacion, y su alma, hasta entonces indecisa, concibió un horrible proyecto.

El dueño de la posada era tambien dueño de los caballos de posta. Entre los postillones se encontraba uno de los bandidos que anteriormente habian infestado los Apeninos. Este, ya viejo, se aprovechó de una amnistía para abrazar un oficio mas honrado y menos peligroso. Sus amos ignoraban sus antiguas espediciones. Condu-

cia en derechura á los pasageros sin causarles el menor perjuicio; pero este cambio era efecto del miedo: habia dejado de ser asesino; pero no era hombre de bien. No ponia en práctica el crímen; pero esta inaccion le cansaba. Correr tres ó cuatro veces al dia el mismo camino, era capaz de desesperar á un hombre acostumbrado á contínuas aventuras y á las vivas emociones del peligro. Se admiraba muchas veces de la moderacion con que recibia dos ó tres monedas por precio de su trabajo, cuando en su juventud se arrojaba con fuerza sobre una silla de posta, y pedia con arrogancia todo lo que se encontraba en ella.

Asi como los virtuosos, los malvados se reunen por un instinto natural. Koustroff adivinó el carácter de Rolando, que este era el nombre del postillon: estos dos malvados se buscaban contínuamente. Pronto se reunieron en la taberna, y algunas botellas de vino provocaron su confianza y cimentaron su amistad.

Rolando tuvo que hacer un viage por la noche hasta la casa de postas inmediata: el criado de la Princesa esperaba su vuelta, que se verificó cerca de media noche. Luego que hubo acomodado los caballos, se reunieron los dos amigos en una habitacion separada, en donde encontraron una mesa espléndida. El postillon no habia co-

nado tan opíparamente desde los antiguos tiempos de su gloria. Koustroff hizo recaer al principio la conversacion sobre objetos indiferentes; pero luego que observó que su compañero habia satisfecho su apetito, y que ya habian vaciado algunas botellas, con un tono misterioso y á media voz dijo á su compañero: «Querido Rolando, ¿cuántas muertes has hecho en tu vida? — Hé aquí una pregunta bien impertinente, dijo el convidado; era mui propia de un juez, si yo tuviese el honor de presentarme ante S. S. — No te enfades, Rolando; no estás ante un tribunal, sino á la mesa con un amigo, y el vino nos hace mas francos que el interrogatorio de un juez. Vamos,

cuéntame alguna de tus proezas. — A fe mia no tengo de qué gloriarme. Soi naturalmente un buen hombre, y me he resistido siempre á los asesinatos inútiles. Mas deseoso de dinero que de muertes, trataba con dureza á los pasageros; pero sin hacerles daño cuando no habia necesidad.» Al proferir estas palabras, se puso Rolando á contar por los dedos. «Ya me acuerdo, prosiguió: en las veinte campañas que he hecho, no he despachado con Dios ó con el diablo mas que á once desgraciados, y estos sin hacerlos padecer: en cuanto á esto nada me tienen que echar en cara. — Pues bien, yo te propongo otro, para que sea la cuenta completa: en cuanto á pe-

ligro, te respondo con mi cabeza que no correrás ninguno. — ¡Cómo! ¿qué quieres decir? ¿Quieres recargar otra vez mi vieja conciencia, que tanto trabajo me ha costado llevarla por el camino derecho? Escúchame: tu vino es esquisito, y me has regalado como á un gran señor; pero despues que me retiré, me he hecho perezoso y tímido: no cuentes conmigo. Pardiez, seria bien recibido el que fuese á proponer una campaña á un viejo oficial retirado á su castillo, y que está al rincon del fuego fumando en su pipa y contando sus batallas. Pues bien, considérame un héroe retirado. Despues que este fuerte brazo se acostumbró al humilde egercicio del láti-

go para avivar los caballos de posta, ¿crees que volverá con facilidad al noble empleo del puñal y la pistola? Una vez que he tenido la dicha de no ver mi cuerpo colgado de la vil máquina.... Tú sabes la única satisfaccion que yo deseo, que es morir en mi cama. — Sí; pero antes de probar esta satisfaccion, arrastrarás por mucho tiempo tu miserable existencia; andarás contínuamente por los caminos, espuesto á las injurias del tiempo y de los viageros. Rolando, ¿posees alguna cosa? — Nada absolutamente: gracias al juego y al robo de mis compañeros, he perdido diez años de trabajo. — ¿Y si un golpe seguro, dirigido por la prudencia y egecutado con miste-

rio, te ayudase á pasar cómodamente los años que te restan de vida, lo despreciarias? A estas palabras, Koustroff, sin esperar respuesta, se valió de un argumento en que fundaba mas bien sus esperanzas que en su elocuencia; este era un bolsillo lleno de oro que derramó sobre la mesa para producir mas efecto en su oyente. Este lo devoraba con los ojos, y retiraba las manos por no caer en la tentacion de apoderarse de una cosa que aun no habia ganado. Estuvieron en silencio algunos minutos; pero luego que el ruso creyó bastante prolongada esta escena, recogió con frialdad su dinero, y lo guardó, con grande sentimiento de Rolando, cuyo semblante se mostró

triste y pensativo, cuanto se habia manifestado alegre delante del oro.

«¿Para qué me has enseñado ese tesoro? le dijo: ¿es para causarme envidia? — Al contrario, es para avivarte el deseo de que sea tuyo, le respondió Koustroff: mañana ó mas bien hoi mismo puedes ganarlos; son doscientos florines, mas bien mas que menos. — ¿Y qué quieres que haga? — Una gran cosa. — ¿Pero cuál es? — Escucha: acércate, porque las paredes oyen. ¿Conoces á mi Ama? — Sí. Es descolorida. — Como un muerto. — Delgada. — Es cierto, solo tiene huesos y pellejo. ¡Ah! Rolando, es muger perdida: me lo ha dicho el médico de Viena: dentro de tres meses tendré

la desgracia de perderla. — ¿Y eso llamas desgracia? — Sí, porque no me dejará nada; absolutamente nada. Bien sabes la ingratitud de los amos: nunca se acuerdan de que los hemos servido mucho tiempo: sobre todo, las damas rusas desechan siempre la idea de la muerte, como si nunca hubieran de morirse. ¿Sabes tú lo que sucederá si yo no tomo mis medidas? Mi Ama tiene bastantes fuerzas aun para ir á Florencia; allí se irá consumiendo como una lámpara sin aceite; entonces caerán sobre nosotros una multitud de aguaciles que nos atraparán el dinero que encuentren, y á lo demas lo echarán su sello: ¿y qué nos dejarán? un vestido negro para el entierro,

y los ojos para llorar nuestra desgracia. ¡Famosa herencia por cierto! — En efecto, esto es al pie de la letra lo que nos está sucediendo todos los dias. — Mi Ama no tiene hijos; á nadie hago daño; todos sus herederos son mui ricos; ademas, no trae grandes riquezas consigo; pero lo que no es para ellos.... ¿me vas entendiendo? — Sí, ya empiezo á comprenderte.» Entonces los dos convidados se miraban con una risa infernal.

«Pues que me has entendido, dijo Koustroff, nada mas necesitamos; todo lo he previsto y lo he combinado: tu antigua esperiencia no podrá encontrar ningun defecto en el plan. Marchamos mañana á las once de la noche, y dejamos

aquí á la Camarera. —Ya lo sé. — Tú nos conducirás, ¿no es así? — Nada hai mas fácil. Si no sucediere asi, mi compañero me cederá su puesto, y mucho mas dándole para beber. —Bravísimo. Y dime: ¿no hai en el camino algun bosque en donde podamos meternos? — Tenemos tres por uno. — Mui bien, eligirás el mas oscuro. La hora es favorable: el camino está solo: á las doce de la noche todos estan durmiendo. Luego que lleguemos al medio del bosque, detendrás bruscamente el carruage, y me harás fuego con esta pistola que está cargada solo con pólvora; caeré de mi asiento como un muerto, y quedaré inmóvil hasta que tú con este puñal....» A estas palabras se

detuvo Koustroff como si su lengua se hubiese paralizado. «Bien, acaba, le dijo Rolando. No, ya te he dicho bastante; tu inteligencia....—¡Qué! ¿mientras tú estás en tierra haciendo el muerto, he de trabajar yo solo?—Sí, así lo he dispuesto; yo no me atreveria á poner las manos en la Princesa: los rusos estamos acostumbrados á tener un profundo respeto á nuestros amos.—¡Cáspita! hé aquí un valiente escrúpulo: guardar respeto al que se va á matar: eso es ya locura.—Aunque me llames loco, yo no podré asesinarla: no ha de llevar al sepulcro la idea de que la mató su mismo criado. Rolando, mas determinacion: ¿puedo contar contigo?—¿Por qué no?—Te en-

cargo que el asalto sea en un momento, y que no la hagas padecer. — Tranquilízate, ya te he dicho que soi bastante humano.» Al decir estas palabras, se levantó Koustroff temiendo alguna otra objecion, y dió á Rolando diez piezas de oro como las arras del sangriento contrato que acababan de celebrar.

Estando todo prevenido á las nueve de la noche, la Princesa fue á ver á su Camarera y renovó sus recomendaciones á la huéspeda, á quien recompensó generosamente. A las once montó en su carruage: Koustroff se colocó silenciosamente en su asiento; y Rolando con su látigo hizo que el carruage se alejase con rapidez.

En la primera legua el postillon

examinaba frecuentemente el semblante de Koustroff, cuyas miradas siniestras le aseguraban que no habia cambiado en sus criminales intentos. Pronto vieron un bosque á la mano derecha: Rolando dirigió por allí el carruage. La Princesa que iba dormida, no advirtió la mudanza del camino. Un cuarto de hora despues habia dejado de existir. Esta escena terrible se ejecutó del mismo modo que se habia proyectado. Los dos asesinos lo ejecutaron con tanta mas audacia, cuanto no descubrian ni un viagero, ni un viviente en todo el campo. Depositaron en un barranco el cuerpo de la Princesa, y lo cubrieron con hojas secas. En el momento Koustroff se encierra en la ber-

liña y entrega al postillon el oro, precio de la sangre que acababa de verter: invitó á Rolando para llegar pronto á la casa de postas inmediata, impaciente por librarse de su compañero de crímen.

Cuando entraban en la ciudad, el postillon sonaba su látigo para anunciar que se necesitaban caballos de remuda. Mientras que se disponian, Koustroff encargó el silencio al nuevo conductor, diciendo que podia despertar su ama. Algunos minutos fueron suficientes para enganchar. Koustroff y Rolando no se atrevieron á despedirse: solo al tiempo de separarse se echaron una mirada como de enhorabuena por el suceso.

Al salir de la ciudad, Koustroff

avivó el celo de su nuevo conductor por la esperanza de una recompensa: en Italia, mas que en otras partes, es este un medio de caminar tan ligeros como el viento. A la salida del sol ya se hallaba á una grande distancia del teatro de su crímen; su temor se minoraba á cada momento. Habiendo llegado á una casa de postas á las once de una noche mui oscura, bajó de su carruage mientras enganchaban; el postillon al salir, aunque no le habia visto bajar, no reparó en esta accion. Entonces Koustroff se despojó de los vestidos de lacayo: su aire y su porte eran de un viagero que queria caminar con velocidad, y que pagaba generosamente á los postillones

Decidido á no detenerse en ninguna parte mientras estuviese en Italia, pasó por medio de Roma con la mayor indiferencia; allí se detuvo media hora para comer por la primera vez, despues de la muerte de su Ama. Hasta entonces le habian alimentado los remordimientos y el temor.

Sus deseos eran llegar cuanto antes á Nápoles, adonde le llamaba su codicia: estaba apoderado de su tesoro; pero no podia determinar su valor.

Entretanto, pensando siempre en sí mismo, habia reflexionado profundamente en su posicion y en el peligro que le amenazaba. Con mas avaricia que vanidad, veia la precision de viajar mo-

destamente y ocultar á todos sus riquezas; el menor descuido podia hacerle traicion, y bastaba el encuentro de un ruso para quedar enteramente perdido. Desde entonces formó su plan de conducta, que ejecutó con una destreza y un disimulo, que por fortuna se encuentran pocas veces en los criminales.

Cuando llegó á Nápoles, fue conducido á una de las principales fondas: era difícil escaparse de este primer peligro; pero bien pronto supo librarse de él.

Despues de haber saludado á los dueños de la fonda y á los que habian llevado su equipage, preguntó como con distraccion, si habia alojado algun ruso; le res-

pondieron que no. El tiempo que pasó hasta la hora de comer, lo empleó con mucha utilidad. Registró escrupulosamente las paredes y rincones de su alojamiento. Este se hallaba colocado á un estremo de la casa; y vió con placer que su alcoba, precedida de un salon, era toda de paredes maestras; y sin ningun secreto que pudiera alarmarle. Tranquilo por esta parte, subió al piso segundo, en donde encontró un granero que no le podia dar ninguna sospecha.

Le llevaron por fin la cena, que él abrevió para libertarse de las Escelencias que le prodigaban los criados, y que él conocia mui bien que no las merecia: esperimentó un verdadero placer cuando le die-

ron las buenas noches, y tuvo libertad para cerrar la puerta. Luego que se creyó seguro, encendió seis luces para ver así mejor su presa y hacer el inventario de todos los objetos que contenian las maletas.

Las damas rusas no viajan con tan poco aparato como las ladys inglesas; estas abandonan enteramente el lujo en sus viages. Al contrario, las damas del Norte llevan consigo todo el esplendor de los mas brillantes tocadores. La desgraciada Princesa, abusando de su verdadero estado, llevaba consigo todas sus riquezas. Koustroff, tan metódico como un alguacil que procede al inventario de unas alhajas que se van á po-

ner en venta, colocó los objetos con un órden admirable, sin ceder á la tentativa de examinar aquellos que mas contentaban su avaricia. Colocó encima de la cama los vestidos y todos los efectos de ropa de su desgraciada Ama: á su vista se le escapó un suspiro, aunque á su pesar. La casualidad le hizo levantar los ojos á un espejo, y se admiró de su color pálido y la alteracion de sus facciones; pero disminuyó notablemente esta alteracion cuando encontró el cofrecito de las joyas. Su vista encendió bien pronto la codicia de Koustroff. Enagenado con el resplandor de tan ricas alhajas, permaneció por mas de una hora en una especie de éxtasis. «Todo es-

to es mio, decia entre sí, enagenado por la alegría: ya soi rico, libre, independiente.» Iba á añadir dichoso; pero esta palabra que no pudo salir de sus labios, fue interceptada por un sentimiento que participaba de placer y de dolor. Entretanto sus ojos se dirigian con la velocidad de un relámpago, ya á un objeto, ya á otro; parecia que no le bastaban los sentidos para tan halagüeña contemplacion. Este triunfo de la codicia era tanto mas grande, cuanto conocia el valor de las joyas, que podia apreciar mui bien por ser hijo de un diamantista, y estar acostumbrado á su tasacion en casa de su padre. Esta tasacion exigia largos cálculos y frecuentes recuer-

dos sobre su existencia futura : en fin, creyó que el todo de las alhajas podria valer en dinero de noventa á cien mil rublos. El metálico que encontró en los baules, le indemnizaba suficientemente del que él habia dado á Rolando y que estaba destinado para los gastos del viage.

Concluido el inventario, recogió su tesoro y lo guardó cuidadosamente, poniendo la mayor atencion en que no fuese descubierto por los criados de la fonda.

En seguida hizo algunos paquetes de todos los vestidos de su Ama, porque conocia la necesidad de deshacerse de tan peligrosos muebles. Al tiempo de visitar los graneros de la casa, habia forma-

do el proyecto de esconder entre los muebles rotos que se hallaban en ellos, todos los objetos de que queria deshacerse. Cuando dieron las dos, abrió silenciosamente la puerta de su cuarto; y asegurado de que todos dormian, tomó una linterna, y cargado con la mitad de los efectos, los acomodó á su gusto, volvió por los restantes, y todos ellos los ocultó entre los muebles, de tal modo, que no podian verse sin quitar la mayor parte de ellos. Despues de esta espedicion tan necesaria á su tranquilidad, volvió á su habitacion sin ser sentido de nadie. Esta accion aumentaba su confianza. Aun cuando por un accidente casi imposible se descubrieran los paquetes

al dia siguiente, «¿cuánto tiempo hacia que estaban allí?» Las sospechas no podian recaer en un viagero que habia llegado el dia anterior.

Luego que se levantó Koustroff, fue á ver al fondista, al que le dijo, que antes de buscar embarcacion para Esmirna, queria vender su silla de posta: como los fondistas toman con empeño estos negocios por partir el beneficio con los compradores, mandó llamar inmediatamente á un mercader, asegurando que no habia hombre mas de bien en todo el reino de las dos Sicilias. Llegó en efecto, examinó la berlina, la encontró en buen estado; pero acumuló infinidad de defectos que exageraba

hasta lo sumo. «Dad gracias á Dios, decia, de haber llegado á Nápoles sin daño alguno: es un milagro.» Concluyó por ofrecer la tercera parte de su valor. Koustroff conoció perfectamente con quién trataba; pero veia la necesidad de deshacerse de todos los objetos que pudieran comprometerle, y cedió pronto. Luego que se contó el dinero, el comprador se llevó en triunfo la berlina, que su dueño vió desaparecer con un placer estraordinario, semejante á la satisfaccion de un cortesano que acaba de vencer á un contrario, que podia descubrir sus ardides.

En todo este dia se ocupó Koustroff en asegurar la ejecucion de su plan. Buscó una fonda menos

concurrida, y mandó hacer baules con secretos á propósito para ocultar su tesoro. Fue en seguida en casa de un prendero, en donde se proveyó de un vestido bien diferente del que habia llevado hasta entonces, y de una peluca rubia; todo lo que le disfrazaba de tal modo, que era casi imposible conocerle. A los dos dias estaban concluidos sus baules, y volvió á la fonda por todo su equipage: dijo al fondista que el buque iba á darse á la vela, y que se embarcaria al ponerse el sol. Subió en seguida á su habitacion, se puso su nuevo disfraz, y desde allí se dirigió á la posada que ya habia preparado, en donde se anunció como un judío polonés que comer-

ciaba en joyería. El vestido y la peluca le ayudaban á parecer lo que decia, y mucho mas el acento que imitaba perfectamente. Acomodó las joyas en los secretos de sus baules, hechos con tal maña, que era imposible atinar con ellos. Á los pocos dias se embarcó en un buque genovés que hacia viage para Palermo, y bien pronto desaparecieron á su vista las frondosas riberas de Nápoles.

Habiendo desembarcado felizmente en la opulenta capital de la Sicilia, y tranquilo ya con su disfraz, pudo introducirse en los palacios de los mas grandes señores para vender sus joyas. Luego que habia adquirido alguna confianza, les enseñaba algunas mas precio-

sas que habia guardado cuidadosamente. En poco tiempo se deshizo de bastantes alhajas vendidas á buen precio: conociendo esta utilidad, determinó emplear parte de su dinero.

A poco tiempo se embarcó para Cádiz, y se dirigió á Madrid por Sevilla y Toledo; y tuvo la fortuna de deshacerse con ventaja en estos parages de todas sus joyas. Animado con sus ganancias, compró pedrería en Madrid, y fue á venderla á París y Lóndres. Este último punto fue el término de sus viages; pero no de su comercio, que le enriqueció mas de lo que podia esperar. Los rusos encuentran pocos placeres en Inglaterra, y por esto no viajan mucho

por aquel pais. Esta idea hizo á Koustroff fijarse en Lóndres; porque allí estaba mas seguro de no encontrar á ninguno de sus compañeros, que en cualquiera otra parte de Europa.

Veinte años se pasaron de este modo. Koustroff habia llegado á ser uno de los mas ricos lapidarios, y disfrutaba de una fortuna considerable. ¿Era dichoso? No. Dos sentimientos combatian sin cesar su corazon: los remordimientos le agitaban contínuamente; y en vano queria sofocar la memoria del bosque: todas las noches se le presentaba en sueños una figura ensangrentada, y muchas veces en el dia le atormentaba esta fantasma; y no pocas en medio

de sus placeres este grito importuno venia á turbar su tranquilidad. En el teatro, cualquiera espresion que aludiese á sus ideas, le hacia huir como una flecha. En el trato con sus amigos, todo lo que le recordaba la idea de su crímen, le sumergia en una profunda tristeza. El espectáculo de la serenidad que produce la virtud en un hombre honrado, no le era menos doloroso. Despues que la esperiencia le hizo comprender que pueden alcanzarse las riquezas sin un delito, veia con horror el principio de su fortuna; y si hubiera podido restituir una porcion de sus bienes para disfrutar en calma de la otra, se hubiera considerado el hombre mas feliz del mundo.

Otra causa contribuia tambien á su tristeza, y era la ausencia de su patria. Acostumbrado al rigoroso frio de Rusia, le hacia mucha impresion el clima mas templado de Inglaterra. Esta idea mortificaba de tal modo su imaginacion, que solo disfrutaba de algun placer cuando las montañas cubiertas de nieve le recordaban las de su patria. Dejémosle devorado por sus penas, y trasportémonos al pais que era el objeto de sus deseos.

Hácia la parte meridional del departamento de Kalonga acababa de suceder á sus padres en grandes posesiones un jóven llamado Voronitcheff. El carácter de este jóven era imperioso, iracundo, altivo, y su alma poco susceptible

de sentimientos nobles y generosos. Sus padres habian probado todos los medios suaves para moderar sus pasiones. Como hijo único heredó todos sus bienes. Sus súbditos lloraron sinceramente la pérdida de sus amos, creyendo que el heredero no lo era en las virtudes y justicia de su antecesor.

Voronitcheff no gustaba de los placeres del campo; los bellos cuadros de la naturaleza no conmovian su corazon. Antes de la muerte de sus padres hacia frecuentes viages á la capital; pero poseido despues del deseo de viajar, pensó en recorrer los paises estrangeros. En vano un criado antiguo le hacia ver que sus propiedades estaban escesivamente gravadas, y

que era prudencia desempeñarlas antes de emprender tan costoso viage; su amo le respondia en pocas palabras: «Mi padre trataba demasiado bien á los aldeanos, y esto es un error; se han hecho ricos; es necesario que les hagas volver estas riquezas: dentro de seis semanas me has de presentar el dinero; este es tu oficio.» El administrador inclinó suspirando la cabeza, le presentó el dinero en el plazo señalado, y Voronitcheff partió para Italia.

Entre Módena y Bolonia se quebro el ege de su berlina, y le fue indispensable detenerse al principio de la noche en la misma casa de postas. Este contratiempo le pareció mui grande porque temia fas-

tidiarse. ¿Qué habia de hacer? ¿en qué ocuparse desde las siete de la noche hasta la hora de cenar? Se paseaba precipitadamente en su habitacion, llamaba contínuamente á sus criados para mandarles cien veces una misma cosa. En fin, viéndose ocioso, bajó á ver á los criados para divertirse un poco con su conversacion. Dirigiéndose á la cocina encontró una numerosa concurrencia de jóvenes de ambos sexos, presidida por una muger mui vieja. La señora Dorotea, dueña de la posada, estaba sentada en un sillon antiquísimo, de estilo gótico, y se conocia que por espacio de muchos siglos habia pertenecido de madres á hijas á la misma familia.

Dorotea con la rueca en la ma-

no daba á los demas el egemplo del trabajo; las jóvenes, sentadas cerca de ella, concluian la tarea que habian empezado los hombres; en una palabra, era una tertulia de aldea. Al observar el aire atento y un poco conmovido de todas las fisonomías, nuestro viagero creyó que escuchaban la historia de algunos bandidos y fantasmas; y en realidad no se equivocaba. Deseoso de tomar parte en la conmocion general, entró en la asamblea. Dorotea le invitó políticamente á sentarse; y por deferencia hácia él consintió el que hablaba en volver á repetir la historia, que su presencia acababa de interrumpir.

«Un frances, natural de Lan-

güedoc viajaba por el reino de Nápoles. Sorprendido en medio del camino por un violento huracan, se vió precisado á detenerse en una miserable taberna, situada á dos tiros de fusil del camino real; pidió cena y cama. El viagero (sin reparar en el malísimo semblante de sus huéspedes), poco desconfiado, y alegre, como lo son los naturales de la parte meridional de Francia, se mofaba de la mala cara de sus huéspedes, se reia con ellos de la dureza de un gallo que le dieron para cenar, y que sus dientes, á pesar de un buen apetito, no tenian suficiente fuerza para triunfar de él: afortunadamente el vino de Calabria le consoló un poco de la dureza del gallo.

«Despues de cenar condujeron al francés á una miserable habitacion. Fatigado y soñoliento, iba á acostarse habiendo antes cerrado la puerta con un viejo cerrojo. Se le cayó debajo de la cama una sortija, se bajó para recogerla, y su mano encontró otra mano helada. Al llegar á este punto, todas las mugeres, por un movimiento involuntario, se reunieron un poco mas á los hombres. Ya podrá imaginarse que este pasage no escitaria la risa del viagero. Lleno de horror, pero conservando su serenidad, tira fuertemente de la mano que tenia agarrada, y se encuentra con el cuerpo de un hombre asesinado, y que sin duda no habian tenido tiempo de enterrar.

Demasiado cierto de que habia caido en una cueva de ladrones, nuestro viagero se puso á idear el medio de sustraerse á la suerte que se le preparaba: su presencia de ánimo le sugirió uno. Coloca el cuerpo encima de la cama, le pone su gorro, se oculta debajo de ella, y se arrima bien á la pared para esperar el fin de su aventura. ¿Hubierais dormido, hijos mios, si os vierais en el lugar de este viagero? No, no, respondieron todos á una voz. — Pues bien, tampoco durmió el francés. Al cabo de una hora, que le pareció un siglo, dos hombres levantaron cuidadosamente un tapiz que encubria una puerta oculta; se acercaron á la cama y dieron un sin número de

puñaladas al cuerpo que ellos creian vivo. El viagero tuvo la precaucion de fingir algunos gemidos, y con ellos hizo creer á los asesinos que habian consumado su obra. «Ya está muerto, dijo uno, y no se volverá á burlar de nuestro gallo asado. — Buen viage, dijo el otro, tomando el bolsillo y el relox que estaban sobre la mesa. Vamos á dormir: mañana visitaremos los bolsillos de los dos. — Dices bien: me entró un gran miedo de que se hubiese fugado, cuando supe que el otro estaba aun aquí. — ¡Bah! un hombre como tú no debe pensar así; pues no podia escaparse sin que le viéramos. — Sí; pero podia defenderse.» Concluidas estas palabras levantaron el ta-

piz y desaparecieron. Antes de amanecer el francés abrió la ventana, y aunque con trabajo observó que no estaba mui elevada. Quitó como pudo las sábanas de la cama, y anudándolas logró llegar hasta el campo, en donde encontró una senda que siguió á la ventura. El miedo le prestaba alas. Poco despues de amanecer descubrió un castillo, al que se encaminó; este era del duque de Manfredina. Habiendo este oido al viagero, armó á todos sus criados, que se dirigieron á cercar la taberna. El tabernero, su muger y un criado fueron entregados á la justicia, y pagaron bien pronto sus delitos en el último suplicio.»

El fin dichoso de esta historia

llenó de alegría á toda la tertulia. Entonces Dorotea, poniendo su rueca y sus anteojos encima de una mesa, suspiró y dijo: «¡Ah! ¿por qué contamos historias de paises lejanos, cuando han sucedido tan terribles en el nuestro? Si os contase todos los crímenes que se han cometido cerca de nosotros, no acabaria en mucho tiempo; pero en este instante solo me acuerdo de una pobre señora, del mismo pais que este Caballero. ¿No sois ruso?—Sí, buena muger, respondió Voronitcheff.—Eso me han dicho, y me ha traido á la memoria una Princesa que venia de Moscou y se dirigia á Nápoles. Pero Dios no quiso que concluyese su viage.—¿Y quién le impidió

concluirlo? preguntó Voronitcheff.
—La muerte, y una muerte horrible: yo os contaré lo que me han dicho.»

Entonces toda la asamblea empezó á escuchar atentamente. «Hará veinte años el 14 de agosto próximo, cinco dias despues de san Lorenzo, que es el patron de nuestro lugar, que á cosa de las siete de la noche vi detenerse delante de mi casa una silla de posta: bajó de ella un criado, despues una doncella, y últimamente una señora mui descolorida y que parecia fatigada del camino: á los dos dias se puso mala la doncella, lo que obligó á la señora á detenerse algo mas de lo que pensaba: se llamaba la Princesa de....

esperad un poco, la Princesa.... Perdonad, señor, los italianos no podemos pronunciar los nombres de vuestro pais, y solo me acuerdo de que el de la Princesa acababa en *off*. Se alojó en la habitacion en que estais vos, que solo está destinada para los caballeros de distincion: las habrá acaso mas hermosas; pero creo que no mas cómodas, ni aun en Florencia, en donde dicen que las posadas son como palacios. Así es, que no me aflijo por la llegada de un grande personage; y hago todo lo que puedo por tratarle como merece. Ministros, embajadores y cardenales han dormido en ella; y hará unos tres años que S. M. I. el gran Duque de Toscana bebió allí mis-

mo una botella de *lacrima-christi* con algunos oficiales de su corte, mientras mudaban caballos. Pero volvamos á la Princesa rusa: era un ángel de bondad; tenia mas caridad en un solo dedo, que otras señoras en todo su cuerpo; daba mas limosnas á los pobres en ocho dias, que otros mas ricos en toda su vida. ¡Dios mio! y una señora tan buena habia de.... Pero acaso nuestro Señor no quiso recompensar á esta alma privilegiada sino en la otra vida. Viajaba para restablecer su salud: su criado, que se llamaba Koustroff, no cesaba de decirme que los médicos desesperaban de su vida, y añadia con frialdad: «La muerte seria para ella un beneficio.» ¡Pobre Señora!

el dia que se fue para Bolonia oyó nuestra misa. Al tiempo de marcharse me confió á su doncella que aun estaba bastante mala para poder seguirla, é hizo escribir sus instrucciones para que emprendiese su viage luego que estuviese restablecida.

Doce dias despues, viniendo un párroco de una aldea inmediata á visitar á nuestro buen pastor, le dijo, que en el camino habia encontrado un cuerpo medio podrido, arrojado en un barranco y cubierto con hojas; los vestidos indicaban que era una señora de distincion. Se llamó á los ministros de justicia, y se hicieron las diligencias de estilo.

Luego que oí la relacion del

párroco, conocí que era el cuerpo de la Princesa, y que habia sido asesinada el mismo dia de su partida. — Es necesario advertir tambien, que un postillon llamado Rolando, que habia ido conduciendo su silla de posta, desapareció al dia siguiente sin despedirse de nadie. Nos dijeron entonces que habian visto muchas veces á Rolando con el criado de la Princesa, y que siempre iban á beber juntos; lo que nos hizo creer que estos dos malvados habian formado el proyecto de asesinar á la Princesa, y robarla todas sus riquezas: yo dí mi declaracion, y desde entonces no he vuelto á saber si han cogido á los delincuentes.

Volviendo yo á mi casa encontré á mi marido: desgraciadamente la doncella se hallaba algo mejor; bajó silenciosamente la escalera y escuchó todo el suceso: Dios es testigo que yo no lo sabia. Oimos ruido detras de esta misma puerta, corro hácia ella, y me la encuentro en los últimos suspiros. Llamamos al momento á un famoso médico; pero fue inútil toda su sabiduría: ya sabeis lo que es una recaida en tan largas enfermedades: esta jóven, no pudiendo sobrellevar la pérdida de su Ama, á quien queria en estremo, murió entre mis brazos. El dinero que la habia dejado la Princesa, y el que se sacó de la venta de sus vestidos, apenas fue suficiente para pagar al médi-

co, al boticario y el entierro. Conservo aun las cartas de Koustroff. Tened la bondad de registrarlas; acaso encontrareis allí el nombre de la Princesa, de que yo no me acuerdo ahora, y que no pudo entender el juez. Leonardo (dijo á un criado), toma esta llave, abre el armario grande y tráeme unos papeles que estan encima de la ropa, atados con una cinta negra.

Habiendo cumplido Leonardo la órden de su ama, la vieja Dorotea entregó á Voronitcheff un rollo de papeles, los tomó con indiferencia, y solo por complacer á su huéspeda; pero bien se conocia en su semblante, que fijaba en ellos tanto su atencion como en la historia que acababa de escuchar. Le

Volviendo yo á mi casa encontré á mi marido: desgraciadamente la doncella se hallaba algo mejor; bajó silenciosamente la escalera y escuchó todo el suceso: Dios es testigo que yo no lo sabia. Oimos ruido detras de esta misma puerta, corro hácia ella, y me la encuentro en los últimos suspiros. Llamamos al momento á un famoso médico; pero fue inútil toda su sabiduría: ya sabeis lo que es una recaida en tan largas enfermedades: esta jóven, no pudiendo sobrellevar la pérdida de su Ama, á quien queria en estremo, murió entre mis brazos. El dinero que la habia dejado la Princesa, y el que se sacó de la venta de sus vestidos, apenas fue suficiente para pagar al médi-

co, al boticario y el entierro. Conservo aun las cartas de Koustroff. Tened la bondad de registrarlas; acaso encontrareis allí el nombre de la Princesa, de que yo no me acuerdo ahora, y que no pudo entender el juez. Leonardo (dijo á un criado), toma esta llave, abre el armario grande y tráeme unos papeles que estan encima de la ropa, atados con una cinta negra.

Habiendo cumplido Leonardo la órden de su ama, la vieja Dorotea entregó á Voronitcheff un rollo de papeles, los tomó con indiferencia, y solo por complacer á su huéspeda; pero bien se conocia en su semblante, que fijaba en ellos tanto su atencion como en la historia que acababa de escuchar. Le

avisaron que estaba dispuesta la cena, y saludando friamente á los demas, desapareció. Entonces Dorotea no pudo menos de esclamar: «A fe mia que este no se parece á los demas rusos, porque todos son afables y graciosos.»

Despues de cenar registró los papeles con bastante distraccion; y lo que únicamente encontró notable fue la letra, que le parció mui buena. Al amanecer estaba compuesto su carruage y siguió su camino; no le seguiremos en él, porque la exactitud de la narracion exige que volvamos á su pais.

Su ausencia no habia mejorado sus negocios, á pesar de los buenos oficios del Administrador. Voronitcheff (entonces de treinta a-

ños) era, como hemos dicho ya, caprichudo y vanidoso; los viages aumentaron maravillosamente estas cualidades: compró en Italia una porcion de pinturas y objetos de lujo, en que le engañaron tanto mas, cuanto se creia inteligente. En París compró muebles preciosos, gloriándose con la sola idea de escitar la envidia de sus vecinos. El Administrador le esponia respetuosamente muchas veces la dificultad de encontrar el dinero: las respuestas de su Amo eran lacónicas, pero espresivas.

A su vuelta se mostró duro con todos sus vasallos é ingrato con su Administrador: este lloraba amargamente la desgracia de servir á tal Señor; pero tal era su suerte,

y solo dejando de vivir podia dejar de ser esclavo. Voronitcheff supo que un estrangero, llamado Mr. Paradikin, á quien nadie conocia, habia comprado una hermosa posesion poco distante de la suya. Se sorprendió estraordinariamente cuando supo el raro carácter de su nuevo vecino, que no queria ver á nadie, ni entablar relaciones con la vecindad; siempre respondia á sus convites con una repulsa política; casi nunca salia de su casa, y se encubria á la vista de todos con un cuidado grandísimo. El primer año se fijó la atencion de todos sobre este personage misterioso; pero al segundo ya nadie hablaba de él. La malicia de los hombres no perdona á nadie; pero un

carácter igual fatiga á veces la crítica. Cuando Voronitcheff llegó á su patria, nadie hablaba ya de Paradikin; ademas, este carácter era en cierto modo digno de elogios, y debia conciliarle la estimacion de todos. El nuevo propietario mejoraba visiblemente la suerte de los labradores; su gobierno era suave y paternal; exigia poco y concedia mucho; asi que hablaban de su amo con reconocimiento y cariño, y estas alabanzas se estendian por todo el pais. Voronitcheff escuchaba con desagrado semejantes relaciones, porque veia en cada rasgo de esta conducta generosa una crítica de la suya.

Encontrándose un dia entre u-

na numerosa concurrencia, manifestó su intencion de hacer una visita á Paradikin; y aseguró que no solamente seria recibido, sino que entablaria amistad con él. Todos se burlaron de su jactancia; pero era de aquellas gentes que no conciben la idea de la resistencia á su poder. El dia siguiente fue á la casa de su vecino invisible, pretendió verle, llamaron á su Secretario, y éste le manifestó respetuosamente las escusas de su amo. Voronitcheff, con un tono de superioridad, manifestó que tenia grandes asuntos que comunicar con él. Algunos instantes despues volvió el Secretario y le declaró la voluntad de su Amo que no recibia á nadie, y que si tenia algun asunto

que comunicarle, lo hiciese por escrito; que nadie podria hacerle que perturbase su costumbre. El imperioso Voronitcheff quiso entrar por fuerza; pero los criados del incógnito se lo impidieron: cuando conoció que eran inútiles sus esfuerzos, se retiró jurándole un odio eterno, y buscaba ocasiones de manifestar abiertamente su furor; pero habiendo faltado estas, olvidó su enojo, y los contínuos viages á Moscou y Petersburgo le hicieron olvidar que odiaba á su vecino.

Se pasaron cuatro años sin que hubiera ninguna relacion entre los dos. En este tiempo la opinion de Voronitcheff llegó á ser la mas detestable en el concepto de todos sus vecinos. Se hablaba de una

causa criminal entablada contra él.

El hombre misterioso ignoraba todo esto: su posesion era su universo: empleaba el tiempo en los cuidados del campo y los deberes de la religion: su sincera piedad la manifestaba por sus contínuos actos de beneficencia. Luego que llegaba á su noticia un incendio ó una inundacion, él y sus criados eran los primeros que se presentaban á cortar el daño. Los labradores, conducidos por un señor que adoraban, hacian prodigios. Se oia decir con frecuencia á los señores de aquel pais: «Sin los socorros de Paradikin mis posesiones se hubieran reducido á cenizas.» Otros decian: «Este hombre es una verdadera salamandra;

atraviesa por entre las llamas sin quemarse un cabello.» En fin, el pueblo bajo aseguraba haber visto á san Basilio protegerle en un incendio.

En el momento que se acababa el peligro, montaba á caballo, y corria como si hubiese cometido un delito. No daba tiempo para que le espresasen su reconocimiento; y ni le volvian á ver ni oian hablar de él.

Cuando el tiempo era malo, y por esto era necesario apresurar los trabajos del campo, los propietarios se prestaban mútuamente sus obreros. En este año las demasiadas lluvias habian desolado el departamento de Kalonga; los granos iban á perderse; todos pe-

dian recursos á sus vecinos para hacer la recoleccion. Paradikin tenia sus trabajos mas adelantados que los demas. Por el contrario, Voronitcheff estaba mas atrasado que los otros, y nadie queria socorrerle. Creyendo que el hombre misterioso habria olvidado ya la ridícula escena de que hemos hablado, le escribió pidiendo su socorro. Paradikin nada habia olvidado; pero demasiado generoso, le contestó que á los dos dias le enviaria el socorro deseado.

Al leer Voronitcheff este billete, esperimentó una conmocion que no podia esplicar. Le parecia conocer la letra; y cuanto mas la miraba, mas se fijaba en esta idea. «Esta letra, se decia á sí mismo,

la he visto en alguna parte: ¿pero en dónde? Es la primera vez que me escribe Paradikin, y con todo yo conozco su letra: esto sin duda me señala una época memorable de mi vida.»

Estas ideas habian conmovido de tal modo á Voronitcheff, que estuvo largo rato recorriendo todos los acontecimientos de su vida, creyendo encontrar en ellos el verdadero motivo de conocer la letra de un hombre que no le habia escrito en su vida. De repente, como herido de un rayo de luz, se dirige á su biblioteca, tira de los legajos cubiertos de polvo, que no se habian tocado en tres generaciones; en fin, despues de revolver todos los papeles, y enfadado

ya de no encontrar lo que buscaba con tanta ansia, vió un legajo pequeño atado con una cinta negra: era el mismo que le habia entregado Dorotea, la vieja posadera italiana. Voronitcheff, embriagado de elegría, vuelve á su gabinete. Tenia la instruccion que la Princesa rusa habia dejado á su doncella; compara esta letra con la de la esquela de Paradikin; la letra es igual, y no puede dudarse que está formada por una misma mano. Voronitcheff dió un grito de alegría. «¡Ah! esclamaba, ya estás en mis manos, misterioso Paradikin: la voluntad del cielo me hace árbitro de tu suerte y de tu reposo: te haré pagar bien caro ese reposo.... Este papel hace trai-

cion al sangriento principio de tu fortuna. Voi á ponerte en manos de la justicia y á deshonrar tu vejez. Pero acaso este misterio que acabo de descubrir, podrá servirme para mejorar mi fortuna: no precipitemos nada; procuremos conciliar el odio con el interes personal, mas poderoso aun.

Bajó al jardin para respirar el aire libre; pero encontró que el tiempo era demasiado tardo para ejecutar su plan. Luego que determinó lo que habia de hacer, volvió á su habitacion: demasiado impaciente para despreciar un minuto, pidió un carruage; luego que estuvo dispuesto, mandó que le llevasen en casa de Paradikin. El cochero creyó al principio haber

entendido mal; y luego que se confirmó en lo que habia oido, tomó el camino de la habitacion del hombre benéfico, segun le llamaban algunos, y otros el hombre invisible. En esta ocasion Voronitcheff se aseguró bien para que no se le negase la entrevista que deseaba. Se acordaba mui bien del modo con que fue recibido la única vez que habia ido á su casa. A dos tiros de fusil de esta hizo parar el carruage; mandó á sus criados que le esperasen, y se dirigió por una senda oculta, para no ser conocido. Esta conducia á una puerta falsa de la quinta. Procurando evitar el encuentro de los criados, Voronitcheff entró en la capilla, desde allí subió por una escalera

oculta por donde iba Paradikin á cumplir sus deberes religiosos. Voronitcheff sabia perfectamente la disposicion de la casa por lo mucho que se habia hablado de la estraña vida de su vecino. Habiendo llegado á lo mas alto de la escalera, abre bruscamente la puerta, y se encuentra enfrente de Paradikin, que sobrecogido de esta aparicion, manifestó su sorpresa en su semblante. ¿Por qué habeis cometido la impolítica de forzar mi casa y entrar en ella por sorpresa? ¿Es esto, le dijo, agradecer un favor? Mañana mis criados....—Nada tengo que ver con vuestros criados, dijo Voronitcheff interrumpiéndole: se trata de mayores intereses que los de una miserable cosecha.—

¿No habeis recibido mi carta? — Si, si, sosegaos, he recibido vuestra carta; sin duda el cielo os inspiró para escribirla y para que fuese el instrumento de vuestra pérdida. Paradikin no se admiró de las amenazas de su vecino, conocido en toda la comarca por un hombre violento y altanero. «Salid de aquí, gritó con voz firme; salid al instante; ningun asunto tengo que tratar con vos, y vuestra estraña conducta me dispensa de toda política. — ¡Que salga de aquí! ¡miserable! esclamó Voronitcheff cruzando los brazos sobre el pecho: tú solo debes salir de esta casa que debes á un asesinato, y al robo mas vergonzoso. — ¿Qué pretendeis con una acusacion tan ridícula co-

mo odiosa? Salid de mi casa os digo, ó me hareis atropellar los derechos de la hospitalidad: esta no es digna del que viola de tal modo el asilo de un hombre de bien. — Decid mas bien de un malvado. En cuanto á mi seguridad, no te temo á tí ni á tus criados; y ojalá que estuvieran todos reunidos, les descubriria el crímen y la vergüenza de su amo. — Es demasiado ultrajarme y.... — Silencio, silencio, digo: esa arrogancia no es del caso: cuando lo sepas todo, te postrarás á mis rodillas implorando piedad; yo seré el árbitro de tu fortuna, de tu honor y de tu vida. — ¿Yo implorar vuestro perdon? jamas. Si tuviese la debilidad de temeros, sé mui bien que nada podria esperar

de vos.» Entonces Voronitcheff acercándose á su enemigo, y procurando manifestarse sereno, le dijo en voz baja: «Escucha, Koustroff, porque este es tu verdadero nombre: ¿qué has hecho de la Princesa que te llevó á Italia hace treinta años? No volvió á su patria: ¿qué has hecho de ella? responde.» A estas penetrantes palabras quedó inmóvil Paradikin, y no pudo sustraerse á las terribles miradas de su enemigo la alteracion de su semblante; con todo, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, le respondió: «¿De qué Princesa hablais? yo no he viajado por Italia.
—No, Paradikin no ha viajado por Italia; pero Koustroff, criado de una Princesa rusa, siguió á su Ama

en este viage, y este criado eres tú. — Mis costumbres y mi conducta en esta provincia dan á conocer fácilmente que no he sido criado de nadie; este es un nuevo ultrage. Os repito que me incomoda esta conversacion, y concluiré.... —Eludes mi acusacion, hipócrita: yo voi á responder por ti. Has asesinado á la Princesa en el camino de Bolonia entre la casas de posta de Lagoscuro y Polesella. Tu hermosa casa, tus grandes dominios y todos tus criados han sido el precio de la sangre de tu desgraciada Ama; aunque hace mucho tiempo que la derramaste, aun está clamando contra ti. Yo estuve en el lugar del delito, y allí me lo han contado. La Providencia

me ha elegido para ser tu acusador, y mañana serás citado ante el juez.»

A cada palabra se aumentaba la turbacion de Paradikin: con todo le respondió con una voz débil: «La infame calumnia con que quereis denigrarme, me causa mas indignacion que sorpresa; sabia que erais mi enemigo. Una vana acusacion desnuda de pruebas....— ¡Desnuda de pruebas! esclamó Voronitcheff con la sonrisa de un malvado; ¿y crees que si no las tuviera estaria delante de tí? Koustroff, ¿te acuerdas del postillon que te sirvió en tu delito? Rolando.... Tiemblas al oir esta palabra: reconoce estos caracteres trazados por tu mano culpable.... es la instruccion que dejaste á la doncella de

la Princesa; está firmada por ti. Desde entonces no se ha mudado tu letra: di ahora que no tengo pruebas.» Estas últimas palabras no pudo oirlas Paradikin: al nombre de Rolando, á la vista del escrito fatal, cayó sin conocimiento encima de una silla. El acusador ha triunfado; el desmayo es una confesion tácita del crímen; no quiere llamar á los criados, porque estos destruirian su proyecto. Aplica á Paradikin un poco de vinagre: entreabriendo éste los ojos y conmovido de verse aun tan cerca de su enemigo, apenas puede pronunciar estas palabras: «No me perdais: ¿qué mal os he hecho?»

En el momento mudó de tono Voronitcheff: abandonó su aire de

acusador para tomar el de negociante, que olvidado del crímen y la venganza de las leyes, se ocupa esclusivamente en sus intereses personales.

« Vuestra suerte está en mis manos, le dijo; teneis demasiada penetracion para dudarlo; me suplicais que no os pierda, eso depende de vos. Os dejo la eleccion entre los tribunales, que os impondrán un terrible castigo, y la sentencia de un vecino bondadoso. — ¿ Qué quereis decir? — Lo que podeis entender mui bien; pero no temo esplicarme abiertamente. Hacedme vuestro juez si quereis que desista de la acusacion; someteos enteramente á la sentencia que voi á pronunciar. — ¿ Y cuál

es? — Vedla aquí. La codicia os hizo criminal, y este crímen debe castigarse con un sacrificio de dinero. — ¡Ah! debia haberlo adivinado antes. ¿Y cuál es la cantidad?.... — Cien mil rublos. — ¡Cómo! ¿en qué pensais? Es mas que.... — Nada menos, querido vecino. Es necesario que me entregueis este dinero antes de ocho dias. A solo este precio me comprometo por todos los juramentos que querais, á sepultar en las tinieblas un secreto que he penetrado por casualidad. Quemaré á vuestra vista el mismo escrito que habia de perderos. — Aun cuando quisiera complaceros, este sacrificio sobrepuja á mis fuerzas. — Nada hai imposible cuando se trata

del honor y la vida. Acordaos que el trabajo de las minas es un sacrificio mas penoso que el de una cantidad de dinero. ¡Cuántos criminales serian dichosos, si pudieran comprar á peso de oro la sangre que han vertido! No os pido vuestra fortuna; y seria una locura no admitir una proposicion tan ventajosa.»

En el momento en que Voronitcheff dejó ver su codicia, y que abandonando el semblante de un acusador tomó las maneras de un comerciante, Paradikin empezó á recobrar su tranquilidad, y poco á poco llegó á encontrarse con su energía natural. No intimidándole la presencia de un hombre tan vil, empezó otra vez á defenderse.

«¿Qué hablais, le dijo, de la sangre que yo he derramado? ¿Acaso me he confesado reo del asesinato que me imputais? Sorprendido de vuestras amenazas, y de la altanería que habeis usado conmigo, he podido ceder por un instante á las ideas en que me ha sumergido vuestro aborrecimiento. La inocencia no está libre de un sentimiento de terror. ¿No podré yo sincerarme ante los tribunales de este momento de debilidad que vos creeis una confesion? Decis que teneis pruebas; ¿pero en dónde estan los testigos? los considero bastante lejos de nosotros. ¿Qué importancia podrá darse á la semejanza de letras? ¿No podeis haber fingido mi letra para arrui-

narme? En fin, ¿no confesais vos mismo que hace treinta años que desapareció esa señora? — Ya entiendo el artificio con que intentais defenderos. — ¿Y por qué no? Hablemos con franqueza: creo que Voronitcheff merecerá menos confianza ante el tribunal que Paradikin. — Mui bien dicho: ¿pensais salvaros por la prescripcion del delito? Pero es en vano: vuestra falta es de una naturaleza, que no podrá borrarla el tiempo; está fuera de los límites de la clemencia del Soberano. Mi acusacion va á reduciros otra vez al estado de esclavo; solo por el crímen habeis salido de él. Pensadllo bien; yo soi el único tribunal que puede absolveros. — Y aun cuando yo

quisiera someterme á él, ¿quién me asegura la estabilidad de vuestras promesas?» En este momento, observando Paradikin el semblante de su contrario, encontró en él un aire tan falso, que no dudó mas, y respondió con un tono que confundió á Voronitcheff: «No acepto el contrato que me habeis propuesto; repugna á mi conciencia; diré aun mas: aunque yo fuera criminal y confesára mi delito, mis principios me impondrian la lei de rehusar vuestra oferta; querria mejor sufrir el castigo de la justicia, que agravar mi falta con tan vil especulacion: esta es mi respuesta, y no la cambiaré jamas. Sed mi acusador, presentad pruebas; pero nunca sereis mi juez: no conozco

otros que los establecidos por la autoridad del pais. — Aun no habeis vuelto de vuestro desmayo, y hablais como un loco que corre á despeñarse. Yo estoi mas sosegado, quiero que decidais este asunto con todo conocimiento. Hacedme saber mañana vuestra determinacion; por ella arreglaré mi conducta. Si persistis en vuestra repulsa, si quereis ser vuestro propio verdugo, iré á Petersburgo, os denunciaré al Procurador general del imperio, le contaré la relacion de la vieja Dorotea, le pondré ante los ojos un testigo irrecusable; ademas, buscaré á los parientes de vuestra víctima, y les haré que se declaren contra vos: solo les hablaré de vuestras riquezas, que en

el momento son suyas. Lo veis, no trato de haceros traicion.... ¿No respondeis? ¿Cómo he de interpretar vuestro silencio? — Como una prueba de lo que acabo de deciros. Si me conocierais mas á fondo, sabriais que mis resoluciones son irrevocables cuando me las han dictado mis principios. — Vuestros principios.... Acuérdate de lo pasado. Bien: te concedo 24 horas para deliberar: piénsalo bien: por un lado una vejez honrada y dulce, y por otro la infamia del suplicio: hé aquí lo que te espera: elige.» Al concluir estas palabras desapareció Voronitcheff, y tomó el camino para encontrar su carruage.

Libertado Paradikin de su presencia y del horror que le inspira-

ba, permaneció algun tiempo abismado bajo el peso de su profundo dolor. Una escena tan larga y violenta habia renovado todas sus heridas; los remordimientos, alguna vez amortiguados pero nunca estinguidos, se renovaron con toda su fuerza; acaso eran mas agudos que los sentimientos de terror con que le habia amenazado. Llamando en su ayuda á la religion, bajó al templo, y prosternándose á los pies de Jesucristo, se humilla ante su voluntad divina, que casi nunca consiente que un gran delito quede sin castigo. Implora la misericordia de Dios, y le ofrece lo que ha pasado y lo que tiene que pasar aun. En medio de esta oracion, un torrente de lágrimas vino á desaho-

gar sus tormentos. En breve dejó la iglesia y se sometió tranquilamente al porvenir.

Entre tanto, para esplicar esta resolucion de Paradikin, es necesario volver atras é informar al lector de un personage que no perderemos de vista en lo sucesivo. Veremos, por decirlo así, en un solo individuo dos hombres enteramente distintos. El primero es un esclavo, un lacayo, cuya juventud se vició por las malas lecciones de sus perversos amigos; pero por diferente aspecto fue mas esmerada que la que tienen comunmente los de su clase. Habia aprendido el francés, el aleman, el italiano y los principios de algunas ciencias. Luego que cum-

plió 25 años, esta educacion, superior á su estado, le hizo mirar con horror su abatimiento y esclavitud. Debilitada su fidelidad por la sed de las riquezas, y casi obligado por las circunstancias y la esperanza de la impunidad, cometió un crímen atroz.

El éxito prodigioso de su industria lucrativa le hizo conocer la verdad: el malvado se hizo hombre de bien. «¿Dios mio (se decia muchas veces á sí mismo), siendo tan fácil enriquecerse por medios justos, por qué habré cargado mi conciencia con un peso que me agobia, y que emponzoña todos los placeres de mi vida?» Desde entonces, por una mudanza bien estraña en los perversos, quiso res-

tituirse al honor y á la virtud: desde entonces se hizo un comerciante de buena fe. Observador escrupuloso de todas sus especulaciones, no cometia el mas ligero atentado contra la justicia, y adquirió la estimacion y confianza general. Cuando los particulares tenian necesidad de vender alguna joya, la llevaban á su casa, bien persuadidos de que era incapaz de disminuir la menor parte de su valor. Si se preparaba alguna boda, á él se encargaban los diamantes, y renovaba los aderezos antiguos: en los casos de un precio dudoso, señalaba el verdadero valor; en fin, era consultado como el oráculo de la buena fe. La probidad aumentó mucho mas su fortuna que los de-

litos; y su roce contínuo con los hombres de bien, mejorando sus costumbres, concluyeron por conciliarle la estimacion de todos. Generoso é inclinado á la caridad, como lo son generalmente los rusos, hacia inmensos beneficios á los desgraciados; no esperaba á que implorasen su caridad, él mismo buscaba medios de ser generoso. Lóndres, en donde fijó su residencia, fue el teatro misterioso de su generosidad: sus compatriotas desgraciados eran el principal objeto de sus pesquisas, aunque la prudencia le obligaba á no dejarse conocer por ruso. Habia auxiliado particularmente en los últimos años de su vida á un caballero llamado Paradikin, arruinado hacia mucho

tiempo por los inmensos gastos de sus viages. Conmovido por los actos de beneficencia de Koustroff, y por el cuidado que tomó en aliviar su vegez, Paradikin quiso que su bienhechor abandonase el nombre de Koustroff y tomase el suyo; al tiempo de morir le dejó todos sus títulos y papeles. Desde entonces pensó Koustroff en volverse á su patria, y comprar allí, bajo el nombre de Paradikin, una hacienda en una provincia retirada del lugar de su nacimiento. Habiendo hecho esta adquisicion, el nuevo propietario adoptó un método de vida mui conforme á su carácter: su misantropía era mas bien provenida de amor á la soledad que del temor de ser descubierto. Tal

es el hombre que un malvado quiere arrancar á la soledad y á la veneracion de sus vasallos.

Ya podemos anudar el hilo de nuestra historia, considerando á Paradikin en una situacion casi desesperada. La edad podia haber modificado su carácter; pero nada habia disminuido la viveza de su imaginacion, cuando se hallaba en un peligro inminente, y buscaba un medio de libertarse de él: aunque alarmado por las imprevistas acusaciones de su enemigo, habia ya reflexionado que ningun crédito podia darse á su simple palabra y sus vanas protestas. «Aunque yo consiga á peso de oro (se decia) el escrito que posee, ¿quién podrá garantirme contra nuevos

atentados? A la primer queja de sus acreedores, á la primer pérdida en el juego, renovará sus amenazas; mi fortuna estaria entonces á su disposicion, y cuando llegue á despreciar sus contínuas demandas, me denunciará y me suscitará el proceso criminal con que me amenaza en el dia. En este caso, los últimos instantes de mi vida serán el juguete del furor y la codicia de un libertino; librémonos mas bien de la severidad de las leyes. Tengo en mi favor treinta años de arrepentimiento, y algunas buenas acciones; dejemos obrar al destino.»

Al dia siguiente esperaba Voronitcheff el recado de Paradikin; pero no llegando, despachó á su

Ayuda de cámara con la órden de pedir un *si* ó un *no*, nada mas. La respuesta fue aun mas lacónica: solo contenia un *no*.

El Ayuda de cámara volvió corriendo, y dió fielmente la respuesta. Su Amo se enfurece, ni aun á él mismo perdona; le acusaba del mal éxito de su comision. Le envia en seguida á mandar disponer su viage: Voronitcheff queria partir al dia siguiente; creia que la ligereza de su viage obligaria á Paradikin á admitir las condiciones propuestas. Por la noche fue llamado el Ayuda de cámara á recibir órdenes de su Amo, que se las dió con su dulzura acostumbrada: «Escucha, majadero; y desgraciado de tí si no haces exac-

tamente lo que voi á mandarte. He dicho en todas partes que mi viage va á ser mui rápido, que voi á caminar dia y noche; tú solo sabrás que iré mui despacio. Hé aquí mi itinerario; en él estan todas las jornadas; si Mr. Paradikin, con quien trato un asunto mui importante, me buscase, me enviarás un criado que corra noche y dia hasta encontrarme.»

Al dia siguiente emprendió su camino Voronitcheff, calculó que pasaria á las ocho por la casa de Paradikin; esta era exactamente la hora dedicada á los ejercicios divinos. Ya hemos dicho que la capilla estaba situada á uno de los estremos del castillo; la puerta esterior daba al camino. Voronit-

cheff hizo parar el carruage y entró en la iglesia. Paradikin no lo advirtió, y siguió sus oraciones. En el momento que se acabó la misa, y que se retiraban todos, Voronitcheff, dirigiéndose á Paradikin, le dijo: «Parto al momento para Petersburgo: ¿teneis algunas órdenes que darnos? — Yo solo mando á mis criados; buen viage, y que se cumpla la voluntad de Dios. — Mr. Kous.... Mr. Paradikin quiero decir, puede estar bien seguro que mi único deseo es servirle.» Al decir estas palabras, salió de la capilla y montó en su carruage que se alejó con velocidad. En el camino iba pensando en la serenidad de Paradikin en esta última entrevista: perdió en algun

modo la esperanza de ser llamado; pero no por esto alteró las disposiciones de su viage. Desde entonces el aborrecimiento, que habia estado oculto por la avaricia, recobró todo su poder: se consolaba de la pérdida de cien mil rublos con la idea del castigo que impondrian á Koustroff.

Entre tanto, despues de la marcha de este enemigo mortal, Paradikin quedó sumergido en ideas horrorosas. Sorprendido en la casa de Dios, en el momento en que el alma se desprende de todos los afectos de la tierra para entregarse enteramente á la oracion, habia respondido con dignidad; pero la naturaleza muchas veces es mas fuerte que el caracter. Devo-

rado de inquietud, se dirigió al punto mas alto de la casa, desde donde se veia el camino de la capital: desde allí vió los carruages de su enemigo, cuyas visitas le habian llenado de horror, y hubiera querido detenerle. Su resolucion estaba vacilante; bajó, llamó á sus criados, mandó ensillar el mejor caballo, y un momento despues mandó lo contrario. En fin, avergonzado de manifestar su agitacion, hizo un grande esfuerzo sobre sí mismo: el desprecio que hacia del hombre que procuraba su pérdida, le confirmó en su primera resolucion. Se fue tranquilizando poco á poco, y para no sucumbir nuevamente á sus ideas, salió de su casa, y se internó en lo mas

espeso del bosque, meditando los medios que emplearia para defenderse en su causa.

Sumergido en sus ideas, conoció bien pronto que se habia alejado demasiado: un ruido que oyó en lo mas espeso del bosque, le hizo mirar hácia allá; se disponia á huir, cuando vió que era Gregorio, el Ayuda de cámara de Voronitcheff, que admirado de verle donde no habia acostumbrado jamas, le dijo con un aire de satisfaccion: «Por san Nicolas, M. Paradikin, que si esta mañana me hubieran dicho que encontraria una persona en este bosque, antes hubiera creido que era el gran turco que no vos: despues del fuego en la casa del General en la Pascua de Pentecostés,

no se os ha visto fuera de vuestra casa, en donde vivís como un ermitaño. Dios sabe lo que yo me alegro de veros, aunque vuestra lacónica respuesta de ayer me ha valido un terrible regaño.» En cualquiera otra circunstancia Paradikin hubiera sentido este encuentro; pero en el estado en que se hallaba su alma, esperimentó una especie de consuelo en la presencia jovial de Gregorio, á quien conoció al momento. «Paseaba mui distraido y me perdí; he salido de mis dominios, lo que me sucede bien pocas veces. — Estais en nuestros dominios, señor Paradikin: cuando digo nuestros, escusadme esta libertad, deberia decir del señor Voronitcheff mi amo, que el cie-

lo lleve con bien. —¿Ha marchado? —Sí señor, bendito sea Dios: ¿estaria yo tan contento si no estuviera lejos de aquí? Hablándoos con franqueza, su presencia me hace temblar, y luego que marcha recobro mi buen humor; es como si me descargáran de tres ó cuatro arrobas de plomo que tuviese en el pecho; y no creais que soi yo solo, á todos nos sucede lo mismo. ¡Ah! bien sé que volverá; y entonces ¿qué harémos? Pero no pensemos en eso; ahora soi dichoso, pues que no vendrá en algunos dias. —Es un amo bastante duro.— Es lo mismo que el hierro: sus órdenes son como un martillo que está golpeando sin cesar, y yo soi el que sufre todos sus golpes, como

que las recibo inmediatamente. He conocido personas que abandonan su maldad con el tiempo; pero este jamas. Se levanta y se acuesta todos los dias encolerizado. Estoi por creer que no es hijo de un padre tan bueno como el suyo, y sobre todo de una madre tan santa.—Consuélate, Gregorio, consuélate, no es mejor con sus vecinos que con sus criados.—A fe mia que no sé lo que ustedes tienen entre manos; pero ayer vuestra respuesta, aunque corta, le llenó de rabia.... Temí que me pegaba; no hubiera sido por la primera vez; pero yo no podia decir *si*, cuando vos habiais dicho que *no*. Me llenó de todas las injurias que hubiera querido deciros, como

si me hubierais dado vuestros poderes; pero ¿qué puede haceros? vuestro rango os pone al abrigo de sus persecuciones. —No, mi posicion no le detiene: celoso de mi reposo y de mi fortuna, furioso de haber sido echado de mi casa cuando volvió de sus viages, ha jurado mi pérdida: ¿podrás creer que me acusa de un asesinato cometido hace treinta años á seiscientas leguas de aquí? — Apenas pronunció Paradikin estas palabras, una conmocion terrible se apoderó del semblante de Gregorio; á su aspecto risueño sucedió la tristeza: Paradikin no sabia qué pensar de esta mudanza, cuando el Ayuda de cámara le dijo en voz baja: «Os acusa de un asesinato,

él.... es una palabra que no debia salir nunca de su boca. —¿Qué quieres decir? — Solo la verdad: seguidme, señor Paradikin, nos internarémos en el bosque, y allí buscarémos un lugar solitario; allí podré contaros todo, sin miedo de que me escuchen, á no ser que los árboles tengan oidos. —¿Por qué quieres llevarme tan lejos? — Porque tengo que comunicaros un asunto: no temais nada conmigo; no me parezco á mi amo, gracias á Dios. Veis este instrumento; pues sirve para cortar los árboles para venderlos á un rico empresario: ¡pobres árboles! cortados antes de tiempo pagarán las locuras que va á hacer su amo á Petersburgo. Los trabajadores deben venir por aquí,

y soi perdido si nos ven hablando misteriosamente: mi Amo haria un crímen de esto. — Bien, ya te sigo, respondió Paradikin, convencido de que Gregorio habia recobrado su ordinaria alegría.

Los dos atravesaron el bosque en el mayor silencio. Luego que llegaron al punto donde se dirigian, se sentaron al lado de un arroyo sobre el césped. Entonces el Ayuda de cámara empezó de este modo su relacion: A poca distancia de aquí está situada una casa bastante miserable, en la que habita la viuda de un antiguo oficial. Este era mui querido de los padres de mi Amo. En tiempo de verano venia á casa todos los dias con su muger, y eran tratados como ami-

gos, como parientes. El hijo de mis amos habia sido padrino de bautismo de una hija del oficial, á quien todos amábamos mucho. Mucha generosidad por una parte y mucho reconocimiento por la otra unian á estas dos familias. Diez años despues del nacimiento de esta niña, murieron mis amos casi á un mismo tiempo. Su hijo usó de su libertad para viajar. Su ausencia duró cinco años. Desde mucho antes nuestro vecino habia sucumbido á una larga enfermedad, dejando á su muger y su hija casi en la mendicidad; pero esto no impidió á madama Volkoff, que este es el nombre de la viuda, dar una buena educacion á su hija. Mi Amo volvió, despues de haber

gastado tres ó cuatro años de sus rentas. Al dia siguiente de su llegada fue á visitar á nuestra vecina. Su hija tenia entonces diez y siete años; era hermosa; en mi vida he visto una que se le parezca. Mi Amo no conocia esta niña, á quien habia acariciado muchas veces. A la primera vista se enamoró; pero sus deseos eran impuros, porque es incapaz de amar honestamente. Casi no salia de su casa. Llenaba de regalos á la madre y á la hija. M.ma Volkoff, demasiado virtuosa y sencilla, no veia en todo esto mas que un buen padrino. Con todo, cuanto mas daba, menos le amaban. Machinka, tímida por naturaleza, ocultaba su odio al bienhechor de su familia, con un ai-

re de respeto y reconocimiento.

A pesar de todo esto, mi Amo nada adelantaba. Enfadado de una resistencia con que no contaba, concibió la idea de sobornar á la doncella de la casa. Esta vendió el honor y el reposo de su jóven Ama. Machinka no pudo escaparse del lazo que le tendian. Jamas he podido saber cómo se hizo todo esto: creo que fue una tarde que habia salido la madre. Al dia siguiente cayó mala la desgraciada jóven, y estuvo en peligro bastante tiempo. Por fin se restableció; pero concibió un horror terrible por aquel que habia abusado de su inocencia. Ella queria decírselo todo á su madre; pero se detuvo por las amenazas de su padrino, por la

desesperacion que causaria á M.ma Volkoff, y por el temor de privarla de los beneficios de su protector; por esto calló la terrible verdad. ¡Ah, señor Paradikin! habladme de los ricos: aman á quien quieren, y se casan con quien quieren: en todos los estados es mui mala la pobreza.

Desde este momento tomó Machinka tan bien sus medidas, que jamas pudo su padrino encontrarse solo con ella. Bajo el pretesto de su salud, se acomodó en la misma habitacion que su madre, y andaba siempre tan inmediata á ella como su sombra. Mientras mas huia, mientras mas frialdad mostraba, mas amor concebia su padrino. Es lo que yo he observado

siempre: entre los pobres, si nos aman, amamos aun mas; pero entre los ricos sucede todo lo contrario. Si Machinka hubiera amado á mi Amo, es bien seguro que la hubiera abandonado á los quince dias.

Algun tiempo despues, mi Amo, triste, celoso y desconsolado, hizo un viage bastante largo, y al momento Machinka tomó un poco mas de libertad. Entonces mi Amo permaneció tres meses en Moscou. Entre tanto M.ma Volkoff y su hija fueron convidadas á un baile en casa de un General, antiguo amigo de su padre, que vivia en una ciudad inmediata. Hubo mucha gente, y era la primera vez que la señorita Volkoff se encon-

traba en una concurrencia tan numerosa. Todos decian que era mui hermosa; los jóvenes se quedaban admirados al verla, y se les veia al rededor de ella como andan las mariposas cerca de la luz. Uno de ellos bailaba casi siempre con Machinka; y cuando no bailaba con ella, usaba de mil atenciones con su madre. Este era el mas enamorado, como vereis en adelante.

Las Señoras volvieron á sus casas, y ocho dias despues escribió el General á M.ma Volkoff, pidiéndole la mano de su hija, en nombre del jóven bailarin. El salia garante de su fortuna, que no era despreciable, y de sus escelentes prendas, cosa mas esencial aun.

La madre, contentísima de en-

contrar un partido para su hija, que de ningun modo podia esperar, dió las gracias al General, y le dijo: que con su recomendacion autorizaba las visitas del jóven pretendiente. A Machinka no le era indiferente; se amaban uno á otro. Resolvieron no pedir su consentimiento al padrino hasta despues de obtener el de la familia del jóven.

A su vuelta de Moscou Mr. Voronitcheff encontró mas frialdad en el cariño de su ahijada. Pocos dias despues la doncella de Machinka le puso al corriente de todo lo que habia pasado durante su ausencia. Una osa, á quien acaban de quitar sus hijos, está menos furiosa que nuestro celoso a-

mante. Llenó de injurias á M.ma Volkoff, le echó en cara su ingratitud, la amenazó con oponerse á este enlace, reprobó la eleccion de un hombre, que segun él nada poseia; en fin, declaró con arrogancia que él solo tenia derecho de casar á su ahijada. Despues de haber declarado tan positivamente su voluntad, como si hubiera podido disponer soberanamente de esta familia, partió sin escuchar las reflexiones de la madre, ni conmoverse con sus lágrimas. Machinka no estuvo presente á esta escena; se escondió en el momento que oyó los pasos del caballo de su terrible padrino.

Se pasó un mes sin que mi Amo volviese á casa de la viuda. Cre-

yeron que se habia arrepentido, y que por fin consentia en el matrimonio. Yo, que no era tan confiado, temí siempre algun complot, porque se encerraba mui á menudo con el repostero, que era su confidente, y tenian sus conciliábulos secretos. Me dediqué á observar á este hombre, el mas perverso de cuantos conozco; le encontré muchas veces á media noche en el camino de la casa de M.ma Volkoff, y se dirigia en seguida á la habitacion de mi Amo. Como no se hablaba de ningun delito en la comarca, sospeché que el Amo y el criado trataban de alguna intriga amorosa.

Repentinamente la tristeza de mi Amo se convirtió en una gran-

de alegría; nos trataba con dulzura; esta novedad nos llenó de contento á todos: ¡tan fácil es contentar á nuestros súbditos! ¿quién puede saberlo mejor que vos, señor Paradikin? Vuestros súbditos son mucho mas felices que muchos hombres libres.

Un dia, que era por cierto el de san Miguel, y que no le olvidaré en mi vida, me hizo llamar mi Amo; le encontré solo. Habia andado mucho y estaba cansado: me hizo sentar, lo que no me habia sucedido nunca.

«Gregorio (dijo con un aire de confianza), tú sabes que me opuse fuertemente á la boda de mi ahijada con ese jóven que ha recomendado ese necio General; pero ya

me he informado, y todos dicen unánimes que es un jóven de buena familia; es lo que no podia esperar M.ma Volkoff que nada tiene: en fin, el partido es conveniente, y yo me encargo de todos los preparativos de la boda. Es necesario que vayas al momento á avisarles de mis disposiciones. He sido algo injusto con ellas, y quiero reparar mi falta. Pero como me voi mañana á Moscou, dí á Machinka que es necesario que venga hoi mismo á disponer lo necesario para la boda: esta se hará á mi vuelta. Toma un carruage para que venga tambien M.ma Volkoff; y si se encontrase allí el que ha de ser su esposo, dile de mi parte que acompañe á las damas; espero á los tres.»

Salí de su gabinete mui contento de mi comision, y llegué bien pronto á la casa de M.ma Volkoff. Me sorprendí cuando me dijeron que estaba mala, y que por consiguiente no estaba en disposicion de salir de su casa. En cuanto al prometido esposo, acababa de marcharse á casa del General. A pesar de todo, nada sospeché. Me hicieron ver á la madre; le dije todo lo que me habia mandado mi Amo, añadiendo que sentiria mucho ver solo una persona en vez de tres. A la sola idea de ir en casa de su padrino, Machinka sintió una grande emocion; estaba pálida como la muerte; creí que iba á desmayarse; nos dijo, que quisiera mejor morir qne volver en casa de mi

Amo. Su madre la consoló, y la dijo que debia agradecer las buenas intenciones de su padrino, y que no debia hacer un enemigo del hijo de sus protectores.

Apoyé estas exhortaciones y añadí mis instancias: «Nada temais, dije á Machinka, no me separaré de vuestro lado; quedareis satisfecha de esta visita; mi Amo quiere serviros de padre: ¡oh! está mui mudado. No le indispongais con una repulsa que no perdonará jamas.» ¿Qué podré deciros, señor Paradikin? cedió por último. «Lo quereis, dijo á su madre, no resisto mas. Suceda lo que quiera; será un consuelo para mí haberos obedecido. Vamos, Gregorio, partamos, y que Dios nos proteja.»

En el momento de subir al carruage se buscó á la criada por todas partes, pero en vano; por fin vinieron á decirnos que se habia torcido un pie. Este incidente afligió bastante á su Ama, yo creí que ya no salia de su casa; pero su madre la animó, diciéndola: «hija mia, me lo has prometido.» ¡Ah! pobre jóven, si hubiera sabido la verdad.... pero era lo que tenia que suceder.

Luego que Machinka vió la casa de su padrino, se agarró fuertemente de mi brazo, y me dijo: «Gregorio, en nombre del cielo, no me dejes sola con tu Amo; y si te manda retirar, busca en tu buen deseo un motivo para no obedecerle.» Pronto entramos en ca-

sa, en donde no encontramos ningun criado, lo que nunca sucede.

Al llegar á este punto, interrumpió Gregorio su narracion para observar si le escuchaba alguno, prestó su atencion y conoció que nadie podia observarle. Tranquilo ya con esta diligencia, volvió á tomar su asiento, y continuó de este modo:

Ya habiamos subido la escalera que conduce á la habitacion de mi Amo, cuando á la entrada del corredor se abrió una puerta y se presentó el repostero. «Por aquí,» dijo. Machinka entró: iba á seguirla, cuando dijo él, cerrando la puerta: «Mi Amo os espera; id á recibir sus órdenes.» A estas palabras me miró Machinka, y esta

mirada me llegó al corazon; parecia acusarme de haberla engañado. Quise resistir al repostero; pero me cerró la puerta: todo esto fue con mas celeridad que un relámpago. Fui al gabinete de mi amo; su aspecto me llenó de temor. Ya no tenia aquel aire de bondad que me habia manifestado poco antes; su semblante estaba trastornado, y sus movimientos eran convulsivos: nada me habló de mi viage, y me mandó con dureza que hiciese una relacion de los trabajos que debian hacerse en todo el mes; este era un pretesto con que querian alejarme. Era necesario obedecer; pero al mismo tiempo hice propósito de espiar, si era posible, todas la acciones de mi Amo.

¡Ah, señor Paradikin! cómo me arrepentí entonces de no haber escuchado los presentimientos de esta desgraciada jóven. ¡Ah! los remordimientos que me atormentan con estas memorias, se renovarán á mi última hora. ¿Pero cómo podria yo dejar de ser el juguete de tan detestable hipocresía? Otros mas maliciosos que yo hubieran sido engañados. Desde estos sucesos Mr. Voronitcheff ha obrado siempre á cara descubierta; jamas le he visto tomarse el trabajo de disfrazar sus sentimientos: es imposible hallar reunidos en una sola persona todos sus defectos. Es imposible ser á un mismo tiempo hipócrita y violento, humilde y furioso.

No queriendo que supiesen que podia observarlos, subí á mi habitacion; pero no estuve en ella mucho tiempo. Abrí silenciosamente la puerta y bajé al corredor: en toda la casa reinaba un profundo silencio. Habia advertido á mi llegada, que los trabajadores estaban todos ocupados en la parte mas retirada del jardin. Me acerqué de puntillas hasta el gabinete de mi Amo, y no percibiendo ruido alguno, creí que Machinka habia sido conducida á una sala baja mui retirada, que era el lugar de los conciliábulos. Si mi sospecha era justa, podia hacerme adivinar todo lo que iba á suceder. En vida de mis pobres amos se hacian allí comedias. Mi buen Amo, mien-

tras se lo permitieron sus achaques, iba á ver el espectáculo á un gabinete oculto, colocado como un palco enfrente del teatro. Me oculté en este gabinete sin que nadie me viese; la puerta estaba abierta: no siempre los malvados toman todas las precauciones necesarias para no ser descubiertos: una cortina impedia que me viesen, y me dejaba verlo todo. La sala estaba sola. En ella habia en una mesa vestida con un tapete dos luces encendidas á causa de la oscuridad, porque la única ventana estaba cubierta con las ramas, un sillon junto á la mesa, una silla algo separada: en fin, una escribania y algunos papeles que habia sobre la mesa, daban á todo este

aparato al aspecto de un tribunal secreto. Vais á ver que era uno de ellos.

Al poco tiempo entró mi Amo seguido de Machinka, y mandó al cochero y al repostero que se quedasen en la pieza inmediata. Luego que cerraron la puerta, mi Amo dijo á su ahijada que se sentase, y habló él el primero. La escena que voi á referiros ha quedado de tal modo impresa en mi imaginacion, que puedo contarosla sin cambiar una palabra.

Machinka, ¿ quieres decirme cómo tu padrino, el bienhechor de tu familia, no ha sabido tu casamiento mas que por la voz pública? — Señor, el General nos habia prohibido daros cuenta hasta con-

seguir el consentimiento de los padres: este consentimiento se ha conseguido hace pocos dias, y sin la enfermedad de mi madre ya se os hubiera comunicado. —Pero no estaba mala cuando se le pidió tu mano: la carta del General se me debió remitir el mismo dia, y á mí me tocaba dictar la respuesta: tu madre ha faltado á los beneficios y al reconocimiento que me debe. Como dos locas os habeis entregado en manos de ese hombre, le habeis admitido sin mi consentimiento, temiais sin duda que yo desaprobase una union de amor con un desconocido. — ¡Un desconocido! no lo es ni para el General ni para nosotros; pero antes de continuar tan estraño inter-

rogatorio, permitidme que os diga que me admira todo lo que veo; el lugar en que estamos, el tono de vuestras preguntas, la diferencia entre vuestro lenguage y el que usó Gregorio en vuestro nombre. Solo hubiera creido que me llamabais con el fin de dar vuestra aprobacion para el casamiento ventajoso que se me prepara; y que las incomodidades que nos habeis causado queriais reponerlas, anticipando nuestra felicidad: ¿qué significa esa mudanza repentina en vuestras ideas? — Lo que quiere decir, que tu traicion me ha condenado á una ficcion indigna de mí: he engañado á Gregorio, y hubiera engañado al universo entero, porque todos los medios creia justos con tal

de tenerte en mi poder. Vamos, Machinka, deja esa arrogancia que no conviene á tu situacion: ¿has olvidado la ternura y los beneficios con que hemos honrado á tus padres? ¿No te acuerdas que tu padre al tiempo de morir pidió mi proteccion para su hija?— ¡Ah! no invoqueis este nombre sagrado y querido. El os condena, y os grita desde el fondo del sepulcro: «¿Qué has hecho del inocente depósito que te he confiado? ¡has hecho traicion á todas las leyes del honor! ¡has sido el buitre que devora á su víctima!»—Y por esto mismo ¿no eres tú mas culpable, engañando al que quiere darte su nombre? El ignora que estás en mi poder; pero si no renuncias su mano,

yo mismo iré á desengañarle, iré á librarle de la vergüenza de elegir por muger á la que fue.... — No os tomeis ese trabajo, porque me he adelantado á vos; me lo ordenaba mi conciencia, y he obedecido: con peligro de perder toda la felicidad de mi vida he hecho esta dolorosa confesion. He rebelado mi vergüenza. Mi desgracia, el fervor de mis votos y mis lágrimas prueban á la vez vuestra infamia y mi inocencia.

A estas palabras se encolerizó mi Amo, y yo temí que se precipitaba sobre Machinka como un lobo sobre su presa. ¡Miserable! esclamó con una voz que retumbó por toda la sala, corres á tu perdicion: Sabia que no me amabas; pero a-

mar á otro es un ultrage que debo vengar. — Os estimo lo bastante para no temeros. No abusareis de la confianza con que he venido sola á vuestra casa; me he fiado en vuestra honradez y en las promesas de Gregorio, y las quebrantais con el interrogatorio humillante que me haceis sufrir. Os suplico que me permitais volver á casa de mi madre; ante ella debe concluirse esta conversacion. No olvideis que solo teneis derecho para protegerme y no para perseguirme con todo vuestro aborrecimiento. No os opongais á mi felicidad. — ¡Tu felicidad! ¿y qué me importa cuando este casamiento destruye la mia. Yo querria mejor.... Escúchame: puedo hacer mucho por

tí; pero si desprecias mis bondades, si te resistes á copiar la carta que te voi á leer, no saldrás de esta casa. Machinka, debajo de esta sala hai un lugar en donde nunca penetran los rayos del sol. Si persistes aun en este casamiento, ya has pronunciado tu sentencia. Sí, serás encerrada en él; todo está preparado para recibirte, y....

No me intimidan esas amenazas. El cuidado de vuestro honor y de vuestra felicidad es mas importante que el triste interes de satisfacer vuestro resentimiento. Aunque pobre, ¿me creeis sin apoyo y sin defensores? El General, el Gobernador de la provincia, el.... pero sobre todo, el amor maternal vendrá á reclamarme y rom-

perá mis hierros. Dejadme pues volver á casa de mi madre; abrid vuestra alma á sentimientos mas dulces..

De ti depende quedar libre al momento. Solo exijo de ti que copies esta carta letra por letra: escúchala y decidirás de tu suerte y de la mia.

Entonces M. Voronitcheff leyó rápidamente una carta dirigida al prometido esposo. No me atreveré á decir todo lo que contenia, y solo me acuerdo que era una despedida absoluta. Decia que el temor de desagradar á su madre le habia hecho consentir en el matrimonio; pero que ella no le amaba, y que su corazon hacia tiempo que no era libre. La carta concluia con

una órden formal de no volver á su casa.

Hasta entonces solo habia opuesto Machinka á tan humillantes discursos una noble firmeza; pero desgraciadamente no pudo ya contenerse. Mientras mi Amo, que habia puesto la carta sobre la mesa, la invitaba á que se acercase á copiarla, su ahijada la tomó, la hizo pedazos y la arrojó á sus pies diciendo: «¡Y habeis creido que podria prestarme á tal infamia! — ¡Desgraciada! ¿qué haces? Si yo mismo reclamase el título de esposo: si.... — «¡Vos mi esposo! ¡gran Dios! mas quisiera mil muertes.» A estas palabras pronunciadas involuntariamente, mi Amo furioso de celos tomó un pedazo de már-

mol que tenia encima de los papeles, y lo tiró con fuerza á su víctima que cayó desmayada : la sangre corria por sus rubios cabellos; el mármol habia hecho una profunda herida. Oí un gemido : Machinka no estaba muerta. Su verdugo llamó al cochero y al repostero, y les dijo algunas palabras en voz baja, y se llevaron á Machinka. Mi Amo volvió á sentarse delante de la mesa : se apoyó sobre ella; y ocultando su semblante con las manos, permaneció en esta posicion hasta que volvió á entrar el repostero y dijo con una voz lúgubre : «Ha muerto.» — Todo ha acabado ya, dijo mi Amo. Yo no queria; pero ella ha corrido á su perdicion. Al decir estas palabras, su

semblante era el retrato del terror y la venganza: se paseaba á grandes pasos, mientras que el cochero entró en la sala con un vaso de agua, con las manos llenas de sangre. Los dos tomaron una luz para asegurarse de que no habia quedado ninguna señal del asesinato. Despues apagaron las luces; todos desaparecieron, y yo quedé sumergido en la oscuridad. Salí de mi escondite con el mayor cuidado para no hacer ruido, y tuve la felicidad de llegar á mi habitacion sin encontrar á nadie. Me eché sobre la cama mas muerto que vivo: el horroroso espectáculo de aquella tarde no podia separarse de mi memoria.

Acaso estrañareis, señor Para-

dikin, que yo fuese un mero espectador de un acto tan bárbaro; pero fue efecto de la violencia. Yo no habia previsto la terrible conclusion: el mármol partió como un rayo. Si entonces me hubiera manifestado defensor, ciertamente hubiera sido víctima de un segundo delito sin utilidad ninguna para esta desgraciada jóven. Espiando las acciones de mi Amo, queria saber sus proyectos para avisar á su madre: yo solo temia las amenazas y algunos instantes de prision para hacer que Machinka rompiese el proyectado matrimonio.

Al amanecer del dia siguiente oí el ruido de un carruage á la puerta de casa, abrí poco á poco mi ventana, y ví al asesino que se

marchaba: esto me consoló mucho. Temia que en el primer momento no pudiese ocultarle el horror que me inspiraba. Una hora despues salí de mi habitacion: los criados parecian fuertemente conmovidos; el repostero estaba en medio de ellos. Le pregunté con un aire que queria aparentar indiferente, á qué hora habian llevado á su casa á la señorita Volkoff. «A boca de noche, me respondió; pero por vida mia, Gregorio, que no la volvereis á ver. —¿Qué quereis decir? —Es bien claro, que ha muerto: creo que sois el único que no lo sabe en todo el contorno; el cochero hizo esta avería. Al llevarla en casa de su madre volcó el carruage en el barranco de Oul-

mo, que está lleno de peñascos.; ¡Pobrecita! Machinka se hirió terriblemente en la cabeza, y él se rompió la muñeca: el cochero se levantó, y la Señorita quedó en el sitio. El pícaro nos engañó á todos, nos hizo creer que no habia bebido. En el instante de partir estaba tan firme en su silla, como la estátua que está á la puerta de la iglesia: el miedo de los golpes le tenia fijo en su asiento; pero luego que echó á andar, corria mas que el viento. Mientras que el camino iba derecho, todo iba bien, porque los caballos no habian bebido; pero al llegar á este maldito barranco, no tomó bien la vuelta, se hizo pedazos el carruage, y los caballos se estropearon mucho.

Por todo el oro del mundo no quisiera yo hallarme en el pellejo del cochero; no le arriendo la ganancia cuando vuelva mi Amo.... — ¿Y á dónde ha ido? — ¡Buena pregunta! ha ido á hacer su declaracion al juez. Mi pobre Amo, añadió el malvado con un tono que aumentó mi horror, me causa lástima; se me parte el corazon cuando le miro; Dios sabe si morirá.... ¡Estaba tan contento ayer cuando vió á su ahijada! En dos horas no trataron de otra cosa mas que de la boda y de los preparativos: yo lo oia todo desde lejos. Hicieron la lista de las vajillas y todas las alhajas que debian de comprarse; jamas se hubiera visto boda tan lujosa. Mi Amo debia partir hoi para

apurar todos los almacenes de Moscou. La Señorita le decia mui á menudo : «es demasiado;» y él decia siempre, que nada era bastante. ¡La pobre jóven partió alegre como un pajarito! una hora despues se habia casado ya con la muerte.

Una sonrisa tan traidora como su semblante terminó la relacion del repostero: á pesar del horror que me inspiraba, me fue necesario aparentar que creia esta historia con tanta apariencia de verdad. El General, á quien se habia ocultado el lance, fue completamente engañado: el prometido esposo se desesperaba; pero no podia penetrar el misterio. El corazon de una madre era mas difícil de engañar:

á pesar de las lágrimas y la hipocresía del padrino, M.ma Volkoff concibió violentas sospechas: las denuncias que quiso hacer á la justicia fueron impedidas por una terrible enfermedad. En seis meses desesperaron de su vida; en el delirio de la calentura decia muchas veces que su hija habia sido asesinada, que habia muerto antes de dejar la casa del malvado Voronitcheff. El médico no hizo caso, creyendo que era efecto de la enfermedad; pero la doncella, bastante mal pagada para guardar el secreto, dejó escapar algunas palabras que hicieron mas impresion. Con todo, como no habia acompañado á su Ama, su testimonio no hacia prueba: el del repos-

tero era mucho mas sospechoso; enamorado de una jóven que yo protejo, un dia que estaba borracho la contó la muerte de Machinka; por ella es por quien sé los últimos acontecimientos. La ahijada, aunque gravemente herida, no habia muerto, acaso se la podia salvar; pero temiendo sus acusaciones, é impelido por unos celos furiosos, mi Amo consumó el crímen. Así que, despues de haber sido homicida por furor, fue asesino por reflexion. Desgraciadamente todo se ha ocultado, porque la verdad ha quedado encerrada en casa; no han corrido mas que voces, que se ocultaron á fuerza de dinero. Los meses y los años han venido á socorrer á mi Amo: los

vivos olvidan bien pronto á los muertos : ya no se habla de la desgraciada Machinka ; pero su madre , siempre inconsolable , no pierde ocasion de espresar su resentimiento contra el malvado padrino , á quien no ha querido volver á recibir en su casa despues de la muerte de su hija. La doncella se ha arrepentido de su trato odioso , y ha dicho á M.ma Volkoff to do lo que sabia , lo que ha cambiado su sospecha en certidumbre. Ella queria entablar el proceso; pero bien sabeis , señor Paradikin, que la justicia calla ante la miseria oprimida. Ahora ya conoceis tan bien como yo al que os acusa de un asesinato. Vos solo sois á quien podria hacer esta confianza;

el secreto me ahogaba. El peso que me oprimia se ha aligerado mucho desde que he depositado mi secreto en un hombre generalmente reverenciado. Es lo mismo que si lo hubiera echado en un pozo, estando bien seguro de que si haceis uso de él será sin nombrarme y sin comprometerme.»

Paradikin escuchó esta larga narracion con un vivo interes. Luego que concluyó Gregorio, su oyente guardó silencio por algun tiempo: examinando sus facciones, podia mui bien conocerse que una idea como inspirada agitaba su imaginacion. A poco tiempo salió de su éxtasis para hacer algunas preguntas al Ayuda de cámara. — «¿Y crees, le dijo, que Voronit-

cheff llegará pronto á Petersburgo? —No, no viaja con rapidez; lejos de esto camina mui despacio. — ¿Sabes su itinerario? — Tan perfectamente, que le tengo en el bolsillo. Tomad, esos son los pueblos y las casas de campo en que se ha de detener. Tambien debo deciros, que al mismo tiempo de marchar deseaba vivamente quedarse. Leed mis instrucciones, y vereis que espera ser llamado en fuerza de lo que os ha propuesto: por lo demas, vos lo sabeis mejor que yo. — Bien: ¿pero crees que despues de dos ó tres jornadas, cansado de esperarme aligerará su viage? ¡El deseo de perderme le prestará alas! — No lo creo: el camino está sembrado de casas de

amigos, ó por mejor decir, sus enemigos, que le ganan el dinero, porque desgraciadamente es aficionado al juego; y es capaz de estarse doce horas jugando: añadid la caza, las comilonas, las mugeres, porque mi Amo nada desprecia. Tiempo llegará en que todo se lo rehuse la fortuna. Sus asuntos se pierden miserablemente, señor Paradikin; y si no me engaño, el cambio está mui cerca. Procurad comprarnos, ya que estamos tan cerca de vos: ¡qué felicidad pasar á un santo, saliendo de las manos del demonio! — Bien quisiera; pero ahora es necesario terminar un asunto que llama toda mi atencion. Dime: ¿por qué no ha ido á Petersburgo M.ma Volkoff? — Porque

carece absolutamente de dinero para tan largo viage. — Bien; no te alteres; no abusaré de tu confianza: acaso algun dia podré probarte lo que estimo tus honrados sentimientos. Separémonos: á Dios, mi querido Gregorio, conserva tu honradez y espera en Dios.

Entonces el Ayuda de cámara besó la mano de Paradikin, le señaló el camino por donde debia de retirarse, y él emprendió el de su casa.

Paradikin se encerró en su gabinete, en donde estuvo escribiendo hasta el anochecer. Entonces pidió sus caballos y se dirigió á la casa de M.ma Volkoff, que no estaba lejos de la suya. Esta se admiró, al mismo tiempo que se ale-

gró de la visita de un hombre amado de todos, pero señalado por su misantropía. Despues de algunas palabras generales sobre la cosecha, Paradikin hizo recaer la conversacion en la desgraciada Machinka: al pronunciar este nombre querido, su madre derramó algunas lágrimas; la llaga de su corazon estaba tan abierta como si su hija hubiera sido asesinada el dia anterior. M.ma Volkoff dejó ver su resentimiento contra el autor del delito; se habia disminuido tanto como su dolor. En la relacion de estos acontecimientos no pronunciaba el nombre de Voronitcheff sin añadir el dictado de asesino, como si un nombre no se pudiera pronunciar sin el otro. Paradikin

tomó tanto interes en sus penas, que conmovió vivamente á la desgraciada madre; pero luego que manifestó su sentimiento por no poder reclamar la venganza de la justicia contra el malvado, Paradikin, valiéndose de estos sentimientos, la dijo: «Aun es tiempo, Señora. Si la sangre de vuestra hija fue vertida en el furor de los celos, aun podeis hacer que recaigà el castigo sobre la cabeza del culpable. Pero el camino mas comun seria inútil: necesitais medios mas eficaces para entablar una acusacion que ha sido debilitada por el número de años que ha trascurrido. Vuestras quejas serian lo mismo que voces en desierto. Solo sereis oida á los pies de la Em-

peratriz. Hablad con confianza; Catalina, nuestra madre, os escuchará: la justicia es uno de los atributos de su alma grande.

M.ma Volkoff opuso á este consejo la imposibilidad de hacer un viage costoso. Paradikin habia preparado ya la respuesta: la ofreció dinero, carruage, cartas de recomendacion, y en fin un hombre inteligente que la dirigiese en su empresa.

Hacia mucho tiempo que los habitantes de aquella comarca se habian familiarizado con las acciones generosas del hombre misterioso. La pobre viuda atribuyó esta á un puro sentimiento de caridad, y la aceptó con trasporte; admitió sus ofertas, y manifes-

tó un valor que dió mucha esperanza á Paradikin de concluir felizmente el proyecto que habia ideado. Todo se combinó con aquella prudencia que dirige las grandes acciones. La primera disposicion fue, que el viage habia de emprenderse en la noche del dia siguiente; que se tomaria el pretesto de una visita á una parienta que habitaba en las inmediaciones de Kalonga, y que M.ma Volkoff llevaria consigo á la doncella, cuya declaracion haria llamar á Petersburgo otros dos testigos mucho mas importantes.

Antes de separarse le dió una carta de recomendacion para uno de sus amigos: le encargaba especialmente allanase todos los ostá-

culos que pudieran oponerse á la importante comision que llevaba M.ma Volkoff: la recomendaba, sin esplicar el motivo de dirigirse á la Emperatriz, en el momento mas á propósito de conseguir su pretension. El mismo escribió el memorial en un estilo sencillo y lacónico, é hizo que le copiase M.ma Volkoff. Las pocas palabras que contenia, no podian menos de hacer una profunda impresion en el corazon magnánimo de la Emperatriz.

Unió á esta carta de recomendacion otra para su amigo, en que trataba de asuntos que ninguna conexion tenian con el principal. Todo esto habia escrito Paradikin despues de su conferencia con Gregorio. Concluido esto, se despidió

de la viuda, deseándola buen viage.

Vuelto á su casa, se ocupó absolutamente en dar las disposiciones del viage: eligió un criado de su confianza para que acompañase á M.ma Volkoff; se previno un carruage seguro y cómodo con todas las provisiones necesarias, porque solo debian detenerse para mudar caballos.

Luego que llegó la noche, se dispuso todo. Guiado por la precaucion, Paradikin hizo que su Ayuda de cámara fuese en otro carruage diferente, para volver con velocidad en caso de que se hubiese olvidado alguna cosa, y tambien para despedir á M.ma Volkoff. Cuatro horas despues de haber salido esta espedicion, volvió el Ayu-

da de cámara á dar cuenta de su comision, y entregar una carta de M.ma Volkoff, que sobre poco mas ó menos estaba concebida en estas palabras:

«Voi á marchar al instante: vuestra generosidad lo ha previsto todo, por lo que mi agradecimiento será eterno. El amor de mi desgraciada hija me dará fuerzas sobrenaturales: no perderé un instante: con la ayuda de Dios y vuestra bondad espero salir bien del asunto. Obteniendo el castigo del culpable, á lo menos detendré sus maldades: esta idea me es mas lisonjera que la venganza; es honrar la memoria de mi pobre hija.»

Paradikin, satisfecho de su increible actividad en las últimas

cuarenta y ocho horas, se entregó de nuevo á sus acostumbradas ocupaciones, dejando enteramente el éxito en manos de la Providencia.

Acaso causará admiracion que un pecador convertido piense en librarse del castigo de un delito por una acusacion: un verdadero cristiano debia esperar con humildad y resignacion el castigo del cielo. Pero ¡cuán rara es esta piedad firme y profunda que cambia en delicias todas las pruebas que el cielo nos envia! Nuestra conciencia tiene mil modos de eludir la perfeccion religiosa y moral. Paradikin, auxiliando á una madre desgraciada con los medios de vengar la muerte de su hija, podia creer que hacia un acto de jus-

ticia, y un servicio mui señalado á toda la provincia, al mismo tiempo que se libraba de un enemigo como Voronitcheff.

Entre tanto es necesario que la imaginacion de nuestros lectores corra una distancia de mas de doscientas leguas, para trasportarse al supremo consejo en el palacio de San-Petersburgo. En él entran sucesivamente los Consejeros privados, entre los cuales se distinguen algunos viejos Generales, cansados de vencer en las batallas, y que han dejado las armas para ejercerse en las penosas funciones de la magistratura. Pronto se presenta el Procurador general del Estado, que pone encima de una mesa una cartera con multitud de pa-

peles mui interesantes para el Estado : todos le saludan; Ministro de la justicia y Presidente nato del Senado, se coloca en su asiento al lado del destinado para la Emperatriz.

Los señores rusos de esta época, ya entregados á las frivolidades de la civilizacion lo mismo que á los grandes cuidados de la política, se entretenian mientras esperaban á la Emperatriz, con anécdotas de la corte y de los teatros. Asi se entretuvieron un rato, hasta que el relox de palacio dió las diez. Esta era la hora de silencio; la escena va á cambiar; Catalina era tan exacta como Luis XIV, ese modelo de los grandes.

Las puertas se abren; anuncian

la llegada de la Emperatriz : la siguen algunos personages; saluda á los Consejeros que ya se hallan ocupando sus asientos : bien pronto desaparece el séquito, se cierran las puertas y empieza el consejo.

Mas esta vez una nube espesa oscurece el semblante de la Soberana : habla; pero su voz turbada hace traicion á los sentimientos que no puede espresar : los Consejeros esperan con un silencio respetuoso el momento en que la Emperatriz les haga depositarios de las inquietudes que la agitan.

« Señores, dijo despues de haber meditado un rato, no es necesario que se habra hoi esta cartera; suspendamos las ocupaciones ordinarias; dos asuntos, y los dos

importantes, nos esperan; ocuparán nuestra imaginacion, y será imposible fijarla en los negocios del Estado.

«Al salir de la capilla, una muger se echó á mis rodillas, esclamando: «¡Justicia, justicia! mi hija ha sido asesinada, hace cuatro años que se cometió este delito, no se ha castigado aun al delincuente.» Conmovida estraordinariamente por el grito maternal, hice levantar á esta muger, cuyas desgracias se manifiestan en su semblante; la exhorté á que tuviese confianza, y la aseguré que serian oidas sus reclamaciones. Mi palabra es sagrada, y me ayudareis á cumplirla. Mientras que por un abuso deplorable ha dormido la

justicia por espacio de cuatro años, es necesario que al despertar sea tan rápida como el rayo. El memorial de esta madre desgraciada nos da á conocer dos hombres, cuyo testimonio es mui importante en un asunto envuelto en las tinieblas; es necesario que estos hombres sean llamados al instante, y que comparezcan ante nuestros tribunales.»

El Procurador general se levanta y recibe de manos de la Emperatriz el memorial de M.ma Volkoff, diciendo: «Señora, al salir de palacio enviaré las requisitorias convenientes al Gobernador general de la provincia de Kalonga, y dentro de pocos dias tendré el honor de presentar á V. M. la causa





Saint Ernest !! Celia !! que dicha !!!
que placer !!!.

que se haya formado, con las declaraciones de los testigos designados, y de anunciarle la prision del culpable. La Emperatriz hizo una ligera inclinacion de cabeza á su ministro en señal de aprobacion, y pasó al otro asunto.

«Los sucesos dichosos ó desdichados nunca van solos: esta reflexion se ha hecho repetidas veces. Esta mañana he recibido una carta que me ha admirado muchísimo; jamas he visto un escrito mas estraordinario; contiene la revelacion de un asesinato. Pero, señores, no quiero debilitar la sensacion que vais á esperimentar; el lenguage del que se acusa á sí mismo es mui superior á todo lo que yo puedo espresar.»

El Ministro tomó la carta, y leyó lo siguiente:

Madre augusta de los rusos:

«El mas culpable de vuestros súbditos se pone á los pies de V. M. para revelarle sus delitos. La Princesa S...., descendiente de los antiguos Boyardos, mi ama y mi protectora, ha sido asesinada por mí mismo hace treinta y un años en un bosque de Italia. Ha perecido por los sentimientos mas bajos de codicia. Yo descubro á V. M. los pormenores de esta horrorosa muerte: mi mano trémula se rehusa á trazar un cuadro tan horroroso. Los remordimientos me han castigado terriblemente; pero no

la fortuna. Despues de mi crímen he amontonado grandes riquezas: estas las he adquirido honradamente; pero detesto su orígen ensangrentado. Me tomo la libertad de dirigir á V. M. una copia de mi testamento, depositado hace diez años en poder de un escribano en el pueblo de mi nacimiento. La disposicion que hice de mis bienes, prueba que no he aguardado á la vejez para arrepentirme. Los productos de mi delito pertenecen de derecho á los herederos de mi desgraciada Señora, porque creo que esta ilustre familia no se ha estinguido aun. En cuanto á los frutos de una vida activa y laboriosa, los dejo al hospital de Kalonga. Pero estos últimos de-

seos de un anciano solo tendrán éxito si V. M. se digna aprobarlos. Desde el momento en que yo mismo me acuso, nada es mio; no puedo disponer de mis bienes ni de mi vida. Hasta ahora me he sustraido al rigor de las leyes y á la infamia pública; pero mi alma no ha podido alejar de sí los remordimientos; he vivido y he envejecido con ellos: el tiempo que todo lo concluye, no ha podido ni aun debilitarlos; me devoran todavía, me persiguen dia y noche. Este suplicio que estoi sufriendo hace treinta años, ofrezco con humildad al Todopoderoso, como una pequeñísima expiacion de mi pecado. Pero ¿nada deberé á la justicia de la tierra? ¿y el cielo podrá aprobar

este silencio? Esta duda es horrorosa. ¿Puedo esperar la muerte sin temor, si continuo sustrayéndome á la venganza de las leyes? Quiero sustraerme, arrojándome á los pies de V. M. Su sentencia me encontrará en el asilo en que oculto mi dolor, y en donde he disfrutado algunas veces el consuelo de hacer bien. Recibiré, Señora, con un profundo respeto las órdenes de V. M., cualquiera que sean. Si el alma magnánima de V. M. no me juzga indigno de perdon, despues de esta confesion voluntaria, los instantes que me restan de vida, serán consagrados á bendecir á nuestra madre comun: si ordena mi castigo, lo sufriré con tal resignacion, que acaso aplaca-

rá la misericordia divina:

Paradikin.»

«Y bien, señores, dijo la Emperatriz, ¿no os admirais de la estrañeza de este escrito? ¿No os parece inaudito este arrepentimiento? Los escritos que menciona estan sobre esta mesa, juntamente con una multitud de cartas de los gobernadores y vice-gobernadores, y de varios vecinos de Paradikin: todas estas cartas son otras tantas pruebas de la beneficencia y caridad de este hombre estraño. En fin, si echamos un velo sobre el delito de que él mismo se acusa, veremos que su vida es una larga cadena de acciones nobles y generosas. Tenia mucho que reparar,

y el cuidado de pagar esta deuda inmensa ha sido su único deseo. Ya veis, señores, con qué atencion he examinado todos los papeles que acompañan al que acabais de oir: desde el amanecer no he hecho mas que meditar la determinacion que debemos tomar: arrodillada al pie de los altares, solo he pedido á Dios, que ilumina á los reyes, que inspirase á su humilde sierva en tan difícil asunto.»

«Un crímen atroz se ha cometido en el reinado de la Emperatriz Elisabeth, de gloriosa memoria; la familia de la víctima y las leyes no se han vengado aun; el delincuente permanece sin castigo. Pero, señores, ¿no hemos de atender al largo tiempo que ha

trascurrido, y á la grande distancia que nos separa del lugar del delito, cometido en un estado diferente del nuestro? Sin la confianza inaudita del delincuente, su delito estaria aun envuelto en las tinieblas; su secreto moriria con él. ¿Haremos levantar el brazo de la justicia sobre un anciano que se entrega á nosotros por la penitencia, y con pruebas tan patentes de mil acciones virtuosas? ¿No creeis como yo, señores, que está libre de la justicia de la tierra, y que solo pertenece á la justicia y misericordia de Dios? Dejo estas consideraciones á las luces y esperiencia de mis fieles Consejeros: los Soberanos pueden equivocarse en su clemencia, asi como en su justi-

cia; hacedme conocer la verdad, su voz nunca fatigará mis oidos.»

Un silencio de aprobacion sucede al discurso de Catalina. El Gobernador general echó una ojeada sobre la asamblea, y dijo levantándose: Señora, mientras mas miro al rededor de mí, mas me aseguro de ser el órgano de la voluntad general del Consejo, rindiendo el debido homenage á la profunda sabiduría que ha desplegado V. M.: Paradikin está evidentemente en el caso de la prescripcion; su declaracion espontánea, su buena conducta, atestiguada por todas las autoridades superiores, le hacen digno del acto de clemencia que le prepara el magnánimo corazon de V. M.»

Concluido este discurso, se levantó un Consejero, y dijo: «Señora, si V. M. me permite añadir mi testimonio á los que apoyan la causa de Paradikin, diré que este hombre singular no me es desconocido. Cuando V. M. se dignó nombrar á mi hijo para el gobierno de Tonla, descansé algunos dias en una ciudad inmediata á las posesiones de Paradikin, y allí oí hablar de él. Despues de haberme detallado la originalidad de este personage, me hablaron con entusiasmo de su incomparable caridad, y de su deseo de servir á sus vecinos. Algunos rasgos heróicos han quedado aun en mi memoria; asi es, que veo con grande complacencia que V. M. se incline á

hacer brillar los rayos de su clemencia sobre la cabeza de este anciano.

Entonces la Emperatriz pronunció estas palabras: «Gozosa de poder apoyar el dictámen de mi conciencia con el de los miembros de mi Consejo, digo con una verdadera alegría, que la sentencia será á la vez clemente y justa: sí, señores, vamos á dictarla: queda perdonado.»

Estas palabras, pronunciadas con una voz que indicaba el placer de perdonar, conmovieron al auditorio; y por un movimiento tan estraordinario como la causa que se acababa de determinar, todos los miembros del Consejo aplaudieron el decreto de la Sobe-

rana. Esta accion, contraria á las formalidades de los gabinetes, halaga el corazon de Catalina, se levanta sonriéndose, se abren las puertas, desaparece, y se separa la asamblea.

Nos resta aun hablar del viagero que dejamos en el camino de Petersburgo; su viage fue tan lento como habia dicho Gregorio: por todas partes encontraba amigos; los placeres le enagenaban de tal modo, que le hacian olvidar el objeto de su viage. Los rusos se fastidian con facilidad de los placeres del campo, y agradecen estraordinariamente las visitas de los que van á distraerles por algunos dias de la monotonía de la familia. Todos los dias forman nue-

vos proyectos para el siguiente; convidan á todos los vecinos: la caza, la pesca, los conciertos en el campo, ó á la sombra de los árboles; los festines, las carreras de caballos, los fuegos artificiales; todo se pone en movimiento para divertirse, y para manifestar la magnificencia de los propietarios. Voronitcheff, permaneciendo muchos dias en estas diversiones, conseguia dos objetos: el mas principal y que debemos contar por primero, el de divertirse; y ademas, el de dejar tiempo á Paradikin para reflexionar y prepararle los cien mil rublos. Todos los dias preguntaba cuidadosamente si habia llegado algun criado suyo; pero cada vez se disminuia notablemente su es-

peranza: el deseo de apoderarse de una suma, que era tan necesaria para restablecer su fortuna ya vacilante, se aumentaba; pero decaia su esperanza. Algunas veces se arrepentia de haber obrado con demasiada ligereza. Poco á poco fue consolándose, porque se ofrecieron á su imaginacion algunas ideas encantadoras. Habia ganado en el juego, contra su costumbre, en los lugares en que habia estado; su bolsillo iba lleno del dinero de aquellos mismos que le habian tratado con tanta ostentacion.

Voronitcheff entró en Petersburgo mui contento con estas ganancias, como destinado á representar un papel importantísimo.

Mi grande capital, se decia á sí mismo, hará prodigios estraordinarios: seré el hombre de moda. Todos dirán al verme: «este es el hombre cuya sagacidad supo descubrir un crímen envuelto en las tinieblas de lo pasado.» Apenas entre en cualquier tertulia, me veré rodeado y preguntado por todas partes; atraeré sobre mí la atencion de todos. Yo cuento tambien con la confianza del Ministro: mi revelacion me va á hacer su confidente: *el ojo del imperio* (1) me mirará amistosamente cuando le en-

(1) Así llamaba Pedro el grande al Procurador general del Imperio, Presidente del Senado.

tregue los fundamentos de una causa tan célebre.

Tales eran las risueñas ideas de nuestro viagero cuando sus carruages entraron en la fonda de Europa á donde paraba ordinariamente. Luego que llevaron su equipage al cuarto que se le habia destinado, el celoso defensor de la moral pública, no queriendo detener mas su acusacion, escribió él mismo una esquela pidiendo audiencia al Ministro; no tardó en volver la respuesta: se le concedió la licencia, y se señaló la hora de las nueve de aquella misma noche. Voronitcheff, gozoso de esta prontitud, la atribuyó al prestigio de su nombre, que creia mui conocido. Luego que dieron las siete, empe-

zó á vestirse. Se puso un vestido todo bordado, como si hubiera querido sorprender la vista del Ministro antes de cautivar su atencion con su trágica aventura. Despues de esta operacion subió en su carroza de cuatro caballos, y se encaminó á la casa del Ministro, lleno de vanidad y orgullo, como si fuera á la conquista de una provincia.

No pudo quejarse de la antecámara, porque apenas fue anunciado, le introdujeron en el gabinete del Ministro; entró con la confianza de un hombre que va á hacer un señalado servicio. Puede creerse mui bien que no se olvidaria ni de la esquela de Paradikin, ni de la instruccion que le dió la vieja posa-

dera. Comenzó su discurso con el orgullo y vanidad de un necio. Demasiado entretenido con su relacion, no tuvo tiempo de observar la fisonomía del Ministro, que á pocas palabras le interrumpió diciendo: «Todo eso lo sabia ya; no teneis que molestaros en repetirlo. —¿Pero cómo podeis saber una cosa que nadie sabe, y que yo solo en todo el mundo, yo.... —Pero si la persona que acabais de acusar se hubiese anticipado á vos acusándose él mismo, si hubiese revelado su crímen sin ocultar nada, yo creo que este testigo seria suficiente, y nos dispensaria de cualquier otro. Pues bien: lo que acabo de deciros como una suposicion, es la realidad. El culpable,

antes de ser juzgado por los tribunales, se ha acusado, como mejor instruido que sus acusadores; y así es inútil oiros en una cosa juzgada ya. — ¡Juzgada ya! y me atreveré á preguntar á vuestra Alteza qué castigo se impuso á ese miserable.... — El de permanecer tranquilo en su casa, y de continuar honrando su vejez con sus acciones generosas y su noble arrepentimiento. — Señor, veo con dolor que M. Paradikin, ó por mejor decir, el lacayo Koustroff ha sorprendido la integridad de sus jueces con su hipocresía. — Creeis mui mal: dejad de ultrajar al que está bajo la proteccion de las leyes por un acto de clemencia dimanado del trono: S. M. la Emperatriz ha pronunciado

el perdon de Paradikin : las órdenes se han despachado ya y cumplido en los tribunales superiores de la provincia.»

En este punto el semblante de Voronitcheff manifestó toda su desesperacion ; sus palabras estaban de acuerdo con su semblante, y dijo al Ministro : «En ese caso, siento mucho haber incomodado á V. A. Se dispuso á partir haciendo un saludo mucho menos profundo que el de la entrada, cuando le llamó el Ministro. Este se habia distraido algunos instantes con la seguridad del denunciador. «Una palabra, le dijo : no lo hemos hablado todo aun : vos que mostrais tanto horror por los delitos, vos que teneis tanto deseo de que se haga jus-

ticia, y que se castigue un delito tan antiguo, meted la mano en vuestro pecho, y decid: ¿no os remuerde la conciencia? ¿no sois el autor de un delito mucho mas reciente? — ¿Yo, Señor? — ¡Vos! ¿qué habeis hecho de Machinka, de la señorita Volkoff, de vuestra ahijada? responded.

A esta pregunta imprevista se turbó Voronitcheff, y apenas acertaba á responder: el Ministro repitió la pregunta. El acusador se convirtió en acusado; y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, y afectando una tranquilidad que no tenia, respondió: «Señor, la señorita Volkoff murió de resultas de una caida de un carruage: este hecho es notorio; un cochero que la

conducia á su casa, estaba borracho cuando.... —Ya basta, vais á repetirme la mentira con que cubristeis el asesinato: estoi mejor informado; sé todos los motivos que prepararon la catástrofe. Vuestra ahijada, queriendo sustraerse á vuestras persecuciones, pagó con su vida su justa resistencia. Murió en vuestra casa: vuestra mano dió el primer golpe; y cuando podia escapar de la muerte, vuestra barbárie hizo dar el último á vuestra desgraciada víctima. Dos criados...— Señor, creedme, es una abominable calumnia: invoco el testimonio de M.ma Volkoff; hace cuatro años que murió su hija; jamas ha tenido la idea de acudir á los tribunales. — Y bien, ella misma os acusa; ella

reclama el rigor de las leyes sobre la cabeza del asesino de su hija.— Tal acusacion, despues de tanto tiempo, no debe inspirar confianza. Yo presentaré para defenderme las declaraciones de mis criados; ellos proclamarán mi inocencia. Mandaré que vengan aquí. —No os molesteis; han llegado ya: os sorprendeis, lo creo: han pasado muchas cosas despues de la salida de vuestra casa. Vuestros criados fueron preguntados separadamente; su testimonio no ha variado. La criada de M.ma Volkoff, cuya fidelidad sobornasteis vos, os condena tambien. En fin, todas las pruebas patentizan vuestro delito. Hace diez dias que os busca la policía; pero os habeis adelantado á

ella. Mañana aparecereis ante el tribunal; si la justicia es alguna vez indulgente con el culpable arrepentido, se muestra inflexible y pronta con aquel, que violando los principios mas sagrados, une al crímen la insolencia y la audacia.

Seria difícil pintar la conmocion de Voronitcheff; quedó helado ante un juez severo, cuyo acento le hacia mas terrible: cuando supo que los testigos y actores de la tragedia de Machinka estaban prontos á confundirle, sus piernas no pudieron ya sostenerle, y se vió precisado á sentarse; y por un movimiento involuntario buscó la silla mas retirada del Ministro. En el momento dió este una palmada,

se abrió la puerta, y se presentó un oficial con cuatro ministros de policía. «Conducid al Señor á la fortaleza, dijo: ya he avisado al Gobernador, y le recibirá al instante.»

Al retirarse Voronitcheff, maldecia en su alma el momento en que habia jurado la pérdida de Paradikin: la idea de que habia salido salvo de una prueba tan terrible, aumentaba su rabia.

En este punto termina nuestra relacion: no seguiremos al culpable á los tribunales, ni á los desiertos de la Siberia, adonde fue á expiar su pena. Los dos cómplices fueron condenados á trabajar en las minas por toda su vida, y se libertaron de la muerte por la

consideracion de ser súbditos.

La Emperatriz mandó, que antes de pagar á los muchos acreedores de Voronitcheff, se dedujese una pension de mil y quinientos rublos, aplicada á la madre de Machinka.

Paradikin compró la libertad de Gregorio, y le tuvo en su casa mas como amigo que como criado. El hombre misterioso no era ya un enigma para sus vecinos. La publicacion de su delito le hizo aun mas solitario. Sobrevivió quince años á su perdon, y continuó siempre edificando á sus vecinos por sus buenas acciones y su piedad sincera.

Estas terribles historias no se han borrado de la memoria de los

hombres. En las penosas noches de invierno las cuentan los rusos aun á los estrangeros, con el título de *los dos Crimenes*.

Mi suerte está ya para siempre asegurada, decia Saint-Ernest una mañana que se paseaba solo en un sitio retirado de las Tullerías. Con las cien mil libras de renta que disfruto, compro una magnífica casa, que sea al mismo tiempo de utilidad y de recreo, no mui grande, pero sí bien distribuida, con un gran salon, donde puedan darse dos bailes cada mes; una sala de villar y un buen jardin con su pequeño cenador de rosas y ma-

dreselvas, rodeado de un banco de césped. La adorno con muebles elegantes, pero sencillos y cómodos. Compro ademas un coche de moda con cuatro caballos; tomo cochero, ayuda de cámara, postillon, cocinero y aun una doncella, porque pienso casarme. Entonces sí que seré dichoso. Luego que haya arreglado mi casa y mis criados, meto un dia mis títulos en el bolsillo, subo á mi coche y mando que me lleven á la casa del padre de mi querida; de mi Celia. Llego, y me dicen que ha salido. Celia está sola; sin embargo subo, y oigo que toca el harpa: su voz encantadora hace resonar en mi oido el romance que compuse espresamente para ella: entreabro

poco á poco la puerta para ver y no ser visto : en esto deja de cantar y suspira. Pobre Saint-Ernest, dice, cuán entrañablemente te amo, y cuánto padezco por no poder decírtelo.

Al oir estas palabras no puedo resistir mas. Precipitarme á sus pies, coger una de sus manos que en vano intenta retirar, ofrecerla mi corazon, decirla que la adoro, que soi rico y que vengo á poner á sus pies mis bienes y mi mano, es obra de un solo instante. Ella se sonrie, me ayuda á levantar, y yo me tomo la libertad de imprimir en sus labios el primer sello del amor. Su padre llega entonces y se sorprende de verme al lado de Celia. Señor, le digo sin darle

tiempo para recobrarse de su admiracion, soi dueño de cuantiosos bienes, como podeis ver en estos papeles que os presento: yo adoro á vuestra hija, os pido su mano, y de vos ¡ah! depende mi felicidad ó mi desgracia. El padre de Celia lee mis títulos de propiedad; y apenas se convence de que es cierto lo que le he dicho, coge la mano de su hija para ponerla en la mia, y nos dice: «Hijos mios, sed felices.» Celia y yo nos arrojamos á sus brazos poseidos de un placer puro y sin mezcla de inquietudes... Inmediatamente se empiezan los preparativos de nuestra boda, y á pocos dias somos esposos. Bien pronto formamos una sociedad de verdaderos amigos, que hace toda

nuestra dicha, y esta llega á su colmo con el nacimiento de una niña, vivo retrato de mi esposa adorada: ¡qué felicidad! tengo en mis brazos á mi muger y á mi hija; las estrecho contra mi corazon, las....

Aqui llegaba Saint-Ernest, cuando creyendo realidad lo que ideaba, abre los brazos para recibir en ellos los objetos que le pintaba su imaginacion, y hé aquí que se halla cara á cara con un hombre mui grueso, sorprendido de verse tan estrechamente abrazado que apenas podia respirar. En verdad, esclamó luego que pudo desasirse de Saint-Ernest, que si los abrazos que das á tu muger y á tu hija son como este, dudo que puedas repe-

tirlos á menudo. ¡Ah, Señor! perdonadme, le dijo Saint-Ernest: no os habia visto. Ya lo he conocido, replicó el Caballero grueso; y ciertamente que eres mui digno de escusa, puesto que tienes una muger encantadora, una hermosa hija y una fortuna mas que suficiente para hacer su felicidad y no depender de nadie. —¿Qué quereis decir con eso? esclamó Saint-Ernest: os engañais mui mucho; pues que no soi casado. — ¡Cómo! ¿no eres casado? dijo el hombre grueso: ¿y Celia? — ¡Celia! ¡ah! la adoro.— ¿Sabes, amigo mio, que no es proceder como caballero abusar de la confianza de su padre? —¿Qué padre? —¿Cuál ha de ser? el de Celia. Escúchame, soi franco: si fue-

se rico y amable como tú, y tuviese una hija de esa interesante muger, digna de ti por todos títulos, me casaria con ella, aunque no fuese mas que por dar una satisfaccion á su buen padre, á quien has engañado. Sigue mi consejo, y lo pasarás bien. —A fe mia, Caballero, respondió Saint-Ernest riéndose, lléveme el diablo si entiendo una palabra de cuanto acabais de decirme. — Es de ti, de quien hablo. —¿De mí? — Sí, sin duda: una hora te he estado escuchando, y tú mismo me has dicho que tienes cien mil libras de renta; que has comprado un palacio y un coche, y que fuiste á visitar á tu Celia, la cual estaba tocando y cantando un romance que tú com-

pusiste para ella. — La risa de Saint-Ernest se aumenta. — Pues no sé que nada de lo que he dicho sea digno de risa, replicó el hombre grueso. — Decidme, Caballero, continuó Saint-Ernest: ¿no os reiriais vos tambien, si supieseis que de todo cuanto habeis oido, solo es cierto el amor que profeso á la amable Celia? — No alcanzo qué pudiera moverte á decir lo que has dicho, si no fuese cierto. — Hacia lo que se llama castillos en el aire, respondió Saint-Ernest. — Esplícate. — Quiero decir, que no pudiendo ser feliz en la realidad, pinto mi dicha en mi imaginacion. — ¡Ah! entiendo: con que las cien mil libras de renta, el palacio, la boda, la hija.... — Quimeras que una

dulce ilusion ha inventado para hacerme feliz por un momento.— A la verdad, dijo el hombre grueso, que he tomado cierto interes por tí, á pesar de tus quimeras: tienes la fisonomía de un jóven galante, y siento que mis bienes sean tan escasos, que no me permitan hacer algo en tu obsequio y en el de Celia. Soi Ayuda de cámara de un Grande que solo me paga mis salarios, y ojalá que la amistad de un pobre diablo te fuese gustosa.— A fe mia, le respondió Saint-Ernest, que por la singularidad del caso yo la acepto, y os aseguro por mi parte, que vuestra figura me ha prevenido tambien en vuestro favor: os protesto que soi tan pobre diablo como vos. — Pues bien, di-

jo el hombre grueso, puesto que somos amigos, te diré, para empezar á darte pruebas de mi amistad, que me llamo Nicolas; que me he ocupado en todos los oficios, recorrido todos los paises, y sacado por consecuencia la verdad del proverbio, que dice: «piedra movediza, nunca moho la cobija.» Soi en el dia tan pobre como antes de emprender mis viages; pero conservo mi buen humor y mi salud, que es lo principal: por lo qué hace á la fortuna, me burlo de ella, y paso la vida cantando porque no temo perder lo que no tengo.

—Pues yo, dijo Saint-Ernest tomando la palabra, soi hijo de un militar llamado Saint-Ernest, Ca-

pitan del regimiento de Vermandois, de quien no heredé otra cosa al tiempo de su muerte, que un nombre sin tacha, recomendable por la escrupulosa probidad que le distinguió toda su vida. He podido conseguir un miserable destino de mil doscientos francos, que apenas me alcanzan para poder vegetar como vegetan otros. He entablado amistad con una jóven rica, hermosa, amable y de mucho talento, á quien he visto diferentes veces en casa de una amiga: he usado con ella el lenguage con que se habla á las hermosas, y no me ha despreciado; pero aunque me he atrevido á darla algunos romances compuestos por mí espresamente para ella, luego que supe que era aficio-

nada á la música, no tengo aun el permiso de ir á su casa, porque es huérfana de madre y no recibe visitas.

Al paso que vas alabando á esa jóven, dijo Nicolas, concluirás con decirme que es una muger perfecta. —Nada menos: paso el tiempo en adorarla en silencio, y en construir castillos en el aire. Me figuro que soi rico, noble, duque, príncipe, rei, y todo esto para poner á sus pies mi fortuna y mi corazon. —En verdad que tú debias estar en la casa de los locos. —No sé por qué dices eso, pues mi locura, al paso que á nadie hace mal, á mí me hace dichoso. Si vieseis á mi Celia, os pondriais tan loco como yo. —Eso no puede ser, por-

que de mi cabeza blanca no debe temerse semejante cosa. ¿Y cómo se llama el padre de tu querida? — Mr. Celler. — ¿El banquero? — El mismo. — ¡Diablo! ¡es un hombre mui rico! Pobre jóven, ya veo que estás condenado á construir toda tu vida castillos en el aire. Pero ¿quién sabe si llegarás á realizar algun dia lo que hoi solo es una quimera?

Dieron las diez, y Saint-Ernest dijo á Nicolas, que no podia estar mas tiempo con él, porque era ya la hora en que tenia precision de ir á su oficina. Amigo mio, le dijo Nicolas, la amistad que yo empiezo es para que dure siempre: ¿cual es tu oficina? iré á buscarte á ella, para que comamos jun-

tos. — Con mucho gusto, le respondió Saint-Ernest: estoi en el Ministerio de la Guerra, y á las cuatro y media nos reuniremos, si gustais, en el Puente Real. — Sí, á las cuatro y media. Al decir estas palabras, Nicolas apretó la mano á Saint-Ernest y le dejó tomar el camino de su oficina, mientras él tomaba otro diferente.

Saint-Ernest iba reflexionando en el modo con que su nueva amistad se habia contraido; y regocijándose de ser amigo de un Ayuda de cámara, es bien estraño, decia sin detenerse en su marcha, el ascendiente que este hombre ha tomado sobre mí. El me ha tuteado desde sus primeras palabras: su aspecto venerable y su carácter fran-

co y alegre me quitan toda sospecha. Pero.... (volviendo á su mania) sí.... sin duda aquel hombre será rico, me nombrará su secretario, y llegará tiempo en que mis servicios sean útiles: entran una noche ladrones en su casa, oigo ruido y me levanto, vuelo á socorrer á mi bienhechor, y pongo en precipitada fuga á los bribones que quieren sorprendernos. En esto acuden los criados, y con su ayuda aseguramos á los perversos: mi bienhechor corre á mis brazos lleno de gratitud, y yo caigo desmayado cubierto de la sangre que una herida recibida en el pecho hace correr por todo mi cuerpo. Al volver en mí, veo al lado de mi cama á mi amigo, veo á Celia, cuyo pa-

dre aprueba ya nuestra union porque mi amigo ha asegurado mi fortuna: soi feliz..... Así discurria Saint-Ernest, cuando tropieza con una piedra con tal ímpetu, que el dolor que siente le hace despertar de su letargo. Las dulces ilusiones que lisongeaban su imaginacion se desvanecen, y la puerta de la oficina que divisa en este momento, le recuerda que no es mas que el pobre Saint-Ernest.

Dejemosle ahora trabajar para ocuparnos de esa Celia á quien amaba. Era Celia jóven de diez y ocho años, que reunia al físico mas interesante un talento superior á su edad. Educada por una madre tierna y afectuosa, estaba convencida de que para ser feliz no bastan las rique-

zas, sino que son necesarias las cualidades del alma. Aunque se habian presentado muchos pretendientes á su mano, despreció á todos, porque en ninguno veia el modelo para el retrato que se habia figurado su imaginacion de aquel á quien debia amar. Su padre la adoraba como á su hija única; y si aun no habia pensado en casarla, era porque su edad la consideraba demasiado tierna. Celia se tenia por dichosa, porque no pensaba en el porvenir, creyendo que siempre hallaria lo que buscase. Iba algunas veces á visitar á una de sus compañeras de colegio, cuyos padres solian tener reuniones; oyó hablar de Saint-Ernest á su amiga, la cual le trataba de original y hacia de él

los mas desmedidos elogios. Yo, decia la amiga de Celia, le aprecio en estremo, porque su íntima amistad con Florange, mi futuro esposo, ha redundado en un beneficio mio que jamas podré olvidar. Mis padres no querian consentir en mi matrimonio hasta que Florange obtuviese un destino de gefe de mesa en el Ministerio. El era, lo mismo que Saint-Ernest, un simple escribiente, en ocasion en que se encargó á su oficina un trabajo sumamente importante: Saint-Ernest le hizo; y presentado que fue al Ministro, ofreció que el empleado que hubiese sido su autor, obtendria la plaza vacante de gefe de mesa en la misma oficina.

Saint-Ernest se empeñó en que

Florange dijese que este trabajo era suyo; y en su consecuencia le dieron el destino que deseaba. Quiso descubrir á mis padres el servicio que Saint-Ernest le habia hecho; pero le dijo su amigo: los padres de tu querida pondrian quizá algunas dificultades si supiesen la verdad del caso; por tanto yo te prohibo hablar una sola palabra en el asunto; y si hablases, no lo dudes, haré dimision de mi empleo. En fin, Florange obtuvo, no sin grandes debates, el permiso para que yo sola fuese sabedora de este secreto. Cuando volví á ver á Saint-Ernest, quise darle las gracias: Señorita, me dijo, tengo el mayor placer en venir á vuestra casa; pero os digo que si me ha-

blais otra vez sobre el particular, no volveré mas á ella. Dejé pues de darle las gracias; pero no olvidaré nunca que á él es á quien debo mi felicidad.—¿Está enamorado? preguntó Celia.—Creo que no, contestó su amiga, porque es mal contentadizo; y lo que es aun mas raro, siempre se está figurando mil quimeras en su imaginacion. Cuando está solo, de tal modo se ocupa su fantasía en construir castillos en el aire, que ni ve lo que pasa á su alrededor, ni oye si le dirigen la palabra. Siempre es una jóven amable, virtuosa y sensible la heroina de sus sueños, y muchas veces he creido que serias tú. Pero me he dicho á mí misma: ¿de qué le aprovecha-

ria amarte si él es pobre y tú rica?

Desde el dia en que pasó esta conversacion, Celia no pensaba mas que en Saint-Ernest: obligada por lo que la habia referido su amiga, se entregaba libremente á los delirios de su imaginacion. Tan pronto cree ver á Saint-Ernest sacándola de entre las llamas que devoran su propia casa, y á su padre dándole su mano en recompensa: tan pronto se figura que los fogosos caballos que tiran de su coche se desbocan; que Saint-Ernest se precipita á detenerlos cuando ella está á punto de perecer, y que su mano es el premio de su valor. Otras veces la parece ver á su padre, que asaltado por unos asesinos, es socorrido por Saint-Ernest, el cual

hace desaparecer á los malvados. Mr. de Celler vuelve á su casa en compañía de su libertador, y manda llamar á su hija para prevenirla, que desde allí adelante mire en Saint-Ernest á su esposo.

Celia fue á la boda de su amiga, y allí vió á Saint-Ernest: bailó con él, y ambos conocieron desde luego que uno no podia ser feliz sin el otro. Los dos estaban tímidos, turbados y sin saber qué hablar: se miraban, se sonrojaban y bajaban la vista: el temor hacia palpitar sus corazones. En fin, Celia, si no la mas atrevida, al menos la mas discreta, empezó la conversacion hablando de la música. — Señorita, ¿es usted filarmónica? le preguntó Saint-Ernest. —

Soi aficionada á la música, le contestó. — ¿Toca usted algun instrumento? — Sí, el harpa. — ¿Canta usted? — Sí, aunque mal. — ¿Me será lícito ofrecer á usted un romance nuevo que apenas conocen pocas personas? — Mui bien. — Segun eso tendré el honor de traerlo mañana á su amiga M.ma Florange. — Bien pensado, porque pasado mañana por la tarde tengo que venir á visitarla. — En tal caso podria, si usted me lo permite, aprovechar esta ocasion para ofrecer á usted misma el romance. — Si usted gusta, no hai inconveniente. — ¿Y puede usted dudarlo? esclamó Saint-Ernest, lanzando un profundo suspiro que penetró en el corazon de la jóven Celia.

El baile concluyó mas pronto de lo que los dos jóvenes amantes hubieran querido. Aunque ellos no se habian dicho todavía que se amaban, sus corazones estaban ya de acuerdo.

Se deja presumir, que Saint-Ernest no se olvidaria de cumplir con exactitud su promesa en el dia concertado. Celia estaba ya en casa de su amiga cuando llegó Saint-Ernest, quien despues de aquellos cumplidos ordinarios le entregó el romance. ¿Qué es lo que te da Saint-Ernest? preguntó M.ma Florange. — Un romance, contestó ella. — ¿Le ha compuesto usted? dijo M.ma Florange. — No señora, respondió Saint-Ernest; pero es nuevo, y en mi concepto bonito. — Pues bien,

cántelo usted, que Celia le acompañará. Saint-Ernest puso el harpa en manos de Celia, y de buena ó mala gana tuvo que cantar el romance.

Concluido que fue, M.ma Florange le prodigó mil elogios; y viendo que Celia callaba, ¿no te ha gustado? la preguntó. — Sí, dijo Celia con una voz tan débil que apenas se percibia.

Saint-Ernest vió despues de esta muchas veces á su querida Celia á quien adoraba en silencio, no dándola á entender su pasion sino con los mas espresivos obsequios.

Hemos dejado á Saint-Ernest trabajando en su oficina mientras llegaba la hora de concluir sus tareas: llega finalmente; y cada ofi-

cinista coge su sombrero, y su baston ó paragua. Uno vuelve con paso acelerado á ver á su esposa y á sus hijos queridos: otro va á casa de un fondista á comer la escasa racion que le cuesta veinte sueldos: otro sube al coche de una Condesa vieja, caduca, que anda buscando jóvenes buenos mozos, cuya educacion quiere tomar á su cargo, y á quienes da alojamiento y vestido: otro....; pero no nos separemos de nuestro propósito.

Saint-Ernest salió de la oficina cuando sus compañeros, y se fue al Puente Real, donde Mr. Nicolas le esperaba paseándose. Al punto que vió á nuestro jóven, le tomó el brazo, y ambos se dirigieron hácia la casa del Ayuda de cámara.

Quizá, decia Saint-Ernest sin detenerse, entablaré amistad con el amo de Nicolas y me nombrará su mayordomo : conocerá mi probidad, me cobrará cariño y me adoptará por hijo. — ¿Qué vas hablando de hijos? dijo Nicolas. — Nada, contestó Saint-Ernest : hablaba solo. — ¿Vuelves otra vez á tus malditos delirios? Pero ya estamos en casa. — Entran con efecto en un suntuoso palacio, donde un criado que encontraron al paso, quitó el sombrero á Nicolas. Amigo Luis, le dijo este, manda que me suban la comida á mi habitacion. — Está bien, Mr. Nicolas, contestó el criado. — Parece que teneis criados que os sirven, dijo Saint-Ernest. — Sí, respondió Nicolas. Mientras

pasaba esta conversacion, subian por una escalera estrecha al tercer piso de la casa. — Nicolas abrió una puerta pequeña, y entraron en un cuarto bastante bonito, limpio y adornado de muebles sencillos á la par que elegantes. Saint-Ernest alabó á su nuevo amigo su habitacion. — Mira, replicó este: el Conde mi amo y yo nos educamos juntos, y jamas nos hemos separado; él nada hace sin mí; soi su ojo derecho, y por esto todos me adulan: yo pongo y quito á mi arbitrio, sin que jamas él me diga nada: no disfruto salario; pero mando en su bolsillo con tal libertad, que nada de cuanto hago se desaprueba nunca. — A fe mia, dijo Saint-Ernest, que sois feliz en te-

ner un amo tan bueno. — No tanto como piensas, replicó Nicolas: es algo terco, caprichoso y estravagante; pero tiene buen corazon, y esta cualidad oscurece sus defectos.

Sirvieron la comida, y nuestros héroes se sentaron á la mesa, en la que Saint-Ernest ponderó la habilidad del cocinero del Conde. Voi á hacerte una proposicion, le dijo Nicolas: tú vendrás todos los dias á comer conmigo, y de este modo pasaremos juntos las tardes. Yo conozco que la delicadeza no te permitirá hacer uso de mis ofertas. Unas cuentas que estan aun en borrador, puedes ponerlas en limpio; tú las verás y nos convendremos en lo que debo darte: ¿a-

ceptas el partido? — Sí, respondió Saint-Ernest, con mucho gusto. Este dió á su amigo las mas espresivas gracias por su estremada liberalidad, y como cosa ya hecha no trataron mas del asunto.

En las tardes siguientes continuaron el mismo método de vida. El trato frecuente hizo que Saint-Ernest conociese á fondo el carácter de su amigo, y que le apreciase cada vez con mayor estremo. La fisonomía alegre de Nicolas, su inalterable bondad, su rectitud y franqueza, que llegaba hasta el punto de no disfrazar nunca la verdad, por desagradable que fuese, y su vivo interes por el bien de aquellas personas á quienes se unia con los vínculos de la amis-

tad: son cualidades demasiado recomendables para que no hiciesen profunda impresion en los que le trataban con frecuencia.

Una mañana dijo Nicolas á Saint-Ernest, que no era posible se viesen aquella tarde, porque tenia precision de ir al campo á evacuar ciertos asuntos, y que al dia siguiente iria á buscarle á su casa. Saint-Ernest fue á comer á la de M.ma Florange, y cuando de sobre mesa estaba hablando de su amistad con Nicolas, entró un criado á decir, que la señorita de Celler esperaba en la sala. ¡Cielos! ¡Celia! esclamó Saint-Ernest, levantándose. Salen todos á su encuentro. ¡Gran Dios! ¿qué tiene usted, Señorita? la dice al mirarla. En efecto, la

infeliz Celia estaba pálida, abatida, con los ojos encarnados y hinchados; y de tal manera desfigurada, que era casi imposible conocerla. — Querida mia, ¿qué pesar te aflige? pregunta M.ma Florange. — ¡Ai amiga! soi la muger mas desgraciada, respondió Celia: voi á casarme. — ¿Usted á casarse? gritó fuera de sí Saint-Ernest. — Sí, mi padre lo manda, y mañana se firmarán los contratos. — ¿Y quién es el que te destinan para esposo? preguntó M.ma Florange. — El hijo del conde de Saint-Albe. — No sabia yo que ese caballero tenia hijos, dijo M.ma Florange. — Por mi desgracia tiene uno, contestó Celia, á quien mi padre ha ofrecido mi mano. —

Saint-Ernest, con la cabeza apoyada en sus manos, procuraba sofocar los sollozos que le arrancaba la consideracion de que todos sus castillos se habian disipado como el humo. Florange y su muger salieron un momento de la sala. ¿Qué tiene usted? preguntó Celia á Saint-Ernest. — ¡Ah, Señorita! voi á perder á usted y á perderla para siempre. — ¿Cómo? — Ya no es posible callar por mas tiempo: adoro á usted. — ¿Usted, Saint-Ernest? — Sí: desde el momento que vi á usted por primera vez, mi imaginacion ha alimentado esperanzas quiméricas que hacian el encanto de mi vida, y no puedo renunciar á ellas sin sufrir la pena mas terrible. — Pues sepa

usted que no es el único desgraciado : yo voi á sacrificar mi felicidad á los preceptos de mi padre; pero viva usted seguro de que Celia no le olvidará nunca. — Saint-Ernest no pudo dar otra contestacion, que besar una y mil veces la mano de Celia, bañándola al mismo tiempo con sus lágrimas. La entrada de M.ma Florange puso fin á la conversacion, y Saint-Ernest se despidió para volverse á su casa.

Ni un solo momento pudo descansar en toda la noche. Su imaginacion, siempre ideando quimeras, le presagiaba las mas horrorosas desgracias. El dia siguiente fue para él mas largo que los demas : su desesperacion llegó á su colmo, y nada podia distraerle de

sus pesares. Nicolas le habia prometido ir á esperarle á su casa á la hora de salir de la oficina, y con el anhelo de verle se dirigió con paso acelerado á su posada. La compañía de un amigo es un bálsamo para los desgraciados; porque el peso de la infelicidad se aligera hablando de la infelicidad misma; y aunque este alivio es realmente bien corto, ¡dichoso aquel que gusta los consuelos de la amistad!

Saint-Ernest halló en el lugar de la cita á Nicolas, que alegre y risueño le preguntó en el momento de verle: ¿qué tienes? tu color parece al de un cadáver. — ¡Ai, amigo mio! le dijo Saint-Ernest, no hai en el mundo un hombre mas

desgraciado que yo. — ¿Y qué? ¿te han quitado el destino? — ¡Ojalá que no fuese otro el motivo de mi pesar! Celia se casa. — Eso ya es cosa mas séria; ¿y con quién? — Con el hijo de un Conde, y hoi se firman los contratos matrimoniales. — Mucha priesa parece que tienen para casarse. — Esta desgracia, no lo dudeis, acabará con mi vida. — Nunca creí que pensases de ese modo, teniendo tanta facilidad para formar quimeras: este es un momento mui á propósito para construir castillos en el aire. — No es esta ocasion de chancearse: vuestras burlas me incomodan. — Vaya, vaya, no te alteres, escúchame: esta noche iremos al palco del Conde á ver la

ópera, y te distraerás; esto es hecho. Vístete y vamos. Saint-Ernest tuvo por último que vestirse, á pesar de su resistencia, y Nicolas hizo lo mismo por su parte.

Luego que Saint-Ernest estuvo como deseaba Nicolas, bajaron ambos á la calle, y se fueron en un coche de alquiler á la casa de este. Para que dejes ese aire sombrío, le dijo, voi á delirar como tú: esta noche vamos á la ópera; regularmente verás allí á tu querida, porque es moda entre los novios ir al teatro; por consiguiente, tienes los cuatro elementos á tu disposicion: quizá sucederá alguna cosa que.... Pero ¿callas? no importa: tú me has pegado la manía de formar castillos en el aire,

y quiero soltar las riendas á mi imaginacion. Yo soi un gran personage disfrazado, te adopto por hijo, te llevo á mi casa sin que tú lo sospeches siquiera, donde ves reunidos á tus amigos, á tu Celia y á su padre, y te encuentras con que eres tú el que se casa con ella. En esto para el coche y bajan los dos amigos. Saint-Ernest quedó sumamente sorprendido, cuando al entrar en el patio vió muchas carrozas magníficas, y muchos criados con libreas de gala. Nicolas, que no queria darle tiempo á que reflexionase sobre lo que pasaba ante sus ojos, vamos pronto, le dijo; el amo ha llegado y es preciso evitar que nos vea. En efecto, suben sin detenerse la estrecha escalera que

conduce al cuarto de Nicolas; pero este, al llegar al primer piso, abre una puerta, y Saint-Ernest se halla, sin saber cómo, en un soberbio salon, donde ve una reunion brillante. Apenas entra, un anciano le toma la mano y le presenta á una jóven, cuya fisonomia está afectada de la mas profunda tristeza: hija mia, la dice el anciano dirigiéndola la palabra, mira á tu esposo. La jóven levanta la vista: ¡Saint-Ernest!.... — ¡Celia!.... esclamaron ambos al mismo tiempo. El se precipita á los pies de la que adora, y le dice: yo nada comprendo de cuanto me está pasando; pero veo á usted y soi dichoso. Saint-Ernest vuelve la vista y ve á su alrededor á Mr. de Celler y M.ma Florange y á otros muchos

amigos que le felicitan á porfia: él abrazó á todos, teniendo esta escena por uno de sus acostumbrados delirios.

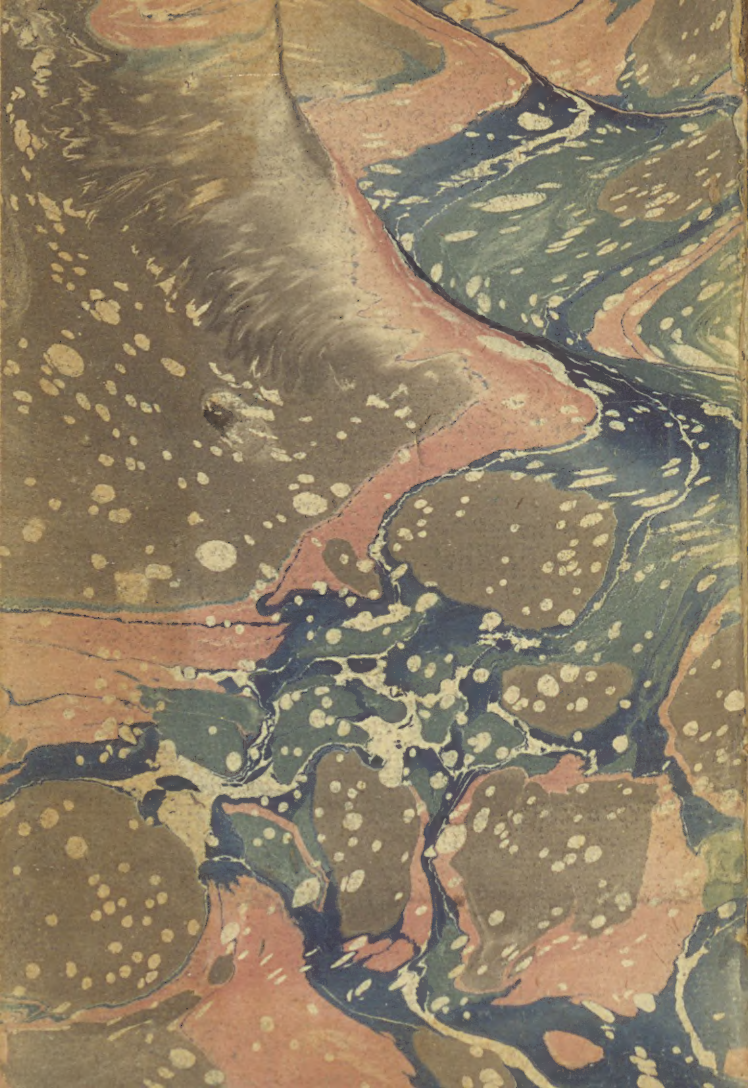
Entonces Nicolas tomó la palabra, y dijo: querido amigo, á mí me toca esplicarte.... Saint-Ernest no le dió tiempo para decir mas, se abalanzó á su cuello y le abrazó: tú me ahogas, le dijo Mr. de Saint-Albe, que este era el verdadero nombre de Nicolas. Voi á esplicarte la conducta que he observado contigo, continuó: yo te encontré, como sabes, en las Tullerías; me agradó tu figura, y me pareciste un hombre original. Como yo tambien lo soi, quise divertirme un poco á tu costa; pero luego que me dijiste tu nombre, me acordé que tu padre me salvó la

vida; y reflexioné, que no habiendo podido manifestarle mi agradecimiento, porque no volví á verle mas, debia en esta ocasion ser útil á su hijo. Yo no tengo hijos, y pensé desde luego adoptarte; pero quise primero conocerte sin que pudieses sospechar mis proyectos; y para conseguirlo, di las órdenes necesarias á mis criados y tomé el nombre de Nicolas. Cuanto mas te he ido tratando, mas se ha aumentado mi amistad y mi estimacion, porque tu arreglada conducta y tu buen corazon no podian menos de agradarme. Supe todos tus secretos, y me aproveché de ellos: busqué á Mr. de Celler, le informé de mis designios, y obtuve su consentimiento. Yo espero ahora, hijos mios, que perdonareis

los malos ratos que habeis pasado por mi causa, y que me amareis en recompensa de haberos hecho dichosos. Saint-Ernest y Celia se arrojaron á sus brazos, llamándole su amigo y su padre. Este momento, dijo el Conde, es el mas feliz de mi vida. La boda se verificó al instante, con una ostentacion que no es fácil describir.

Una hermosa niña ha elevado á su colmo la felicidad de estos dos esposos. Saint-Ernest va aun algunas veces á las Tullerías á meditar en la dicha de que goza al presente; pero dice, y no se equivoca, que estima en mas la realidad que todos los castillos en el aire que ha formado en el discurso de su vida.

FIN DEL TOMO VIII.








colorchecker CLASSIC
calibrite
mm